# Fray Mocho

Revista Semanal




"FLORACION"

POR JUAN RODRIGUEZ JALDÓN

Nº. 866

PAGINA INFANTIL

# AVENTURAS DE PIPIRI



































# FRAY MOCHO



Fundado el 3 de Mayo de 1912

Dirección, Redacción y Administración. CERRITO 607

Año XVII

Buenos Aires, noviembre 27 de 1928

N. 866

## Jugarretas del calor, por Rojas

—¿Qué te ocurre?
—Casi nada:
que al padre Febo le plugo
darme una broma pesada
disolviéndome en mi jugo.

# El itinerario salvador

## Por Mauricio de Marsán

Una vez areglados los negocios pendientes y atendidos los enfermos inquietos, el doctor Jorge Firminy y su joven esposa, Micaela, despedían a los domésticos y abandonaban su apartamento para instalarse rápidamente en mitad del bosque donde habían hecho construír una moderna casa campestre.

Como pudiera suceder que las estancias en el "chalet" se prolongaran más de las treinta y seis horas de reposo que el doctor se acordaba semanalmente, quiso él mismo asegurarse el máximum de comodidades. Además de lo necesario para todas las atenciones de la casita, instaló una pequeña estación receptora de radio, cuya antena aseguró en la parte posterior de la morada.

Cierta noche en que el doctor y su esposa se encontraban cómodamente instalados delante de la inmensa chimenea, el médico confirmaba, en forma egoísta, que la existencia bien vale la pena de vivirse.

La llama de la lámpara de petróleo daba, de vez en cuando, pequeños saltos, y Micaela quiso arreglarla. Tiempo perdido; la luz se obstinaba en seguir brincando. Micaela se volvió a ver a su marido y le dijo, con cierto aire de reproche:

—Jorgito, estaríamos mejor instalados si no hubiera una sombra en la pieza...

—¿Cuál sombra?—interroga el interpelado.

—La de la luz—afirmó la señora Firminy—. Decididamente, no puedo acostumbrarme a este alumbrado primitivo.

El doctor se puso a reír, como lo hace todo hombre dichoso y, en tono de protesta, dijo a su esposa:

—Micaelita, eres demasiado exigente. Nadie vendrá a molestarnos. No hagas caso de la electricidad; ya ves, tenemos hasta aparato de radio...

La señora Firminy se sentó al lado de su marido y comenzaron a hablar de un crimen misterioso que, pocos días antes, se cometió en dos ancianas que murieron cosidas a puñaladas. Por más pesquisas que hizo la policía local no se había prendido al delincuente, por lo que se pensó recurrir a los servicios del detective Calvert. Micaela cerraba los ojos para que la luz del hogar no la molestara, mientras su esposo narraba los acontecimientos. Repentinamente, ella hizo un movimiento brusco, una especie de impulso como para alejar una visión de horror, y dirigiéndose a su marido le dijo:

—Mi querido Jorge, ¿tienes en tu poder el periódico que habla de los asesinatos?

—Si es para buscar los detalles del asunto de las viejas Tuilles, rehuso dártelo—respondió el galeno un poco irónico.

—Ciertamente que no—contestó Micaela —. Sólo quería consultar los conciertos que se darán esta noche por radio.

—¿Para qué escoger? Tú sabes muy bien que nunca se logra lo que se quiere... Es preferible que "cojas" a la ventura cualquier onda... Es más sencillo, créeme... Vas a ver como tu amo y señor tiene razón.

Y uniendo la acción a la palabra Jorge se levantó del muelle sillón en que se encontraba hundido y se dirigió hacia el aparato de radio. Puso el contacto, y mientras "entonaba" se escuchó por breves instantes un barullo ensordecedor y al poco tiempo se oyó una melodía cantada por una soprano.

Micaela, con la mirada perdida, sobrecogida por la seducción de la melodía y el encanto de las frases, escuchaba atentamente, mientras él, a la sombra fuera de la órbita luminosa de la lámpara, la contemplaba con arrobo.

### LA EPIFANIA DEL SOL

Ya han comenzado a florecer los árboles:
hay un nuevo retoño en cada rama
y flota como un hálito de estío
en un vago anticipo de fragancias.

Los días son más dulces y más claros,
se duplica la luz en las mañanas
y en los atardeceres del crepúsculo
el sol se acuesta como en una fragua.

Hasta la gente, la pesada gente,
de la positivista urbe compacta
parece que sintiera el sortilegio
de la estación que avanza.

Retornan en las calles de la villa
a verdecer de nuevo las acacias
y en el asfalto de las avenidas
deja un rastro el vehículo que pasa.

Es el calor, es el calor que viene
con su largo cortejo de fragancias,
con la eclosión de todos los aromas
y la reviviscencia de las plantas.

Es la promesa de las noches pródigas
en armonías, de las noches cálidas,
llenas de excelsitudes sublunares
y de brisas que pasan.

Es el amor, el grande amor nocturno
donde el estío vuelca su cantárida,
para juntar dos besos
en una eterna cópula de almas.

Es la vida jocunda, fuerte y plena,
la vida que rebosa y que rebalsa,
para entregarse ilimitadamente
a quien sepa encontrarla...

Vámonos juntos a buscar la vida;
la morderemos como a las granadas
hasta que queden tintos nuestros labios
en la pulpa escarlata.

*Luis MARIA JORDAN*

Inesperadamente, pareció como si la atención de Jorge se distrajera con un ruido exterior, porque volvió la cabeza para darse cuenta de si sus oídos lo engañaban. Con un ademán rápido cortó la melodía en medio del asombro de su esposa, quien escuchó también atentamente un ruido procedente de afuera, allá en la carretera, como una motocicleta que se aproximara. No se engañaron; el vehículo quedó parado frente a la verja. La luz de los faros penetraba hasta el interior del chalet.

Mientras tanto, el doctor se había aproximado a la ventana delantera y recargado sobre el antepecho procuraba escrutar las tinieblas.

—Una moto...—dijo, a su mujer—. ¿Quién podrá ser, a estas horas de la noche?...

Una silueta se recortó en el espacio alumbrado y traspuso la verja, pudiendo distinguirse, a medida que caminaba, su vestido de paño azul y su kepí ribeteado de blanco.

Al primer golpe de vista el médico reconoció a un gendarme quien se identificó, hizo un saludo breve y se dirigió hacia el umbral de la puerta. Al abrirse ésta, el gendarme se presentó diciendo: "Soy el brigadier Salmón, para servir a ustedes..." Y alargó al doctor un pliego cerrado.

—Es una orden de servicio, señor doctor, de parte del señor juez de Instrucción Maussene.

El médico tomó el papel que le tendía Salmón, e hizo entrar a éste. Micaela, después de cerrar la puerta cuidadosamente, se aproximó, sobresaltada.

El rostro de Jorge expresaba una contrariedad profunda a medida que leía el mensaje.

Hizo un movimiento de cabeza desesperado y luego un gesto de resignación. Con un brusco movimiento volvió a ver al gendarme que permanecía inmóvvil en una actitud militar, y dijo, con un asentimiento de cabeza:

—Muy bien, brigadier. Soy con usted...

Después, dirigiéndose a su esposa, que permanecía silenciosa, presa de una inquietud intensa que hacía crispar sus labios, le explicó:

—Mi buen amigo Couvrer ha sufrido un síncope durante la autopsia y como Duvoisin es incapaz de sustituirlo—al menos es lo que dice Maussene—el juzgado me designó para suplirlo.

El gendarme intervino entonces y explicó que en vano había tratado de comunicarse por teléfono y que, en vista de no haber podido hacerlo y debido a la urgencia del caso, se decidió a ir personalmente en la motocicleta. Completando su información, agregó:

—Parece que la criada de las Tuiles ha recobrado el conocimiento y el Procurador desea interrogarla... Este es el motivo principal que hizo llamar al señor doctor.

—No hay un minuto que perder—dijo el médico—. Sólo ruego a usted que me conceda el tiempo necesario para poner gasolina al automóvil.

El gendarme le dijo, respetuosamente:

—No vale la pena de hacerlo, yo tengo el side-car... es magnífico y puede sustituir a cualquier vehículo. Conozco bien el camino y, por otra parte, la luna ya va a salir; sólo recomiendo a usted se sirva abrigarse bien, porque la noche está algo fresca...

El médico aprobó el plan del gendarme, con un signo de cabeza, y dijo, volviéndose a su esposa:

—Dame mi sobretodo de cuero y mi cachucha con orejeras, ¿quieres?...

No había terminado de hablar el doctor cuando ya su esposa tenía en sus manos el abrigo y la cachucha.

—Parte, esposo mío, ya que no hay otro camino que seguir; sólo te ruego que si tienes que tardarte me lo avises.

Una vez vestido completamente el médico, volvió a ver a su esposa y, acariciándole la barbilla, le dijo:

—No tengas cuidado, querida. Si por cualquier circunstancia me tardo, te lo haré saber. Ahora cierra la puerta, no abras a nadie ni me esperes, porque pudiera ser que mi ausencia se prolongara...

Después, como cediendo a un impulso repentino, al ver la figura querida que lo contemplaba, agregó:

—Vamos a ver, Micaela, ¿es verdad que no tienes miedo?

Ella se sonrió, afectando una seguridad de sí misma y procurando aparecer tranquila, declaró:

—¡Miedo...! Yo... ¿Y de qué, gran Dios? Puedes partir tranquilo, pero no tardes en venir, o, al menos, avisarme en caso contrario...

Se abrazaron en señal de despedida, mientras el brigadier saludaba atentamente encaminándose hacia la puerta. El doctor se detuvo, haciendo una pregunta:

—¿Y el hombre que dió el golpe ¿ha sido detenido ya?...

El gendarme movió la cabeza en sentido negativo y dijo:

—Todavía no... pero Calvet, el inspector de las Comisiones de Seguridad de París, ha declarado que no era sino cuestión de horas, ya que ha identificado a nuestro hombre...

* * *

A medida que hablaban, el doctor y el gendarme habían cruzado el umbral de la puerta que la joven esposa tenía todavía entreabierta. Atravesaron rápidamente el jardín y, franqueando la barrera, ganaron la carretera.

Micaela permaneció en aquel lugar, con el cuello tendido, viendo moverse las dos siluetas a la luz del reflector de la moto. Después se escuchó el trepidar de la máquina y el rayo de la luz viró rápidamente al mismo tiempo que las explosiones del motor se tornaban más acompasadas y violentas, marcando la rápida huída de la máquina en la oscuridad de la noche.

Todavía permaneció Micaela por mucho tiempo en el marco de la puerta, con el oído alerta, escuchando decrecer a lo lejos las detonaciones del motor. En derredor de ella todo era misterio, silencio enorme en el que se absorbía insensiblemente el otro ruido lejano, hasta llegar a ser un murmullo vago que dominaba por instantes el silbido del viento.

Micaela cerró la puerta con sumo cuidado y fué a sentarse frente a la alta chimenea, en el sillón que abandonó su marido, teniendo la mirada fija, sin ver, en las llamas brincadoras del hogar.

Lentamente, uno después del otro, el reloj fijado en la pared dió nueve golpes que resonaron prolongándose en el vacío profundo de la casa.

Resuelta a esperar pacientemente el regreso de su marido, Micaela se acomodó lo mejor que pudo en el vasto sillón, dando libre curso a sus pensamientos, en el silencio turbado solamente por el tic-tac del reloj antiguo, imaginándose el lugar en que se encontraría la moto en aquellos instantes en que caminaban los dos viajeros a través de los bosques y de los campos, reflexionando, con una aprehensión súbita, si no les acontecería nada, si les sucedería alguna desgracia en el camino.

El ardor intenso del fuego del hogar la obligó a cerrar los párpados, y con los ojos así tapados permanecía inmóvvil, dejando vagar su espíritu, complaciéndose en imaginarse, en aquellos momentos, lo mejor... Pero las imágenes se embrollaban, se confundían, pareciéndole como si una especie de sopor la rodeara, vencida insensiblemente por el sueño que la dominaba.

Bruscamente, una impresión auditiva muy clara y precisa la hizo levantarse, temblando de miedo, con las manos crispadas, apoyándose en los brazos del sillón y el busto erecto... Alguien marchaba sobre la arena del jardín.

De un golpe, Micaela recobró su lucidez completa. Sin duda que había dormido mientras, sin sentirlo llegó Jorge...

Pero no, no había dormido, porque de un rápido golpe de vista que dirigió al reloj se convenció que sólo habían transcurrido tres cuartos de hora desde que su marido se fuera... ¿Qué ocurría entonces?...

* * *

Al mismo tiempo, alguna cosa o alguna persona tocaba suavemente la puerta... Por un momento la duda la retuvo en su lugar, temerosa y sin resolverse a dar un paso; después se rehizo y se levantó resueltamente, consciente de los latidos apresurados de su corazón.

Lanzó una mirada rápida hacia un ángulo de la chimenea en donde vió que Jorge colocara una escopeta y los cartuchos con balines. El arma se encontraba en su sitio y ella conocía el manejo. Pero una especie de vergüenza la sobrecogió al pensar que había tenido miedo; ¿por qué, después de todo, tenía que temer? Sin duda alguna, el que andaba sobre la arena era algún caminante extraviado que iría a pedir morada, posiblemente a implorar que se le permitiera dormir bajo techo...

En tres pasos se puso delante de la puerta, que abrió completamente, sin demostrar el menor temor.

En medio del rectángulo de claridad recortado en la noche por la puerta abierta, se encontraba un hombre parado, con un pie puesto en el primer escalón del umbral, respetuosamente descubierto... Era un joven, vestido con un abrigo de deporte elegante, pero destrozado en algunos lugares; en la mano izquierda, enguantada, tenía su sombrero, mientras que la derecha reposaba entre los botones de su abrigo. Se inclinó, visiblemente turbado.

A la vista de la joven mujer, su rostro expresó la sorpresa y la confusión, que manifestó en su saludo deferente y casi tímido.

A Micaela le bastó un golpe de vista para darse cuenta de la clase de gente con quien tenía que habérselas, la elegancia visible del personaje, así como un rasguño que atravesaba una parte de su rostro y la sangre que manchaba la bufanda de seda arrollada a su cuello.

Mientras permanecía indecisa y turbada ante aquella aparición imprevista, contemplando al misterioso visitante, sin pensar en ofrecerle su casa, se daba cuenta que él vacilaba, al mismo tiempo que una expresión aguda de dolor contraía su rostro, apoyándose en el dintel de la puerta para no caer.

—Ruego a usted señora, perdonarme me presente a semejante hora, que bien puede parecerle inoportuna o inexplicable...; pero la luz de la casa me guió y, cosa inesperada, he visto sobre la puerta que se trataba de la morada de un médico... Por ello me he permitido...

Micaela no necesitó mayores detalles para explicarse esta intromisión. Manifiestamente el hombre acababa de ser víctima de algún accidente en la carretera. La joven esposa, por instinto femenino, sintió cierta compasión.

—Qué desgracia...; justamente mi marido acaba de salir; se encuentra ausente; hace unos instantes vinieron a buscarlo...

El herido tuvo un gesto de resignación fatalista. Una contraccion dolorosa lo hizo quejarse, denotando un sufrimiento más agudo aún. Su mano izquierda se levantó para sostener el antebrazo derecho.

Micaela lanzó un grito:

—¿Pero se encuentra usted herido?

El desconocido hizo un signo afirmativo con la cabeza, después se dibujó en sus labios una ligera sonrisa y con aire resignado dijo:

—Sí, señora...; es precisamente por lo que creí poder... Un accidente automovilístico a dos kilómetros de aquí... una llanta que estalla en plena carrera...; la máquina se volcó... Apenas si tuve fuerzas para detenerla un poco y no matarme... Seguramente debí dislocarme algo en el costado derecho, porque me hace mucho daño...

Se detuvo en su relato, tornándose intensamente pálido.

Micaela no dudó más. Su deber se le presentaba claramente. Se inclinó hacia adelante, ayudando al hombre a franquear el dintel. El recién llegado vaciló sobre sus piernas y con bastante dificultad pudo transponer el umbral de la puerta, y ayudado por la joven penetró en la sala.

Micaela cerró la puerta y condujo al forastero hasta el enorme sillón de cuero, en donde lo sentó con grandes precauciones, y en donde el caminante permaneció un momento con los ojos cerrados, como si las fuerzas tocaran a su fin.

Al contemplarlo descubrió una fisonomía enérgica y resuelta, de rasgos regulares, una solidez de atleta y ciertos detalles de sus vestidos le permitieron clasificar al herido entre la categoría de las gentes acomodadas. Representaba apenas unos treinta años y su lenguaje denotaba una educación que confirmaba sus ademanes correctos.

Micaela sintió una honda pena por aquel hermoso joven que el destino imbécil y cruel había llevado a su presencia. Diligentemente se dirigió hacia un mueble, abrió un frasco y lo llenó del líquido, ofreciéndolo al desconocido, diciéndole.

—Beba usted inmediatamente, esto puede restablecerle un poco...!

Al sonido de su voz el hombre abrió los ojos, pareciendo salir de

## EL REALISMO IDEALISTA

*Realismo, sí; realismo asentado con amor en el vivo centro de la Naturaleza sensible y extasiado en la fiesta magnífica de la luz, de los colores y la forma; imaginación ardorosísima y plástica; pasión de lo concreto, individual y exterior, de lo que hiere los ojos de lo que zumba en los oídos, de todo cuanto asalta y penetra los órganos del sentido humano; apetito insaciable de asir y palpar los músculos recios y turgentes de la materia, los escorzos gentiles de las cosas... Realismo, sí, pero con fuerte levadura romántica; entendiendo aquí por romanticismo, no el troquel, por ancho que fuere, de una escuela, si no ese rico fermento moral que pone en acción todas las fuerzas interiores, esa virtud que sazona, levanta y sublima las más groseras realidades.*

*Sin tal enérgica levadura, incorporada al pan de nuestro espíritu con los primeros empujes célticos y germánicos, antes y después de la prosaica latinidad; sin ese alcaloide, precipitado más tarde al calor de las lumbres cristianas y platónicas es imposible comprender la exquisita calidad del realismo e imposible también armonizar su inclinación profunda a la belleza sensible con sus arranques de idealidad gloriosa.*

*Idealismo y realismo se ayuntan y completan; son el anverso y el reverso de una sola medalla. La exaltación exclusiva de las ideas conduce a un quietismo delirante; el fanático ardor de las sensaciones, a un empirismo soez: en la unión amorosa de ambas realidades consiste la vida; en su medida proporción, la estética. Realismo absoluto no puede haber en arte verdadero, pues llegaríamos a encumbrar las placas fotográficas sobre los lienzos de Velázquez, y los cilindros de las panolas sobre las manos de un Rubinsteins Los grandes intérpretes de la Naturaleza no se reducen a copiarla, sino a henchirla de espíritu y de emoción. Idealismo absoluto es también contra el arte pues al negar la realidad visible y excluirla como vano juego de representaciones fantásticas, le cierra al genio artístico las puertas de su taller. Absurdo es condenar las formas y la delectación del artista por sus primores, pues las ideas han de manifestarse forzosamente en el tiempo y en el espacio por medio de las existencias reales y de las formas sensibles. Sólo por una feliz contradicción los idealistas absolutos han podido sentir los regalados goces del númen. El realismo, cuando se entiende en su más elevada acepción, arguye todas las virtudes reales del más noble idealismo, ya que en el orden del espacio y del tiempo, juntos e inseparables andan lo sensible y lo espiritual, lo objetivo y lo subjetivo, las formas y las ideas.*

*Ricardo L E O N.*

la postración en que estuvo sumido por algunos instantes. Una sonrisa de agradecimiento se dibujó en sus labios. Tomó el vaso de cristal y después de un cumplimiento de rigor lo apuró de un sorbo, pudiendo Micaela darse cuenta que sus dientes castañeteaban mientras bebía.

Después, como se sintiera reanimado, dió las gracias en términos correctos y amables.

Pero Micaela intervino, interrumpiéndolo, con el deseo de ser útil en algo, y le dijo:

—Ignoro cuándo regresará mi marido...; pero puede ser que mientras lo esperamos pueda yo misma sustituirlo... Estoy un poco al corriente de los vendajes y curaciones ligeras y me sería posible...

El hombre protestó, manifestando una amable confusión:

—Es usted mil veces muy buena...; pero puedo esperar... Probablemente, en mi caída, me disloqué el hombro derecho...; esto demanda conocimientos especiales, tantos que no puedo moverme...; en cuanto a mi mano...

Y al proferir estas últimas palabras sacó la mano derecha de la vuelta de su abrigo de viaje y dejó al descubierto una muñeca ensangrentada y cubierta con una venda de ocasión que el movimiento hizo caer por tierra, dejando al descubierto una enorme cortada que abarcaba toda la palma de la mano. Los dedos se encontraban cubiertos de sangre coagulada.

Con una visible dificultad, el hombre se esforzó por mover las falanges de los dedos, entretanto que Micaela, inclinada sobre él, contemplaba con espanto la horrorosa herida.

Ella le preguntó la causa y él, después de una corta duda, le respondió:

—El parabrisa me cortó al dar la vuelta al auto...

—¿No pudiéramos lavar la herida...?—insistió Micaela.

—Más tarde quizá, pero no quiero que sea ustel quien se tome esta molestia. Vea usted, ya puedo mover los dedos, que es lo esencial. Mañana veré a mi médico de cabecera; él arreglará la espalda y me curará la mano. El resto vendrá solo. Pero ya que según usted señora, el doctor tardará algún tiempo, es necesario que tome alguna decisión...

Y se detuvo, pareciendo reflexionar largo tiempo como para coordinar sus ideas; después, volviendo a ver resueltamente a la joven, prosiguió:

—Sin duda que voy a parecer a usted indiscreto, señora, pero las circunstancias son tales que me veo obligado a seguir abusando de su complacencia, suplicándole se sirva hacerme un servicio, un favor muy grande...

Como Micaela hiciera un gesto dando a entender que no había comprendido, el hombre continuó:

—Vea usted: por razones que me sería muy largo y difícil explicar, tengo absoluta necesidad de encontrarme lejos de aquí, a más tardar dentro de una hora... Bien, al penetrar en el patio de su casa he podido darme cuenta de que se encuentra un automóvivl en el garage... ¿Estaría usted dispuesta a cedérmelo?...

Micaela tuvo un movimiento de sorpresa involuntario que el hombre interpretó a su manera, pues le dijo:

—¡Oh, no tema usted, puedo conducir con la izquierda... En cuanto al precio...

Y al hablar metió la mano izquierda en el interior de su amplio abrigo, sacando un grueso fajo de billetes de Banco de todos valores, presentando un puñado de éstos a la dama.

Micaela sintió inesperadamente un malestar inexplicable que la hizo dudar.

El hombre la contempló teniendo todavía en la mano la oferta...

Tuvo una sonrisa inexplicable y dijo, inclinando la cabeza:

—Cierto; no puede usted suponer la importancia que encierra para mí encontrarme en determinado lugar dentro de poco tiempo... Veamos... ¿Quiere usted cederme su automóvvil...? ¿A qué precio...? El que usted fije será el mío...

Micaela buscaba, en su creciente embarazo, un pretexto cualquiera:

—Es que... en la ausencia de mi marido... no sé si debo...

El herido, que parecía haber recobrado cierta energía, tuvo una sonrisa de sumisión, e inclinándose, repuso:

—Sea. No hablemos más y esperemos la llegada del doctor su esposo, el decidirá.

Micaela asintió vagamente. Para darse cierto reposo, llenó nuevamente el vaso de vino, ofreciéndolo al desconocido, quien lo tomó dando las gracias, y lo vació rápidamente.

Después de un momento, durante el cual pareció examinar con interés la disposición de la pieza, el desconocido se dirigió a la joven y le dijo:

—Debe usted, señora, tener de mí la más ridícula opinión, y puede ser que yo tenga en ello la culpa, desde el momento en que he manifestado deseos de esperar al doctor... ¿no es verdad?

Micaela protestó más bien por fórmula, sorprendida, a su pesar, por aquella resignación venida tan rápidamente después de una prisa manifiesta, de una urgencia imperiosa de partir. Pero parecía que el hombre había sacado el mejor partido de aquella negativa, y simulaba no pensar por el momento en su proposición primera.

Detalló el menaje interior del chalet, alabando la ingeniosidad de ciertas disposiciones y detalles, aprobando el gusto que atestiguaba la laboriosidad de la esposa del médico.

—Esta casita debe ser una residencia deliciosa durante la primavera... No obstante que se encuentra un poco aislada... Ah, ya veo que han puesto la civilización a su servicio—dijo el forastero, designando el radio que se encontraba en un rincón.

Micaela se inclinó en aquel sentido, dando a entender la satisfacción que le causaba el aparato. El hombre continuó preguntando, acerca de los adelantos del radio; habló de su claridad de recepción y terminó por suplicar a su encantadora huésped, que si no abusaba demasiado de su amabilidad, se sirviera conectar el radio aquel.

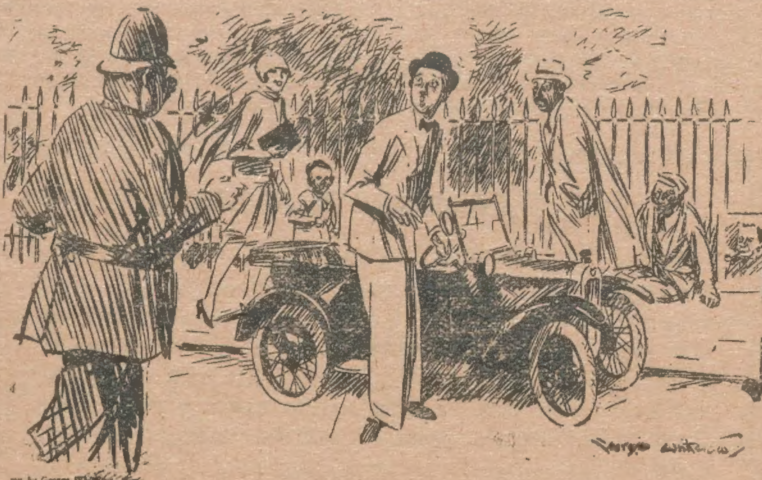
Encantada por la diversión que cortaba de un golpe un diálogo onojoso, Micaela se apresuró a complacer el visitante misterioso.

Restableció el contacto, y, por casualidad, escucharon inmediatamente un aria de Bach, transmitida con una perfección admirable, y que el desconocido identificó desde sus primeras notas. Cerró los ojos, se acomodó en el sillón y tomó el aire de un "dilettante" que quiere saborear con gusto una melodía, encantado de seguir las notas y las frases armoniosas...

Micaela lo examinaba curiosamente. La luz le daba de lleno en el rostro; parecía sumido en una especie de ensueño beatífico, distinto completamente del aturdimiento de hacía unos instantes. Ella se maravillaba de aquella calma súbita después de la alarma violenta, manifestada por su misterioso visitante.

Desde su asiento, lo veía inmóvil, saboreando las finezas de un "Minueto de Boccherini", que sucedió al aria, y que fué previamente anunciado. La esposa sintió que sus temores habían sido infundados y que no tendría necesidad de hacer uso de la escopeta que Jorge dejó cerca de la chimenea.

* * *



—No se puede dejar el automóvil aquí...
—No lo voy a dejar, agente. En cuanto encuentre otro lugar para ponerlo, me lo llevaré...

## LEYENDAS LIRICAS

### Gesta

La plácida hilación de mi terneza
solloza con la tarde pensativa
y misteriosamente sugestiva
desmaya en tu recuerdo mi tristeza.

En el ocaso de ámbar y cereza
se desforma una nube fugitiva,
mientras nieva el silencio con la esquiva
solemnidad del véspero que empieza.

En esta calma sórdida y ambigua,
sus giros caprichosos amortigua
la idealidad en que mis horas quiebro

para hundir lentamente, tras tus rastros,
sus espuelas de luz en mi cerebro,
como una astuta cazadora de astros!

### Irremediablemente

¡Pienso sí, siempre en tí! Mi idolatría
se azula recordándote y parece
que hasta mi exhausta idealidad florece
como si fuera a avasallarte un día!...

Tu sonrisa inefable me enloquece,
tu mirada golosa me extravía
y ante tu fresca juventud la mía
turbada de embeleso, desfallece...

Me sé culpable en mi ternura extrema;
humilde, manso, a tu atracción suprema,
te plazca, o no, sin vacilar te sigo...

Y aunque condena mi fervor profundo,
no logra, Amor, arrebatarme el mundo
este consuelo de soñar contigo!...

*Miguel de ARZUBIAGA.*

De repente, tuvo la impresión bien clara que el hombre se había dormido. La música terminó y la bocina del radio quedó un instante silenciosa, para comenzar después a anunciar la temperatura y los cambios en las Bolsas de Valores, para pasar en seguida a las comunicaciones administrativas.

Después de un corto intervalo, el "haut-parleur" volvió a hablar. Esta vez Micaela puso gran atención en las frases que salían del aparato, claramente, con intervalos cortos, recalcando las sílabas...

"Habla el Juzgado de Troyes y las Comisiones de Seguridad de París, avisando a los representantes de la fuerza pública que deben detener y arrestar al llamado Ravonne, Henri, Víctor, Charles, que se dice conde Bressuire... Veintiocho años... Un metro ochenta y tres centímetros... pelo y cejas negros, color ambarino, ojos negros, una cicatriz antigua le surca el rostro desde el ojo al maxilar inferior derechos... Probablemente debe encontrarse herido en el costado u hombro derechos... las manos, rajadas por pedazos de vidrio... Indentificado, según las huellas dactiloscópicas, como el autor del triple asesinato de las "Viejas Tuiles", cerca de Troya... Debe llevar todavía consigo el producto del robo: parte en billetes de mil francos y algunas alhajas antiguas... Sujeto peligroso, siempre armado... Buen tirador... Ambidextro..."

A medida que las frases salían de la bocina. Micaela, aterrada, descubría con estupor creciente que el hombre dormido que se encontraba a cuatro pasos de ella, inconsciente de la revelación terrorífica por el aparato que su propia fantasía había hecho salir de su mutismo, respondía punto por punto, a la descripción exacta del asesino buscado por la policía...

Veía claramente la cicatriz en la cara y las manos desgarradas. Había visto también los fajos de billetes de Banco, y la evidencia de la identidad se imponía. Un espanto indecible la atenaceaba, sin que pudiera despegar su mirada de la silueta del hombre que la casualidad puso en sus manos y que el sueño rendía a su merced...

La radio cayó. El hombre continuaba durmiendo... El silencio, turbado solamente por el sonido del péndulo del reloj, resonaba en la habitación. Parecía a Micaela que escuchaba la respiración regular del hombre adormecido; una multitud de pensamientos la asaltaban, sugiriéndole las más locas y descabelladas determinaciones, los más irrealizables proyectos.

¿Qué hacer...? ¿Cómo substraerse al peligro inevitable si él sospechaba...? Un solo pensamiento dominaba en aquel momento su cerebro: ¡huir...! Aprovecharse del sopor momentáneo el asesino y desaparecer; esconderse, no importaba en dónde, y esperar... pero huir... huir a toda costa...!

Por un momento pensó en el fusil que su marido había puesto al lado de la chimenea. Allí estaba; pero se encontraba del otro lado de la puerta, y para cogerlo precisaba pasar entre el durmiente y la chimenea, a riesgo de despertarlo. Pero, entonces... Suponiendo que lograra apoderarse del arma y los cartuchos, ¿podría hacer uso debido...? ¿no se encontraba el asesino armado...?

Decididamente el único partido que le quedaba era la huida. Y sin despertar al bandido.

Entonces, con infinitas precauciones, caminando hacia atrás y sin quitar la vista de aquel hombre, se dirigió silenciosamente hacia la puerta, espantada por anticipado ante la idea de que el ruido del pesado cerrojo pudiera despertar al asesino... Toda su energía se reconcentró en aquella huída. Con las manos tendidas por detrás, tanteando el vacío, caminaba a pasos cortos, temiendo tropezar con algún mueble...

Pero la casualidad parecía ayudarla. Sus dedos tocaron, al fin, el contacto de la campanilla. La puerta se encontraba cercana. Caminó a un lado y tocó el cerrojo. Pero bien pronto se dió cuenta de que le sería imposible descorrerlo sin hacer ruido, no obstante que se encontraba engrasado. Para no cometer una sorpresa volvió la cabeza, lentamente, con infinitas precauciones, que le parecieron durar siglos, hacia la puerta, para no hacer el menor ruido y maniobrar con cuidado. No le quedaba ahora sino dar vuelta al picaporte...

Satisfecha y sintiéndose ya libre de la angustia que la consumía, y para asegurarse que el hombre dormía, miró hacia el sillón, lanzando un grito de espanto...

x x x

¡El hombre no se encontraba ya en el asiento de cuero! Se hallaba a dos pasos de ella. Caminó desde la mesa hasta la puerta, silenciosamente, en los cinco segundos en que ella le quitó la vista de encima. En su mano izquierda, la útil, empuñaba un revólver, cuyo acero brillaba a la luz de la lámpara de petróleo...

Ella permaneció en aquel lugar, muda de terror, fascinada por la amenaza que salía de aquella arma dirigida contra su pecho, y en la que brillaban dentro del cilindro las balas con punta de acero...

El hombre tuvo una sonrisa irónica y desvergonzada que contrastaba con sus modales. Después dejó caer lentamente el arma y caminó hacia ella, al mismo tiempo que le decía:

—Cómo...! ¿Quería usted dejarme solo? Está muy mal hecho... Yo no lo hubiera permitido... ¿No es verdad que la casualidad es una cosa extraña? Vaya... ¡esa maldita radio...! ¡Al diablo si lo esperaba yo...! Y decir que yo fuí quien insistió en hacerla hablar... No cabe duda que los señores de la policía no han perdido su tiempo... Ya que usted se encuentra ahora al tanto de las cosas, es inútil seguir fingiendo... Usted me reconoció ya... Yo la observaba en el espejo de la chimenea mientras aquella maldita máquina hablaba dando mi descripción...

Después tuvo un gesto de contrariedad rabiosa, y calmadamente, como si se tratara de dar la más común de las explicaciones, dueño de sí mismo, dijo:

—Sin embargo, he tomado mis precauciones; no obstante, las huellas digitales me han traicionado... todo por habérseme roto el pomo de colodión al escalar el muro... En fin: lo hecho, hecho... Ahora usted comprenderá que me hace falta su automóvil, cueste lo que cueste...

Y como un gesto involuntario de Micaela lo hizo entrever una protesta, agregó:

—¡Oh! No tenga usted cuidado. Nada le pasará; pero usted debe comprender que, a veces, hace falta sacrificar la vida de otros para salvar la propia. Solamente se salvará usted si me obedece...

—Y al hablar, jugaba negligentemente con la pistola. — Para principiar, va usted a venir conmigo luego al garage... Pero tenga usted cuidado... No intente apagar la lámpara o jugarme una mala pasada, porque, ya oyó usted que donde ponga la mirada coloco el proyectil...

Inmóvil, Micaela contemplaba aquel hombre, procurando dominarse, sumisa a su voluntad, tornándose entre sus manos una cosa dócil, incapaz de ninguna protesta, como a quien se le escapó toda esperanza de huída. Sin esperarlo, en aquel instante suena la campanilla del teléfono rompiendo el silencio de la casa.

La mirada de Micaela se fijó en el aparato con la impresión de que aquella llamada pudiera ser su salvación. Por instinto, hizo un movimiento como para contestar la llamada, que se repetía con insistencia; pero, con un gesto, el hombre la detuvo.

Pareció como si Micaela dudara un instante; después, con una calma que estaba lejos de sentir, se dirigió al asesino en estos términos:

Puede ser una imprudencia de su parte si no contesto la llamada telefónica. Si no respondo, mi marido podrá suponer alguna cosa mala...

El hombre tuvo una sonrisa de aprobación y accedió, diciendo:

—¡Bien pensado...! Responda usted... Pero le aconsejo, por su misma salvación, que mida bien sus palabras... ¡Vaya...! -

Parecida a un autómata, la jo-

## COPO DE NIEVE

Para endulzar un poco tus desvíos,
fijas en mí tu angelical mirada,
y hundes tus dedos pálidos y fríos
en mi obscura melena alborotada.

¡Pero en vano, mujer! ¡No me consuelas!
¡Estamos separados por un mundo!
¿Por qué, si eres la nieve, no me hielas?
¿Por qué, si soy el fuego, no te fundo?

¡Tu mano espiritual y transparente
cuando acaricia mi cabeza esclava,
es el copo glacial sobre el ardiente
volcán cubierto de ceniza y lava!

*Salvador DIAZ MIRON.*

## ANECDOTA

*El rey del Afganistán realiza un viaje por Europa. Como es natural, los periódicos de las distintas capitales que ha visitado el padischá, se ocupan del ilustre viajero, y algunos de ellos, sin duda, para dar a conocer mejor su personalidad, refieren anécdotas y episodios de la vida del monarca afgano en su propio país.*

*"Le Gri de Paris", por ejemplo, cuenta que, al llegar a Djella-Labad; a donde fué en automóvil un crudo día de invierno, S. M. Amanulah vió que un viejo mendigo trataba de acercarse a su coche, lo que impedían los soldados de la escolta.*

*—Dejadle pasar — ordenó imperativamente a sus guardias.*

*Y cuando el pobre estuvo ante él le preguntó:*

*—¿Qué quieres?*

*—Quería, simplemente, ver una vez de cerca al padischá — contestó el mendigo.*

*—Pues bien; ya me has visto. ¿No quieres nada más? ¿No? Aunque no lo dices, tu eres pobre y tienes frío.*

*—¡Mucho frío, señor! — interrumpió tiritando, el viejo.*

*El padischá miró a su secretario, M. Ziahoumyoum, que todo el mundo llamaba Zia. Este comprendió lo que aquella miraba significaba. Se quitó el magnífico abrigo de pieles que llevaba y se lo entregó al mendigo, que se marchó encantado. Al día siguiente, Zia recibió un abrigo mucho mejor, regalo de su soberano.*

ven descolgó el único receptor, y bajo la mirada del hombre que se encontraba tras de ella, con el cañón del revólver apoyado en su nuca, aproximó a su oreja el receptor, entretanto que procuraba dominar la angustia de su voz, respondiendo a la llamada:

"¡Bueno! Sí; soy yo... ¿Han restablecido la línea? Tanto mejor.. Sí... He tardado porque me encontraba en la recámara... No; no me he acostado aún... te espero. ¿Dentro de cuánto tiempo...? ¿Una hora...? ¡Oh, qué largo rato todavía...! No me digas nada: ya me contarás todo cuando regreses... Escucha: ten mucho cuidado de anotar mis primeras letras de los nombres que voy a darte de nuestro itinerario para que hagas los arreglos necesarios; escribe en orden: París, Orleans, Limoges, Issoudun, Chartres, Issoire, Angoumois... Hay que partir lo más pronto posible... Voy a acostarme... No; no tengo frío; al contrario hace algo de calor aquí... No olvides, sobre todo, mi encargo... ¡Feliz regreso...!

x x x

Sin que su voz hubiera traicionado por un solo momento su emoción Micaela volvió a colgar el receptor, volviendo a ver al asesino, quien había dejado caer lentamente el arma, diciendo:

—En buena hora que ha sabido usted dominarse... Por otra parte, era el único partido razonable... ¡Mis felicitaciones! Entonces ¿el doctor no regresará sino dentro de una hora?

Ella contestó con una expresión desinteresada de resignación.

—Usted mismo escuchó lo que hablamos.

El otro aprobó con un signo de cabeza y respondió:

—¡Perfectamente...! Entonces todavía le queda tiempo a usted de darme ciertas explicaciones que necesito... Para comenzar, debe usted, sin duda, poseer algún itinerario de ferrocarriles, ya que hablaba de un proyectado viaje...

Micaela tuvo un encogimiento de espaldas insubstancial, yendo, deliberadamente hacia una mesita llena de libros, de donde tomó una libreta que alargó al bandido, quien la tomó y empezó a hojear, mirando alternativamente lo que leía y a la joven esposa, a quien tomaba por testigo de sus apreciaciones:

—Veamos: nos encontramos a treinta kilómetros de Laroche, en donde paran todos los trenes expresos; pero no me conviene porque la guardia debe estar prevenida; mejor iremos a Pont-Sur-Vanne, en donde paran todos los trenes mixtos y que no tiene otra vigilancia que el guarda agujas: el tren pasa a las 0.48 horas; es lo que me conviene.

Después pidió a Micaela que descolgara un mapa de carreteras de la región, para estar seguro del camino que seguiría. Rápidamente, como hombre habituado a formarse pronto un itinerario, trazó su ruta, devolviendo a Micaela el mapa.

—¿Quiere usted decirme la marca de su automóvil? — preguntó el bandido.

—Es un "Speedily".

—¿Cuánto...?

—Seis caballos de fuerza...

—No pregunto la potencia, sino el precio...

—No puedo venderlo, caballero.

—En tal caso, me veré obligado a tomarlo por mi cuenta. Por otra parte, usted se servirá acompañarme para que de esta manera no pueda delatarme una vez que me haya ido, ya que usted conoce el camino que seguiré.

—¿Y si me rehuso? Usted ve que mi marido se encuentra ausente...

—En tal caso, me veré obligado a arrancarle la vida...

Micaela no tuvo otro camino que tomar que dirigirse a su recamara, siempre bajo la mirada vigilante del bandido, para abrigarse.

Al llegar a la puerta de salida, repentinamente sintió la joven esposa del médico un malestar profundo teniendo que apoyarse contra la pared.

El bandido se impacientó y le dijo:

—No tenemos un minuto que perder. Son ya las once y cuarenta y cinco minutos... Haga usted un esfuerzo; ¡no me obligue a cometer otro crimen...!

Al mismo tiempo, con un ademán rápido, tiró el pomo de la cerradura, quedando la puerta entreabierta. El bandido no se tomó la molestia de mirar hacia afuera, sino que se dirigió a levantar a Micaela que se había desvanecido. Pero antes que pudiera tocarla, la joven se levantó y fijó la mirada en la puerta, como percibiendo algo que le causara profunda sorpresa. La puerta se abrió completamente y aparecieron dos hombres pistola en mano, "cubriendo" al bandido.

Micaela los había visto, y por la expresión de su mirada, el hombre comprendió que alguien se encontraba a sus espaldas... Abandonando a la joven dió media vuelta rápida, apuntando con su revólver; pero ya los policías le habían ganado la delantera y lo tenían a distancia bajo la amenaza de sus armas...

Uno de ellos le ordenó:

—¡Arriba las manos, Ravonne!... Ya te hemos cogido...

Lentamente, el asesino levantó los brazos. Con un gesto rápido uno de los policías le arrancó el revólver, mientras el otro le colocaba las esposas de acero que el bandido, resignado, dejó le pusieran. Después, volviendo a ver al que lo desarmó, dijo:

—Mi enhorabuena, Calvert. ¡Hermoso trabajo! Pero, ¿cómo diablos han podido dar conmigo?

Sin contestar el inspector Calvert sacó la cabeza fuera de la puerta y llamó:

—Venga pronto, doctor; ya tenemos a nuestro hombre, y la señora se encuentra sana y salva!...

Entretanto que el policía hablaba, el doctor surgió de una maleza, entrando en la pieza y precipitándose en brazos de su mujer.

Ravonne asistía, inmóvil, a aquella escena amorosa sin comprender, como absorto en una reflexión profunda, buscando vanamente la solución del enigma, inconsciente de la presencia de los policías, sin acordarse de los brazaletes de acero que lo aprisionaban, esperando el castigo supremo... esta vez inevitable...

El doctor dirigió la palabra a su mujer:

—Mi querida Micaela: he sentido un miedo atroz; temí no llegar a tiempo...

—Yo también; no puedes imaginarte lo que sufrí, creyendo que no habían comprendido cuando te dije lo del itinerario...

Bruscamente una carcajada los interrumpió. Era Ravonne, que reía de buena gana. Se volvió a ver a la señora Firminy y en un tono correctísimo le dijo:

—Es usted muy astuta, señora, hace honor a su sexo... Ahora comprendo. ¿Con que van ustedes a París, Orleans, Limoges, Issoudun, Chartres, Issoure y Angoumois...? Perfectamente; ahora caigo... P... O... L... I... C... I... A...

Magnífico modo de llamar a la fuerza pública en su auxilio... ¡felicitaciones!



## LA MULA DE GUTENBERG

*El día 14 de agosto de 1837, más de cincuenta mil personas presenciaban en la gran plaza de Maguncia la erección de un monumento consagrado a la memoria de un grande hombre.*

*El monumento era una estatua y la estatua de Gutenberg, inventor de la imprenta, o más bien de los caracteres movibles.*

*Murió Gutenberg el 24 de febrero de 1468 de manera que no obtuvo el honor de la estatua hasta cerca de cuatro siglos después de muerto; sin duda porque el mundo necesitó todo ese tiempo para convencerse de la poderosa extensión de tan maravilloso invento.*

*Y en verdad que todos debemos profunda gratitud al inventor de la imprenta, lo mismo los sabios que los ignorantes, lo mismo los ignorantes que los perversos.*

*Los sabios, porque tienen en la imprenta un medio de extender la ciencia.*

*Los ignorantes, porque del mismo modo disponen de ella para esparcir las sombras de su propia ignorancia.*

*Los perversos, porque no hay nada que, como la imprenta, lleve con más seguridad y con más prontitud a la inmensidad del vulgo la semilla intelectual de todas las perversidades.*

*Cuentan que Gutenberg se encontró, cierto día que la tradición no señala, en medio de un camino; quizá iría de Maguncia a Estrasburgo, o volvería de Estraburgo a Maguncia.*

*Debemos suponerle meditabundo y cabizbajo, como todo hombre que siente en su cabeza el peso de una idea cuya forma no encuentra.*

*Delante de Gutenberg caminaba una mula, como si este animal quisiera guiar a Gutenberg como un hombre guía a un niño; pero ello es que Gutenberg seguía los pasos de la mula.*

*Entonces pudo observar cómo se estampaban las herraduras en el polvo del camino.*

*Así dicen que se completó en la cabeza de Gutenberg la idea de la imprenta.*

*Reclamo, pues, para esta mula la celebridad que le corresponde.*

*Ella inspiró a Gutenberg la imprenta, como la guerra de Troya inspiró a Homero la "Ilíada", y una mula no es más brutal que una guerra.*

*Se dirá que no hay certidumbre histórica de semejante relato; pero tampoco hay certeza histórica de la guerra de Troya, y, sin embargo, es célebre..*

*El hecho podrá no ser cierto, pero es posible; y si no es histórico, no puede negarse que es natural.*

*Acaso sea triste tener que descender hasta la herradura de una muda y hasta el polvo de un camino, para buscar, digámoslo así, la impresión primera de la imprenta; pero observemos que la Providencia se complace frecuentemente en asociar a la soberbia del hombre las más humildes circunstancias.*

*José de SELGAS.*

## Reloj gigantesco

En la ciudad de San Luis, en los Estados Unidos de Norte América, se ha construído un reloj curioso, posiblemente el más grande del mundo. En su interior hay galerías espaciosas, por las cuales se puede pasear. No se trata de un reloj de torre, sino de igual modelo de los de bolsillo. Está colocado boca arriba. Sus cajas son de metal; y la gente puede recorrer su interior por entre la maquinaria en marcha.

Sus dimensiones son de veintidos metros de diámetro, y doce metros de altura. Para subir a los pisos hay escaleras las cuales están protegidas de modo que no se puede agarrar ningún objeto, ni hacer daño a las personas.

Una de las ruedas pesa una tonelada, y la espiral tiene el grueso del antebrazo de un hombre normal. En vez de rubíes se han colocado grandes bloques de ágata. El muelle tiene noventa centímetros y uno con cincuenta centímetros de largo, y está hecho con diez tiras de acero de dos pulgadas.

El constructor ha dicho que la utilidad del artefacto puede ser grande, porque las personas que lo visiten podrán, no solamente conocer el mecanismo de los relojes sino también la manera de cuidarlos.

Para darle cuerda se emplea el vapor.

## ¿Quién me despertó?

**Por Manuel Lustres Rivas**

Fué un despertar brusco, extraño, inopinado, inexplicable. No lo había provocado ruido ni sacudida violenta... Y luego, la hora. Abría los ojos a una onda de luz indecisa que entraba por la lumbrera del camarote y lo inundaba en claridad lívida, enfermiza.

Me había acostado unas dos horas antes, cuando se perdían en la masa profundamente azul del horizonte los potentes faros de la costa brasileña. El paquebote había dejado al anochecer el puerto de Bahía, desfilando ante el caserío de la urbe: paredes y techos policromos, tendidos desde la orilla del agua hasta la cumbre de una colina; centenares de torres de iglesias, trozos de boscaje intensamente verde entre los bloques cúbicos de las edificaciones tan complicada en sus coloración múltiple.

Mientras el vapor iba navegando al filo de la ciudad, un religioso portugués que tornaba a su patria me refería gestas de Bahía, la más antigua de las poblaciones fundadas por los colonizadores lusitanos en la tierra que Cabral descubrió. Me relataba la historia de los templos, se señalaba el lugar donde se celebró por primera vez en el Brasil el sacrificio de la misa...

Casi de repente desapareció de ante nuestros ojos la bella ciudad. El vapor enmendara su rumbo, y al doblar un promontorio el caserío quedó tras un lomo de tierra negra. Y en el véspero tropical de fascinadoras claridades pudimos ver los playales blanquísimos festoneando la mar azul y conteniendo los avances de la imperiosa lujuria forestal que, montes abajo, pugna por la conquista del Atlántico, por entrar en el agua con sus gérmenes y darle a la selva más amplitud.

Luego, al cerrar la noche, seguí en cubierta, mirando los lineamientos de las montañas, que eran perfiles de densa sombra en la profunda masa azul del espacio, a la que asaeteaban los reflectores de los faros.

Ya bien avanzada la madrugada, en pleno Océano, me fuí al camarote. Y apenas me acosté hube de ser ganado por el sueño.

Me desperté, como ya he dicho, sin motivo y completamente despejado, igual que si hubiese dormido diez horas. Esta anormalidad me inquietó. Pero al iniciar una reflexión sobre la causa de mi despertar, he aquí que el barco da unos grandes balances. Más aún: el navío está detenido. No se oye la trepidación de las hélices. La lumbrera del camarote está totalmente abierta y ni un soplo de aire entra por ella. Desechada, pues, la tormenta. En aquel lugar — lo sé bien — la mar es pacífica; no se encrespa sino cuando el viento se lo manda. Estos datos exaltaron mi preocupación. Y salté de la litera para asomar la cabeza por el redondo ventanuco. Al poner las manos en un reborde para alcanzar el círculo que se abría en el costado de la nave, por el boquete irrumpió un chorro de agua que me cubrió totalmente, que me llenó la boca de sabor a sal marina. Lo inesperado de la ducha y las circunstancias en que se producía me aturdieron, pero no tanto que no cuidase de mi persona. Hube de atender a despojarme del pijama antes de correr la pequeña mámpara de vidrio cierre de la lumbrera. Mientras me secaba la piel pensé que debía impedir la entrada en la cabina de otra invasión de líquido. Pero entonces el trepidar de las hélices sonó rotundamente y los balanceos del vapor se aminoraron. Proseguí el aseo personal, y cuando, ya substituída la ropa de cama, saqué la cabeza por el redondel abierto en el flanco del trasatlántico, pude ver cómo el navío navegaba tranquilamente sobre una mar lisa, bajo un cielo teñido en livideces de amanecer.

Volví a la cama, y, a pesar de que deseaba meditar sobre el extraño incidente, me venció en seguida el sueño. Apenas había llegado a deducir que el barco estuviera de través, efecto de un ligero entorpecimiento en sus máquinas, y de ahí el fuerte balancear cuando ya dormía.

A la sazón tenía en total olvido el extraño despertar, absolutamente despejado, a las dos horas de sueño, sin causa conocida interior o exterior.

A la tarde, después del té, hube de reflexionar acerca de aquel, en mi normalidad física y psíquica, extraño despertar. Evocando y reconstruyendo lo sucedido estaba cuando vi al médico de a bordo y me puse a su lado.

—¿Hubo avería en la máquina esta madrugada? — le pregunté.

—Que yo sepa, no — respondió.

Y le relaté todo lo que me había acontecido.

Entonces el doctor me dijo que a las cinco de la mañana se hizo detener al barco para la triste ceremonia de lanzar al agua el cadáver de una señora fallecida horas antes.

—Pero, bueno, ¿por qué desperté?... ¿Quien me despertó?

El galeno se encogió de hombros, plegó los labios en una sonrisa, sonrió también con los ojos e interrogó a su vez:

—¿Es usted teósofo?

No le contesté.

El doctor añadió:

—Murió de un cáncer en la garganta. Era una señora de Bilbao que se empeñara en volver desde Buenos Aires a su tierra natal para recibir en ella sepultura. Pero se acordó tarde, la pobre, y hubo que darle su cadáver a la mar.

Por lo demás — continuó — fué una muerte realmente dulce. Y sin morfina ni pantopón. Falleció durante una copiosa hemorragia a las dos horas de haber zarpado de Bahía.

—Yo no recuerdo haberla visto nunca.

—No salió ni una sola vez del camarote desde que embarcó. El marido está, en verdad, afligidísimo. Parece que se querían mucho.

Paseamos por la cubierta un buen rato. Como me viese preocupado, el médico me dijo:

—Si no es usted teósofo no cavile más en derredor de este asunto. Es la hora del whisky... ¿Una copita?...

Y nos encaminamos al bar, decididos a hacerle los honores a la bebida escocesa.

# El mal de los aeronautas

Por el doctor Julio Mut

No son, por fortuna, muy frecuentes las tragedias como la que hace poco ha costado la vida al comandante Molas, que tripulando un globo libre se proponía batir el "récord" de altura, para que dejemos de prestar la debida atención al mecanismo de estas muertes.

Es ya indudable (la autopsia y el barógrafo lo han demostrado) que el infortunado Molas pereció víctima del denominado "mal de los aeronautas", o sea por asfixia, debida a una insuficiente tensión del oxígeno atmosférico.

Sabemos que la atmósfera que rodea la tierra es una capa gaseosa, calculada en 60 kilómetros de espesor, y compuesta por dos gases principalmente: el oxígeno y el nitrógeno. Nos enseña también la Física que esta capa es ponderable y gravita sobre nosotros en proporción directa al número de capas que sustentamos; de modo que a la orilla del mar existe mayor presión atmosférica que en la cúspide de una montaña.

El organismo humano no es indiferente, ni mucho menos, al medio que lo rodea, y necesita para subsistir una presión atmosférica que oscile entre ciertos límites. Aunque estos límites son bastante amplios, si se sobrepasan por exceso o por defecto el organismo muere. Si consideramos como presión media la marcada por una columna de mercurio de 760 milímetros de altura, podemos estudiar los fenómenos que experimenta el organismo humano a medida que la presión desciende. Para ello pueden seguirse tres procedimientos: ascensión a montañas elevadas, elevación en globos y experimentación en el laboratorio bajo campanas neumáticas. A primera vista parece que los dos primeros procedimientos son iguales; pero la práctica ha demostrado que el mal de las montañas aparece a una menor altura que el mal de los aeronautas por razones que luego se explicarán.

Cuando un sujeto acostumbrado a vivir entre presiones medias asciende a la cumbre de una elevada montaña, experimenta en primer término un aumento en el número y en la amplitud de las respiraciones, al ser éstas más profundas regiones pulmonares de escasa o nula ventilación, se airean perfectamente (he aquí explicada la conveniencia de los climas de altura a los tuberculosos y otros enfermos del pecho); si se continúa la ascensión este agradable efecto se trueca en desagradable y una sensación de angustia y malestar se apodera del montañista, se presenta dolor de cabeza y epistaxis y hemorragias conjuntivales o de las encías, por aumento de la tensión de la sangre en las venas y en los capilares; al mismo tiempo una sensación de debilidad muscular se apodera del individuo, y llega hasta la completa abolición de los movimientos voluntarios, con pérdida del instinto de conservación de la vida y finalmente, en los sujetos muy predispuestos, el síncope puede ocasionar la muerte.

Los síntomas que se observan en las ascensiones aeronáuticas son iguales o muy parecidos a los del mal de montaña; pero mientras que en los montañistas aparece el mal a alturas de 3.000 metros, o antes, hace falta llegar a los 5.000 metros en globo para sentir los mismos efectos. Esto se explica por el mayor consumo de oxígeno que efectúa el organismo durante el trabajo muscular que han de realizar los que ascienden a las cumbres de las montañas.

Experimentando en el laboratorio, "Arthus" y "Paúl Bert", han podido observar que los accidentes anoxémicos (anoxemia: insuficiencia del oxígeno en la sangre) no comienzan hasta que la presión desciende a 500 mm. de mercurio (unos 4.000 m. de altura), por encima de 6.000 m. (350 mm. de presión) son constantes para todos los individuos, y cuando se rebasan las alturas de 8.500 m. (260 mm. de presión), el síncope es inminente. Pero "Paúl Bert" pudo ya comprobar en estos experimentos que la inhalación de oxígeno puro retarda la aparición de los síntomas hasta el punto de soportar descensos de presión hasta 240 milímetros de mercurio (equivalentes a 9.000 m. de altura) sin más que una ligera angustia y algunos vértigos.

¿A qué es debido el mal de los aeronáutas? El organismo humano necesita el oxígeno para vivir, pero el oxígeno a una determinada presión. Los cambios moleculares que experimenta la sangre durante la respiración pueden reducirse a una absorción de oxígeno y a una eliminación de anhidrido carbónico; el nitrógeno permanece casi inalterable. Esto lo demostró ya "Lavoisier" a fines del siglo XVIII. El análisis comparado de 100 volúmenes de aire inspirado y expirado demuestra que el oxígeno baja de 20,95 que hay en el primero, a 16,17 en el expirando, mientras que el anhidrido carbónico asciende de 0,03 en el inspirado, a 3 y 4 en la expiración.

La tensión que precisa el oxígeno para poder ser fijado por la sangre está determinada por la siguiente fórmula.

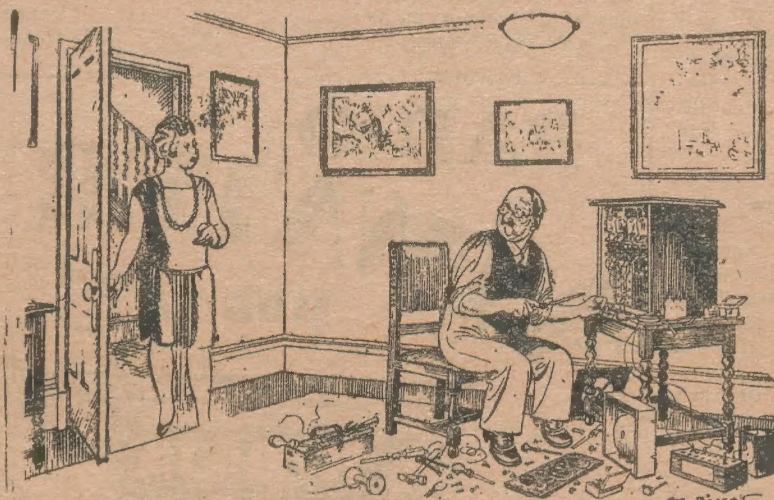
$$760 \times \frac{20,95}{100} \quad 159 \text{ mm. de Hg.,}$$

en la que 760 es la presión media atmosférica expresada en milímetros de mercurio; 20,95, la cantidad de oxígeno que contiene el aire a esa presión y en 100 volúmenes.

Conforme se asciende disminuye el producto de la ecuación por disminuir uno de sus factores (la presión atmosférica), y cuando la tensión parcial del oxígeno es sólo de un 3 por 100 (22,8 mm. con arreglo a la fórmula), la vida es imposible para todos los seres. Por encima de este valor el cambio de aire entre el oxígeno y la sangre es "posible", pero "insuficiente".

Todo esto lo sabía el infortunado Molas, y no sólo fué preparando su organismo para las grandes alturas, sino que iba provisto del oxígeno necesario. ¿Se concluyó la provisión de oxígeno, o se apoderó de él la debilidad trágica? Es más probable esto último, y que el globo, siguiendo su loca ascensión, condujese un ente abúlico, que no tardaría en sucumbir víctima del síncope mortal.

A los nombres de Croce-Spinelli, Silvel y Tissandier, muertos los dos primeros en la célebre ascensión del globo "Zénith" efectuada el 15 de abril de 1875, a los de Berson y Suring, que batieron el "récord" de altura en 31 de julio de 1901, hay que unir el de Molas, víctima de ese afán tan humano del "plus ultra", de ese ansia conquistadora que hizo célebres a nuestros antepasados y que late en el fondo del corazón de todo español.



ELLA. — ¿Has encontrado dónde estaba el defecto?
EL. — El de antes sí; ahora falta saber dónde estará el otro en cuanto lo arme.



## FLORILEGIO

Tras la verde y espesa celosía
que forma el jazminero en tu ventana
se adivinan la gracia y la armonía
de tu cuerpo moreno de gitana.

Tus mejillas de fresca lozanía
semejan rosas en tu faz galana
y el coral de tu boca se diría
que es un rojo clavel como la grana.

Dos lirios que crecieran en tus brazos
son tus manos de gracia decadente...
Pero, de toda tú, son tus ojazos,

que matan al mirar y dejan ciego,
lo mejor de tu cuerpo floreciente
pues son flores de luz, flores de fuego.

J. QUESADA NOFUENTES

## EN EL RESTAURANTE

—¿Qué es ésto, camarero?
—Caldo de gallina, señor.
—¡Caldo de gallina! Está usted perdiendo lastimosamente el tiempo en este restaurante.
—¿Por qué, señor?
—Porque un hombre con la imaginación de usted tiene asegurado el triunfo dedicándose a escribir para el teatro.

# EL RETRATO

Por José Brissa

En la reunión de la marquesa, después de desfilar los convidados, siempre quedábamos los íntimos disfrutando de su amena conversación. Aquella noche nos reservaba una curiosa historia, que hizo más interesante la velada. Hablábase de una boda en proyecto, que por una frívola cuestión de amor propio entre los novios se habían desbaratado recientemente.

—Volverá el novio — interrumpimos — y la novia aceptará el simbólico anillo.

—No conocen ustedes el corazón de los enamorados — exclamó la marquesa; — yo creo, y ojalá me equivoque, que se casará cuando yo.

La marquesa era una "solterita", pues no me atreveré a llamar "solterona" a tan hermosa, bien conservada y virtuosa señora, de cuya soltería más de una vez se burlaba ella misma con suma gracia.

—Esta carta de despedida — prosiguió, — dictada por el despecho es, y no la conozco, la sentencia de rompimiento eterno. El amor propio ofendido dicta frases terribles, devuelve ofensa por ofensa, atormenta el corazón de la persona amada con los más refinados medios de tortura, y no parece sino que quiere aniquilar en un instante todo el cariño que siente; trabajo inútil y doloroso, en el cual dos corazones que aman, hacen a la vez papel de víctimas y verdugos.

—¿Y queriéndose tanto, es posible?...

—¿Si es posible? Ahora verán ustedes. Es un episodio que no me pertenece; callaré el nombre de la protagonista, amiga mía, que... ¡murió! Así podrán decir ustedes que atestiguo con muertos, y quedarse con la suya.

Todos nos apresuramos a traducir en una galantería la buena fé que nos merecía la marquesa; pero debimos ser algo tardos en la expresión, porque, sin dejarnos hablar continuó:

—Mi amiga Elena — la llamaremos así — era íntima de casa, y en nuestros salonés conoció al pobre Enrique, que también los frecuentaba, quedando prendados uno de otro.

Elena era una joven distinguida, guapísima, de noble estirpe, y no escasa dote. Enrique... figuraos un guapo mozo, con títulos de nobleza y risueño porvenir en la carrera diplomática que comenzaba. Volvía de París, temporalmente, cuando la conoció, y les juro a ustedes que jamás he asistido a felicidad más grande en la tierra, cuando Elena, sentada a mi lado, espiaba, palpitante, la entrada de Enrique en el salón, o cuando abstraídos, locos de amor, fabricaban sus castillos en el aire. Las familias de ambos accedieron gustosas a amores tan razonables, y Enrique regresó a París, donde su obligación le llamaba. Si las cartas de Elena conmovían, no menos las de Enrique. En ellas ponían todo su ser, y ví a Elena muchas veces regar con lágrimas los renglones que escribía. No podían vivir tan lejos uno de otro, y Enrique acabó por mandar a paseo su carrera y volver al lado de Elena.

Convencieron, sin embargo, a aquellos dos locos de que tuvieran paciencia unos meses, mientras se preparaba pomposamente la boda, y persuadieron a Elena a que dejara marchar a Enrique y a éste a que regresara a París.

Pasado algún tiempo, cierta noche, en casa, un recién llegado de la Ciudad Luz trajo noticias de Enrique, y entre varias indiscreciones, dijo que le habían visto en la Opera con una mujer hermosísima. Algún amor pasajero, aventuró el indiscreto. Y Elena, sin encomendarse a Dios ni al diablo, escribió a Enrique:

"¿Amas a otra? Dueño eres de ello, y si te sientes con valor de terminar conmigo, devuélveme mis cartas y te enviaré las tuyas".

A los pocos días, Elena, desolada, vino a verme. Traía un paquete de cartas, las de su novio. Entonces me dijo que le había escrito en un momento de obcecación aquella carta.

—No me ha querido nunca — exclamaba — cuando con tanta facilidad me devuelve mis cartas; nunca, nunca me ha querido! Pues yo le devolveré las suyas tranquilamente, y también su retrato, y todo se acabó. ¡Y que se divierta!

Quería aparecer serena y las lágrimas se escapaban de sus ojos. Procuré calmarla, pero fué en vano; su dolor y su despecho me inspiraron lástima y la dejé marchar. Si no lo hubiese hecho, aún era tiempo de salvarlos. Enrique recibió sus cartas y su retrato, que voy a enseñarles a ustedes tal y conforme los recibió.

La marquesa sacó de un mueble inmediato una cartera, y de ella una fotografía. Todos sentimos al verla un escalofrío involuntario, algo desagradable que no se puede expresar. El retrato tenía los ojos taladrados y por aquellos ojos vacíos, sin luz, parecía escaparse una mirada dolorosa. Habíamos quedado en silencio, y el retrato pasaba de mano en mano. Volvió a tomarlo la marquesa y terminó diciendo:

—Enrique no pudo resistir tamaña ofensa; creyó ver en aquel acto indigno un corazón perverso, al cual se veía ligado por un amor vehemente. Yo disculpo a mi desgraciada amiga; fué una ligereza que bastante castigada se vió; pero Enrique, como digo, no debió juzgarlo así, por cuanto, una mañana, le encontraron en su habitación con el cráneo destrozado. Es una mano conservaba el revólver, y en la otra su profanada fatografía. Elena, ya les dije, ha muerto soltera, triste y sola... ¡como yo moriré!

Y la marquesa no pudo contener una lágrima, que cayó sobre aquellos ojos vacíos que se habían cerrado para siempre.

Aquella lágrima nos dió la clave de su eterna soltería.

Sí; nos persuadimos de que la marquesa y Elena eran una misma persona, la misma mujer desgraciada y digna de lástima.

# LA MUJER IDEAL

**Por Antonelli Cultos**

Habíase enamorado de ella porque decía — con olímpica seguridad — mil encantadoras tonterías.

Náufrago de complicadísimos amores cerebrales, se había refugiado, como a una tabla de salvación, sobre el blando pecho de aquella hermosa muchacha, la que prometía no fastidiarlo con exigencias intelectuales, y la que, desde entonces, le daba pruebas de qus su vida conyugal sería un reposo verdadero y contínuo, en una tranquila atmósfera de sonriente estupidez.

Porque no le cabía ninguna duda de que Lina era tonta hasta lo inverosímil, y sería tal vez por eso que aún no había encontrado quien se casara con ella. El doctor Armanni simpatizó con ella en seguida de conocerla y se apresuró a pedir su mano, después de haberse asegurado que esa estupidez era auténtica.

Al recordar los amores que había tenido con Roxana, aún hoy le daban calosfríos al doctor Armanni.

Roxana era poseedora de una inteligencia increíble y espantosa, y a los quince días de su noviazgo había sido necesario romperlo.

Después de Roxana, había encontrado por tres veces otras inteligencias superiores, y siempre aquello había sido un verdadero desastre.

Para remediar el desorden moral que todo esto le había producido, creía él que era necesario pasarse al límite opuesto... ¡El no se casaría hasta encontrar la tonta ideal y perfecta!

* * *

Desgraciadamente, el mundo está sembrado de mujeres inteligentes, lo que debe ser defecto del progreso, siempre creciente; las tontas son ya ejemplares rarísimos.

Pero Armanni la había encontrado por fin; sentada en la playa, y con un interminable tejido entre sus manos, parecía en verdad que Lina lo estaba esperando...

Era aquélla una mujer que jamás se habría atrevido a contradecirle y con la que no era necesario discutir; Lina creería en él como en un dios, y sus palabras y su voluntad serían leyes para ella. Ella le daría muchos hijos, y la idea de una vida patriarcal comenzó a sonreirle desde que empezara a festejar a Lina.

Esta, por supuesto, ignoraba los planes de aquel hombre excelente; recibía sus festejos, continuando, impertérrita, su tejido. Sólo lo dejó en el día de su casamiento.

Y Armanni pensaba, encantado: "La tendré en mi casa como el más hermoso de los muebles... Encontraré siempre todo bien en orden; las medias bien zurcidas y bien cosidos los botones de las camisas... ¡Ah! ¡Cuánto recordaba a aquellas otras mujeres inteligentísimas que había conocido!... Aquellas gritan, discuten, fuman, y no saben entrar a la cocina... ¡Son demasiado inquietas y dicen cosas demasiado profundas!... Lina, en cambio, es una mujer como hay pocas: tranquila y tonta, que suavizará todas las heridas de mi alma; es, también, linda, callada como una muñeca... ¿Qué más podía pedirse? Cuando esté a su lado, podré pensar en todo lo que se me antoje, pues, seguramente, que ella jamás pretenderá conocer mis pensamientos; podré permanecer silencioso durante largo rato, en la seguridad de que no se ofenderá, como lo habrían hecho aquellas otras... A ella le bastará que la bese de cuando en cuando, y como su boca es linda, no me costará mucho hacerlo. Cuando vuelva del teatro, no querrá conocer mi opinión sobre la obra que acabo de ver; siempre la encontraré dulcemente dormida, y si vuelvo de buen humor, puede también acontecer que la despierte con una caricia. ¡Ah! ¡Cómo bendigo esta playa, donde he tenido la suerte de encontrar este rarísimo ejemplar! Hace ya diez meses que la conozco y aún no la he oído emitir un juicio; no sé qué opinión tiene... Casi estoy por creer que no tiene ninguna... Siempre se ha paseado por los sitios que me agradan; ha comido de los manjares que a mí me gustan; ha sido, en fin, una novia ideal; tan ideal, que venciendo mi natural egoísmo, he sentido la necesidad de regalarle una magnífica joya, una esmeralda, encerrada en un hermoso estuche de terciopelo azul. Su alegría infantil fué para mí un espectáculo conmovedor... Y lo que más feliz la hizo fué el estuche, que era, en realidad, de un gusto pésimo. Todo esto me divierte y me agrada. El período de nuestro noviazgo terminó con la mayor regularidad y con los gastos habituales requeridos por las más sencillas conveniencias sociales".

Esto era lo que pensaba el doctor Armanni, recordando aquel período de su vida, a los tres días de casado.

También el casamiento parecía haber marchado como sobre rieles, y él reía recordando que, durante la ceremonia nupcial, una vela encendida había goteado sobre su frac. Todo lo divertía; tan feliz sentíase de haber conquistado la tranquilidad de su hogar y de su espíritu.

Lina le había regalado un par de zapatillas, bordadas sobre cañamazo con punto de cruz, y sobre su mesita de luz había colocado una relojera detestable. Toda la casa estaba llena de pequeños obsequios de su esposa, de un gusto desastroso, lo que él soportaba sin mayor dolor. Diariamente dábale Lina pruebas de su estupidez.

* * *

Todo estaba, pues, en perfecto equilibrio, y Armanni no hacía otra cosa que ponderar su suerte cuando hablaba con los amigos. Pero...

Un día, volviendo a su casa a la hora del almuerzo, encontró sobre la mesa, al lado de su cubierto, aquel estuche de terciopelo azul. Estaba vacío.

—¿Y esto?... ¿Qué significa?— preguntó, alelado.

Lina elevó hacia su marido sus suaves ojos de muñeca, y repuso tranquilamente:

—Te devuelvo este feo estuche, porque me molesta cada vez que lo veo.

El doctor Armanni quedó aún más asombrado.

Su mujer siguió comiendo con una calma absoluta. Entonces él corrió a su habitación y volvió trayendo las zapatillas bordadas y la relojera.

—Y yo te devuelvo estos horribles regalos, que sólo soportaba en atención a mis principios de bienestar moral .

Otra vez levantó ella sus lindos ojos de muñeca, que tuvieron como dos relámpagos que parecieron horadar el tupido velo que cubría el pensamiento de Armanni.

Aquella criatura ahora le daba miedo... En toda la casa había una atmósfera sofocante y pesada de tormenta.

Y, súbitamente, volviendo la cabeza, vió colgados en la pared tres cuadros que jamás había visto. Se acercó y los miró largamente... ¡Santo cielo! Aquellos cuadros certificaban que su esposa era laureada en matemáticas, en filosofía y en medicina... ¡No podía haber la menor duda! ¡Bien claro se veía escrito el nombre de Lina Criber!

—Y bien, ¿qué dices? — preguntó la joven, abrazándolo.

Pero el doctor Armanni se esquivó con verdadero terror. ¡No... no era posible! Aquello debía ser una broma...

Lina se acercó suavemente; tenía otra vez su aire de muñeca tonta y resignada... Y él, más animado, dejó que lo besara.

—¡Por favor, Lina, dime que no es cierto! ¡Dime que me he engañado!

Sentáronse en el sofá. El, aún asustado; ella, tranquila y sonriente.

—Serénate — le dijo a su marido—, no te has engañado; pero yo puedo continuar siendo la mujer tonta que conociste hasta ahora. He sufrido tanto una vez por haber sido en la vida de un hombre lo que soy verdaderamente, que por eso me he propuesto ser una mujer estúpida. Y creo que lo he conseguido... Tú puedes decirlo ¿No es así?

—Sí, sí; puedo asegurarlo... Pero, dime, ¿y todas esas tonterías que me decías en la playa, mientras tejías sin cesar, y que me indujeron a casarme contigo?

—¡Ah, no te imaginas, querido, el estudio profundo que he debido hacer para imponérmelas! Construirse una estupidez, coherente

## SURCO DE AMERICA

Un pájaro aborígen hiende el aire
cual la flecha liviana de un chaná...
Surco: has de estar humeante de ansiedades
—harto de extrangerías—
en una espera nueva bajo la luz solar...

En esta madrugada india
abanicada por el mar,
ha de haber quien te siembre
—surco de América—
y ha de ser siembra doble para una eternidad...

Vamos a hacer la fiesta:
te hundiré blandamente
una fuerte semilla de arrayán:
después daré tres vueltas alrededor del punto
encomendándolo a Tupá...
y frotaré dos leños para encender el fuego.
En seguida, me tenderé a soñar...
¿De qué lado de América para seguir la siembra
vendrá un indio desnudo, vigoroso y feraz?...

*Alicia PORRO FREIRE*

desde la mañana a la noche, formarse una máscara que cubra por completo el verdadero ser, no es nada fácil, puedes creerlo...; pero comprendía que era necesario para conseguir y conservar nuestra felicidad.

—Entonces... ¿por qué no me has dejado con mi ilusión? ¿Cómo podré soportar que tengas tres horribles títulos?

Ella lo envolvió en un amoroso abrazo, y Armanni comprendió que este nuevo abrazo venía de un alma de mujer exquisitamente superior e inteligente.

—Nada temas — le dijo Lina, mirándolo profundamente a los ojos, con las pupilas húmedas por una ternura casi maternal. — Tal vez yo sea verdaderamente inteligente porque puedo ser en el momento oportuno completamente tonta, si necesario es para la paz conyugal. Tú ahora sabes que comprendo muchas cosas y que casi lo comprendo todo... Pues bien; piensa, querido, que también puedo dejar de comprender cuando tú así lo quieras. Sabes ahora que detesto las cosas de mal gusto; pero has visto que he sido capaz de llenar con ellas nuestro nido. Ha sido algo difícil; pero hice lo imposible por que me creyeses obtusa y tonta. ¿Qué es lo que no haría una mujer por el hombre que ama? Pero, permíteme que, desde mañana, transforme nuestro hogar según mis intenciones, pues te aseguro que no perturbarán nuestras felicidad y tu tranquilidad. Tú conocerás mis opiniones sobre la vida; esto es si te interesan y lo deseas. Y si tu quieres, seguiré sin tener opiniones... Estaré siempre lejos o cerca de tus aspiraciones, de tus gustos, según como tú lo dispongas. Por haber sido inteligente he sufrido tanto, que he sabido crear en mí misma a la mujer estúpida. A veces la otra se rebela en mi interior; pero mi voluntad la domina. Ahora que todo lo sabes, puedo volver a encerrarme en mi estupidez casi increíble. Yo, al conocerte, me dí cuenta que habías sufrido también por la demasiada inteligencia de otras... Esa amargura la comprendí en seguida, y bien sabía que no podría curarte de otra manera. Si así lo quieres, seré una esposa sorpresa. ¿Te agrada? Tal vez no debería decírtelo...; pero, escucha, querido: he pensado que algún días podrías necesitar de una palabra que únicamente se dice en el hogar, que sólo una esposa puede pronunciar...; que precisarías un consejo, una palabra de cariñoso aliento, y me hacía mucho daño el pensar que entonces todo eso lo buscarías en otra mujer... No; No; para aquella hora estaré yo; arrojaré lejos todo mi fingimiento, mi apatía, para ser lo que soy. En esa hora tu mujer te será útil; abriré mis ojos de muñeca para que tú puedas ver la luz de mi alma de mujer. Ahora, amor mío, te pido un beso... Y vamos a almorzar...

Armanni creía estar soñando; miraba a su esposa, la que, lentamente, como una fatiga interior se volvía a encerrar en su máscara de tonta, que tan bien escondía en su magnífica personalidad, no dejando ver más que una deliciosa sonrisa y dos hermosos ojos apagados. Entonces él la atrajo hacia sí, aferrándola con toda la violencia de un nuevo e insospechado amor, florecido en medio del estupor y en la conmoción y besándola con frenesí en la boca, en los párpados, le gritó:

—¡No, no, no! Te quiero así como eres; así como te he visto ahora!

—No te comprometas demasiado, querido mío, y déjame ser, de cuando en cuando, la mujer que conviene a tu tranquilidad. Créeme, amor mío, algunas veces será necesario un poco de obtusidad de mi parte...

—¿Cuándo?...

—¡Cuando, por ejemplo... quieras engañarme!...



## VACIO

*Yo sería un hombre feliz, si pudiera ser un empleado modesto que sueña con un ascenso y goza paseando el domingo, en compañía de una esposa brillante, por los jardines de moda.*

*Yo sería un hombre feliz, si me gustara jugar al dominó y a la lotería, con mis vecinos, en un comedor bien ordenado; o si pudiera conversar con ellos, seriamente, de la política y del comercio, diciendo lo que todos dicen, y demostrando un respeto que no tengo por las personas afortunadas. También sería mejor, si estuviera conforme con la vida que promete tanto, los hombres que engañan tan poco, la muerte que se asoma y Dios que se esconde...*

*Pero, no soy más que un pobre escritor que se quiere aturdir con palabras, como esos niños que cantan de miedo, en la soledad de los cuartos obscuros.*

*No gozo con los paseos familiares, ni me acompaña una mujer brillante, ni adormezco mi sensibilidad en el trabajo, ni sé de política ni de comercio, ni comprendo nada de este mundo en que vivo.*

*Y sin embargo, no estoy triste, ni sufro, ni me quejo. La vida ha tenido para mí, la solícita actitud de una persona amable: sería ingrato no reconocer sus atenciones.*

*Sólo ensombrecen mi corazón, los sueños de amor, de gloria y de fe que huyen en bandadas por un cielo crepuscular, y que yo siento en mí, como los reflejos rosados de nubes que pasan por un pozo que se está quedando sin agua...*

Pedro MIGUEL OBLIGADO.

## *El hábito del transporte en los insectos*

Entre los hábitos más notables de algunos insectos, resalta el del transporte que tienen ciertas larvas de algunas especies de "chrysopidae". La pequeña carga transportada por estas larvas, sugieren el escudo utilizado por algunas tribus y cuyo uso adoptaron durante la guerra europea los ejércitos combatientes.

Las "chrysopidae" contienen algunas especies cuyos adultos son conocidos por "ojos de oro", y cuyas larvas se indican a menudo como piojos, a causa del consumo que para su nutrición hacen de la hierba piojera.

Estos poseen hábitos curiosos, de protección y defensa, que los hace distinguirse entre los restantes insectos y especialmente el del transporte, de que hacíamos mención al principio, es interesante. Las verdaderas larvas transportadas son aquellas que llevan los fragmentos de materiales sobre sus espaldas en los diferentes estados porque la banda atraviesa. Los materiales, que generalmente son de la misma clase, se amontonan en forma esferoidal, tan admirablemente rematados que rara es la vez que dejan cabos o salientes y los utilizan como elemento protector.

Los fragmentos de otros insectos, las fibras de origen animal o vegetal, las colocan sobre sus espaldas, con ayuda de la boca. Colocada la carga, ésta cubre parte de la cabeza y tórax.

El abdomen de estas larvas es menos largo y ancho que el de las otras larvas no transportadoras. En reposo la larva, contrae algo el tórax y el abdómen. Cuando anda, la cabeza, parte del torax y las patas quedan resguardadas por la carga, la cual va de un lado a otro según los movimientos de la larva.

Se ha comprobado, y de aquí el nombre con que se conoce a estos insectos, que recoge con mucho cuidado despojos animales y vegetales, los reúne cuidadosamente y los coloca sobre su espalda para que le sirvan de casco protector.

# Sobre el petróleo, y la economía latinoamericana, disertó el general D. Enrique Mosconi

Empezó su disertación el orador refiriéndose a la participación que en la discusión del problema petrolífero argentino ha tenido la juventud universitaria de esta Capital; fué la Federación que la representa la que en febrero de 1927, en un hermoso esfuerzo, sacudió el ambiente nacional, convirtiendo la cuestión del petróleo, hoy en vías de definitiva y patriótica solución, en una viva preocupación de nuestro pueblo.

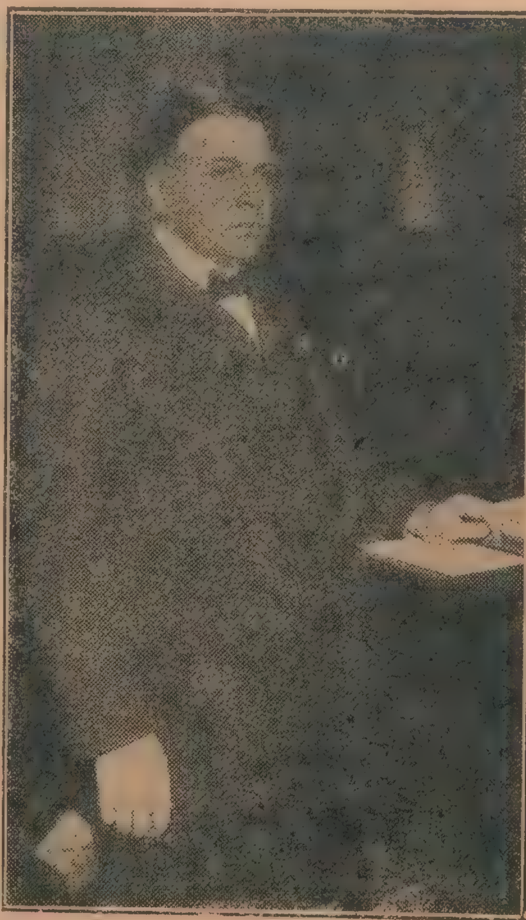
Analizó después los factores que han intervenido en la formación de nacionalidades de este continente, aludiendo en seguida a la evolución, forzosamente lenta en razón de su origen, pero inevitablemente segura, en la organización social y económica de esos pueblos q' se ha operado o se está operando para lograr el bienestar colectivo. Señaló en seguida los cambios que ha sufrido nuestra constitución hasta llegar a la de 1853, reformada en 1860, que es — dijo — de "una liberalidad excepcional inspirada en la necesidad acentuada de atraer y asimilar al extranjero, *a todos los hombres del mundo que quieran habitar nuestro suelo*, y compartir el imperio de nuestras leyes". Reseñó a continuación los elementos necesarios en esa época para organizar la explotación de las riquezas nacionales, y agregó:

"Sesenta años de trabajo han elevado la riqueza pública a valores muy considerables, si se observa su relación por habitante. Sin embargo, necesitamos aún de hombres y capitales extranjeros para acelerar y completar nuestro desarrollo; pero los deberes de nuestra época y la aspiración de un más grande futuro nos indican que el internacionalismo económico que nos ha formado y hecho nación debe estar sujeto a una influencia gradual, tendiendo a transformarlo paulatinamente en una organización económica nacionalista hasta donde lo permita la interdependencia de los pueblos modernos. Los conceptos constitucionales y normas legales que fueron excelentes a mediados del siglo pasado son susceptibles de modificación si hemos de acelerar nuestra marcha y alcanzar los objetivos magníficos del preámbulo de nuestra Carta Magna".

Consideró la necesidad de que los hombres y capitales nacionales participen activavmente en el desenvolvimiento de las riquezas del país, aprovechando así mayores saldos del trabajo. "En las actividades industriales expresó, en las grandes organizaciones agropecuarias que, coordinadas en el intercambio mundial, controlan y fijan, no siempre con toda la equidad que sería de desear, la remuneración del trabajo de la campaña en las industrias de los transportes fluviales, marítimos, terrestres y aéreos; en el comercio, ,y en las organizaciones bancarias, es tiempo ya que la inteligencia y el capital argentinos intervengan en mayor escala y recojan los beneficios colectivos que hoy se nos escurren de las manos." Aludió, entonces, a la intervención de los elementos europeos, ,primero y de los de los Estados Unidos, después, en nuestras actividades comerciales e industriales y dijo:

"Podemos, pues, elegir ahora el elemento q' nos convenga, pero en primer término es deber realizar por nuestros propios medios una máxima tarea, y luego acetar la colaboración de hombres y capitales, sin distinción de nacionalidad, siempre que éstos se sometan sin reparo a las imposiciones de nuestras leyes. Capitales que pretendan condiciones especiales, exigiendo un tratamiento de excepción que algunas veces no ha de poder acordarse a los del país, no favorecen a la Nación; capitales que aspiren al dominio económico que tengan el hábito de tomar ingerencias políticas en los países en que operan, que empleen por sistema procedimientos y normas inmorales, que pretendan no ser regidos por las leyes en que se basa nuestra soberanía, deben ser rechazados, porque esos capitales llevan en sí gérmenes de futuras dificultades y de futuras perturbaciones internas y externas.

"La situación de la República Argentina es semejante a la de los demás países de América Latina, que bregan por la consolidación de su economía y el progreso moral y material de sus pueblos. En esta organización económica el petróleo desempeña y desempeñará en lo futuro un papel trascendente, pues es el elemento indispensable para fomentar y proteger el crecimiento y desarrollo de la industria nacional y seguir así el proceso evolutivo de los pueblos que, en plena expansión de su fuerza creadora, han arribado a un positivo bienestar y consolidado la nacionalidad."



General Enrique Mosconi, director de los Yacimientos Petrolíferos Fiscales

*Había despertado gran expectativa la conferencia que debía pronunciar bajo los auspicios del Centro Universitario Intemerandus, el general D. Enrique Mosconi, Director General de los Yacimientos Petrolíferos Fiscales. Dado la naturaleza del tema, que no podía ser más trascendente puesto que ha apasionado en los últimos tiempos a toda la opinión del país, y la autoridad del conferencista que goza de amplio y merecido prestigio en los diversos círculos administrativos, militares y científicos en que actúa, el acto alcanzó vasta repercusión pública. La circunstancia de haberse dado esta disertación por radiotelefonía ha facilitado, indudablemente, la difusión de la autorizada palabra del general Mosconi, demostrando su constante preocupación patriótica en defensa de la riqueza del subsuelo argentino y su conocimiento profundo de la política del petróleo.*

*Damos en esta página una amplia reseña de la referida conferencia del general don Enrique Mosconi.*

"Los países de Latino América — agregó — que como el nuestro explotan petróleo, deben preservar las fuentes de combustible líquido de toda influencia que no sea eminentemente nacionalista; el combustible constituye la plataforma sobre la que se levantará su futura organización industrial".

Expresó a continuación que esto tendrá una importancia capital, pues la evolución de nuestros países podrá substraerse a la lucha tenaz que por la posesión del petróleo libran los grandes imperios mundiales, lucha que dificulta el desarrollo perturba la vida y muchas veces oprime la soberanía y la libertad de los pueblos menos organizados y menos fuertes. A esa nefasta acción es menester oponer la nacionalización de los yacimientos de petróleo y resguardar por el Estado ese elemento vital, sobre el cual se ciernen en todo el mundo propósitos de acaparamiento. "Nacionalizar y explotar con criterio que consulte los intereses de la Nación losyacimientos de combustible líquido es robustecer la propia economía y al mismo tiempo restar predominio a los trusts acaparadores que absorben y oprimen con sus imposiciones y refuerzan su poder explotando nuestras riquezas naturales y utilizando en su provecho los enormes beneficios que de ellas se obtienen."

Agregó que en los países de América en que aun no han alumbrado yacimientos de petróleo se sancionarían con facilidad leyes que aseguren la futura posesión de ese mineral, pues inesperadamente pueden obtener descubrimientos importantes de petróleo. El caso de nuestro país servirá de ejemplo a esas naciones. Nuestro Poder Ejecutivo y nuestro Congreso han demostrado, por sus múltiples iniciativas en favor de la legislación petrolífera, una evidente preocupación por ese problema. Se refirió en seguida a los numerosos proyectos de ley presentados a la Cámara de Diputados, en el despacho de tres de los cuales le ha tocado intervenir ante la Comisión de Industrias y Comercio de la Cámara aludida, y terminó diciendo:

"Dotar a la Nación de la conveniente legislación del petróleo, cuando por imprevisión se han acordado derechos y se ha puesto en acción el interés del capital privado nacional y especialmente del capital extranjero, es obra árdua y patriótica. La tarea es digna de los grandes partidos políticos y de los hombres conductores de clara visión. Una adecuada solución dará a los pueblos latinoamericanos beneficios de orden moral, económico, político y social. Una mala solución producirá efectos diametralmente opuestos, como nos lo demuestran las graves dificultades y los grandes males que han experimentado los países que no resguardaron debidamente su riqueza minera.

"El problema argentino se encuentra en vísperas de su grande y definitiva solución."

# Juan el Herrero

Por Carlos Muñoz

Hay un pueblecito cercano a La Coruña que es en extremo pintoresco. Se halla situado sobre la húmeda y fértil ladera de un monte, teniendo por bellísima decoración el cielo gris y las inquietas rías.

Cierta excursión a la capital me hizo pernoctar una noche en aquel pueblo, que se llama... no sé.

Con un compañero de viaje recorría todas las angostas calles, que nos cansaban demasiado por sus cuestas pronunciadas.

Mientras andábamos conversábamos de lo lindo, cuando no nos parecía conveniente cantar con verdadera entonación la sublime alborada de Veiga o algún fado portugués.

Terminamos por fin de subir una de las endemoniadas cuestas, y al volver la esquina inmediata se me ocurrió mirar la placa en que hallaría el nombre de la desconocida calle. Leí: "Juan el Herrero". Y sin recato de exteriorizar mi pensamiento dije a mi acompañante:

—¡Bonito título para escribir un cuento!

El que me escuchaba se sonrió y seguimos la marcha.

Mas no habíamos mediado nuestro camino, cuando parándome en firme y sujetando por un brazo a mi amigo le dije:

—¡Espera!...

—¿Qué quieres? — me preguntó un poco alarmado.

—¡Mira! Aquí está el asunto de mi cuento, ¿lo ves?

No — me respondió.

Nos hallábamos frente a una casa ruinosa, que se encontraba cerrada por un alto y anchísimo portón. Una de las férreas hojas tenía grabada la inscripción siguiente: "Juan el Herrero"; fué un mártir del trabajo y de la desgracia".

No bien hubimos leído aquellos misteriosos caracteres volví a preguntar a mi compañero:

—¿Es o no es éste el asunto del cuento que soñé?

Mi interlocutor dejó sin respuesta mi pregunta, limitándose a reir irónicamente; y aquella pequeña burla fué suficiente para que yo volviera a interrogarle:

—¿Apuestas algo a que esta noche conocemos a Juan el Herrero?

—Sí — me contestó.

—La cena y el champaña.

—Va.

Volvimos a emprender la marcha; una hora después llegamos a la fonda en que parábamos.

Una vez que entramos en nuestro cuarto, que era algo destartalado y sucio, amueblado con gusto estrafalario y por ende bastante lóbrego, hice llamar a mi presencia a la vieja patrona. Cinco minutos tardó la señora en asomar por la puerta y preguntar si le dábamos entrada. La invité a pasar adelante, mientras le indicaba que tomara asiento, aun cuando fuera por poco tiempo; seguidamente me puse frente a la anciana mujer y le pregunté:

—¿Podrá usted servirnos a mi compañero y a mí una espléndida cena que sea coronada por el champaña y los habanos?

—Sí — contestó la vieja.

—Bien. Ahora otra pregunta, ¿Usted es hija de este pueblo?

—Sí, señor — afirmó rotundamente.

—¿Y conoció usted a Juan el Herrero?

—¡Ya lo creo! Y conozco muy bien toda su historia. Pero es muy larga de contar, señor.

—Eso quiero: conocerla. ¿Quiere usted contárnosla?

—Bueno; pero luego, ¿eh?

—Conforme. Sírvanos nuestra cena y vuelva luego.

—Sí, sí; luego volveré.

Salió de la habitación la pobre y afable vieja, mientras que yo volviéndome rápidamente a mi amigo, le dije:

—Perdiste la cena.

. . . . . . . . . . . . . . . . . .

Ya de sobremesa volvió a entrar en el cuarto la amable setentona, quien después de aceptar una copa de champaña se acomodó a su gusto y nos dijo:

—Pues sí, señores. Interesante y triste es la relación de Juan el Herrero, a quien yo, además de conocerlo, podré afirmar que fué un hombre muy bueno y muy desgraciado. Hoy tendría setenta años como yo.

Allá en su juventud era en el pueblo uno de los mozos que más partido tenían entre las mujeres.

Todos conocíamos al herrero y sabíamos que era formal y honrado; el trabajo le halagaba y hacía su jornal suficiente para la vida de soltero.

Vino al fin a enamorarse de una muchacha lindísima y a los pocos meses de relaciones se casó con ella.

Ocurrió, pues, que la herrería trabajaba poco, haciéndosele al herrero Juan bastante difícil poder atender a todas las atenciones de la vida.

Otra causa que acaso motivaba el desaliento y malestar del herrero era no vislumbrar un rayo de luz como feliz presagio del heredero de su nombre. Esto, que era su constante preocupación, agriaba su carácter y maldecía de su infortunio.

Muchos años pasó aquel matrimonio entre grandes apuros de dinero, sin que ello fuera obstáculo bastante para pedir al Cielo el otorgamiento de un hijo. La Providencia oyó tantísimo ruego que al fin se mostró dadivosa con quien tanto suplicaba.

Considerábase ya el herrero un tanto feliz con poder sostener en sus brazos al angel que mucho deseó. Y es que, a decir verdad, parecía todo un angel la criatura. Tenía los cabellos rubios y ensortijados; ancha la frente y los ojos azules como luceros; su nariz era perfecta; sus labios, finos y encarnados; la barba, redonda; el rostro, sonrosado; su cuerpo era blanquísimo y sus carnes fuertes, tersas... Así era el niño. Le llamaron Jesús; sus risas y alegrías las acogía el herrero con verdadero júbilo; sus llantos y quejumbres eran zozobras y disgustos en el hogar de Juan.

Han de saber ustedes que vinieron a coronar la felicidad del herrero algunos miles de duros que por Navidad le tocaron a la lotería. Aquello salvó la situación. Compraron la antigua herrería, y ya podían vivir con desahogo. Mas, he aquí una idea que tuvo el herrero. El primer trabajo que realizaría como dueño ya del taller sería la confección de un modelo de caja de caudales para su uso particular. Juan dispuso todo lo conveniente para celebrar sus nuevas dichas. Una tarde reunió en su casa a todos sus obreros, y luego de gratificarlos a todos les dió instrucciones para el día siguiente.

¡Había que ver aquella mañana la puerta del taller! Era un hormiguero de hombres que reían, bromeaban, cantaban... y en medio de su algazara sólo ansiaban la llegada del maestro.

Quiso Juan que su mujer y su hijo presenciaran la primera operación, que habría de llevarse a efecto en la herrería; así se presentaron ante el bullanguero grupo de obreros, quienes vitoreando a sus amos apenetraron en el taller.

En pocos minutos todo estuvo dispuesto para emprender el trabajo.

La fragua ardía; el crisol, lleno de acero, fué puesto sobre las llamas; del líquido metal saldría la primera plancha para la caja modelo; los fuelles animaban las brasas, y el débil acero iba enrojeciendo por segundos.

Juan miraba con satisfacción el principio de su obra; en su mano sostenía un grueso martillo que apoyaba sobre el yunque.

Su mujer también lo observaba todo.

Por fin, el brillante disco que formaba el rojo acero parecía el mismo sol encerrado en el crisol. Ya el molde empezaba a recibir el candente chorro para formar la plancha. Los primeros golpes de modelación fueron dados con tal fuerza por el experto brazo de Juan que hizo saltar una dorada nube de brillantes chispas. ¡Mala fortuna la suya! Las chispas abrasaron su mano, lanzando instantáneamente al aire el martillo que empuñaba. De repente un grito espantoso, de muerte, resonó en la bóveda. Todos quedaron extáticos. Sólo la mujer del herrero se atrevió a mirar el sitio en que se hallaba su hijo; y la pobre madre vió a su Jesús en espantoso cuadro. En un rincón de la herrería y tendido sobre un montón de espartos estaba encogido el cuerpo de Jesús; abundante sangre manaba del pequeño cráneo, que había sido roto por el mazo del herrero.

Juan se fijó en su hijo. Una blasfemia salió de sus labios convulsos y rápido cayó ante el cadáver de su víctima. Era una compasión ver al herrero pedir justicia para su crimen; ver cómo lloraba sin consuelo y cómo gritaba sin cesar:

—¡Jesus!... ¡Jesus!...

Se había vuelto loco. A los pocos meses dejaba este mundo Juan el Herrero.

Así terminó el cuento la vieja patrona, la que dejándonos un poco aplanados se despidió de nosotros y se marchó.



## *Angustia*

Para FRAY MOCHO.

Angustia de saber que nada humano dura:
ni el sentimiento propio ni el sentimiento ajeno,
ni el júbilo que ríe ni el dolor que tortura...
Angustia de tinieblas en día de sol pleno.

Pensar que todo pasa fugaz como la brisa,
que nada nuestro es nuestro, que todo ha de borrarse;
que somos un mezquino puñado de ceniza
ante el enigma negro que nunca ha de aclararse.

Angustia de saber que no sabemos nada;
que el pensamiento humano siempre hallará tapiada
la puerta que conduce hacia la sombra eterna...

que, ¡pobres marionettes de un absurdo tinglado,
de un tirón del instinto nos maneja a su agrado
la mano de mil dedos que todo lo gobierna!

*Emilio Carlos TACCONI.*

# POR EL BUEN NOMBRE ARGENTINO EN EL EXTRANJERO

## Se disipará la fábula que corre por el mundo acerca de nuestro país

Un contraste de nuestra política internacional y del prestigio argentino.

*La propaganda y defensa del nombre argentino en el exterior no ha sido nunca preocupación seria de nuestro gobierno. Nos referimos, claro está, a un aspecto del asunto que no es, precisamente, el de las relaciones oficiales con los distintos países del mundo. En este sentido la República Argentina ha sido celosa de su prestigio internacional, y dos hechos fundamentales, acontecidos durante la primera histórica Presidencia del doctor Irigoyen, vinieron a confirmarnos en el alto concepto impuesto desde los albores de nuestra nacionalidad.*

*La República Argentina es, en efecto, una soberanía íntegra, que no puede ser menoscabada en sus derechos. Así se explican aquéllas circunstancias que tuvieron en su hora una larga repercusión y cuya trascendencia en el progreso general del país fué ya ampliamente reconocida: la neutralidad, mantenida en firme no obstante la presión de los formidables intereses políticos que pugnaban en contra, y el retiro de la Sociedad de las Naciones, fundado en un humanitario y amplio criterio que mucho más tarde debía triunfar en ese mismo organismo con la incorporación de Alemania y el reconocimiento de la igualdad de todos los pueblos allí representados.*

*Otros memorables sucesos históricos acreditan la sana y severa conducta internacional de la República: la inflexible protesta elevada por nuestro gobierno al Foreing Oficce ante la situación de hecho creada por Inglaterra en las Islas Malvinas, protesta periódica, justa y enérgica, que a pesar de todas las vicisitudes de política interna por que pasó el país no dejó jamás de ser presentada; la actitud heroica seguida por el gobierno de Rosas frente a Gran Bretaña y Francia, y que le valiera al dictador el homenaje patriótico de San Martín; el concepto sentado por Tejedor, como Ministro de Relaciones Exteriores de Buenos Aires, sobre el no derecho de intervención de un país en otro por resoluciones legales aplicables a extranjeros residentes; por último, la doctrina de Drago, afirmada en la famosa incidencia de Venezuela con potencias europeas. Todo ello, repetimos, nos confirmó en un elevado respeto internacional que, seguramente, no podrá ser disminuido por nada, ni por nadie. Por eso no aludimos a este aspecto del asunto, sino para resaltar el contraste que ofrece la ignorancia de nuestro país en el mundo, el desconocimiento de nuestras costumbres, de nuestros hombres, de nuestra historia y aún de nuestras instituciones. Para mayor abundamiento vamos a concretar al respecto.*

Lo indigno y lo absurdo que se dice de los argentinos.

*La moral argentina, en lo que toca a las relaciones del hombre y la mujer, ha sido rebajada a tal punto en el concepto del mundo que constituye un verdadero estigma para el país. En una película yanqui a la cual hubo que modificar la leyenda por imposición municipal, aparecía un puerto extraño, de calles sórdidas y estrechas y recorridas por transeuntes de pesadilla. Bien, a ese puerto tan diferente del nuestro, amplio, soleado, bello y laborioso, se le llamaba, sin embargo "puerto de Buenos Aires". Allí un núcleo de compadritos extraordinarios raptaba a una mujer y la hundía en el infecto sótano de una siniestra taberna. Cuando los miserables se disponen a ultrajar a su víctima aparece un ingeniero — yanqui, naturalmente — quien valientemente los pone en fuga y salva a la inocente joven.*

*En Francia, mejor dicho, en París, la fama de la moral argentina no puede ser más deprimente. Pasamos por alto el ridículo folletín de André Londres, donde se presenta a Buenos Aires como un mercado de prostitución, y que, doloroso es confesarlo, obtuvo entre nosotros mismos un éxito de librería. La fama esparcida por algunos argentinos desocupados y ricos que se pasean por los cabarets parisienses es ciertamente triste. Se nos conoce nada más que como el país del compadraje. Esto ha llegado a la literatura nueva. Hugo Wats nos contaba hace poco que en un libro francés de reciente aparición hablan en una mesa los parroquianos de cierto café. Dice uno de ellos:*

*—Era un "maquereaux".*

*Y agrega el autor del libro: "Un vecino de mesa, argentino, desde luego, se acercó amablemente, pues había sido llamado por su nombre."*

*¿Quién no sabe, por otra parte, que la gomina se llama en París "gomina argentina"? ¿Y qué un argentino no halla trabajo en París sino como bailarín de tangos? Tan disminuído fué el respeto moral del nombre argentino, que él es en algunos países europeos sinónimo de baja condición de espíritu.*

Una obra patriótica.

*Destaquemos ahora un hecho que prueba definitivamente la ignorancia que hay en el extranjero acerca de nosotros. Se trata de algo que, si no nos hiere como lo señalado antes, tampoco nos halaga mucho.*

*Comentando el ruidoso éxito electoral del doctor Irigoyen, "The Times", el más importante diario de Londres, presentaba al eminente ciudadano argentino como un caudillo de campo. "Irigoyen — decía, más o menos, — se lo pasa tomando mate con las peonadas gauchas. Vive entre ellas, haciendo turno en las ruedas del fogón. Les promete la reivindicación de la tierra. Les asegura un mejor disfrute del trabajo. Es en realidad un gaucho, y como conoce sus necesidades y sentimientos pudo conseguir, así su enorme ascendiente popular".*

*Es tan absurdo lo que dice el "The Times" que, francamente, más resulta cómico que indignante. Pero no es de sorprenderse, pues algunos años antes el mismo diario publicó una tricromía en la cual por la Plaza del Congreso veíase desfilar a los ciudadanos con chiripá, chambergo y nazarenas.*

*Por suerte, la fábula que corre sobre los argentinos está a punto de disiparse. El país tiene al frente del Ministerio de Relaciones Exteriores a uno de sus más geniales hombres de gobierno: el doctor Horacio B. Oyhanarte. Y, seguramente, el asunto no habrá pasado desapercibido a su delicado espíritu de observación. Acaso entre sus propósitos cuente éste tan fundamental de divulgar el conocimiento exterior de la República Argentina, de sus costumbres, de sus hombres y de sus instituciones. Hacía falta su presencia para neutralizar esa corriente de desprestigio que nos rodea en el extranjero.*

*El doctor Horacio B. Oyhanarte, que en el escaso tiempo que ocupa la cartera contempló decididamente cuanto atañe al crédito exterior del país, sabrá afrontar la solución de un asunto que por su magnitud aflije el sentimiento nacional.*

## La escondida senda

I

Es noche de otoño. Mi lámpara arroja
Envuelta en su lumbre — doméstica y roja —
Su amor y su paz.
Y en tanto allá fuera
La lluvia decae golpeando ligera
Mi turbio cristal,
Yo, en plácido ensueño,
Prolongo el empeño
De un viejo pensar.

II

La senda escondida
—Aquella soñada y querida—
¿Cuál es?
Yo busco esa senda,
Y a veces me creo que solo es leyenda
Del místico aquel,
Que con áureo verso,
Hizo un ilusorio caminito terso
Cubierto por sombras de paz y de bien.

III

¿En dónde vió el sabio y antiguo poeta
La senda secreta?
¿La vió en la campiña... la vió en la ciudad?
Aún no se sabe...
Aún no sabemos en dónde está el suave
Sendero ideal,
Y en tanto se busca su ruta escondida,
La vida,
Segura se vá.

*L. GONZALEZ CALDERON.*

# HIERBA SANTA

**Por Ramón del Valle Inclán**

...Grandes aldabadas sonaron en el silencio de la noche. Era el mayordomo de mi padre que venía buscándome. Manteníase ante la puerta jinete en una mula y con otra del diestro. Le interrogué desde la ventana:

—¿Ocurre algo, Briones?

—La señora que está enferma...

Bajé presuroso sin cerrar la ventana que una ráfaga batió. Nos pusimos en camino con toda premura. Cuando llegó el mayordomo aun brillaban algunas estrellas en el cielo: cuando partimos oí cantar los gallos de la aldea. De todas suertes no llegaríamos hasta cerca del anochecer. Había nueve leguas de jornada, y malos caminos de herradura, transponiendo monte. El mayordomo era un viejo aldeano, que llevaba capa de juncos con capucha, y madreñas. Adelantó su mula para enseñarme el camino, y al trote cruzamos la aldea de San Clodio, acosados por el ladrido de los perros que vigilaban en las eras, atados bajo los górreos. Cuando salimos al campo, empezaba la claridad del alba. Vi en lontananzas unas lomas yermas y tristes, veladas por la niebla. Transpuestas aquellas, vi otras, y después otras. El sudario ceniciento de la llovizna las envolvía: no acababan nunca. Todo el camino era así.

A lo lejos, por la Puente del prior, desfilaba una recua madrugadora, y el arriero, sentado a mujeriegas en el rocín que iba postrero, cantaba a usanza de Castilla. El sol empezaba a dorar las cumbres de los montes: rebaños de ovejas blancas y negras subían por la falda, y verde fondo de praderas, allá en el dominio de un Pazo, las palomas volaban sobre una torre señorial. Acosados por la lluvia, hicimos alto en los viejos molinos de Gundar, y como si aquello fuese nuestro feudo, llamamos autoritarios a la puerta. Salieron dos perros flacos que ahuyentó el mayordomo, y después una mujer hilando. El viejo aldeano saludó cristianamente:

—¡Ave María Purísima!

La mujer contestó:

—Sin pecado concebida!

Era una pobre aldeana llena de caridad. Nos vió ateridos de frío, vió el cielo encapotado con torba amenaza de agua, y franqueó la puerta, hospitalitaria y humilde.

—Pasen y siéntense al fuego. ¡Mal tiempo tienen si son caminantes!... ¡Ay!... ¡Qué tiempo!, toda la siembre anega. ¡Mal año nos aguarda!...

Apenas entramos, el mayordomo volvió a salir con las alforjas. Yo me acerqué al hogar, donde ardía un fuego miserable. La pobre mujer avivó el rescoldo, y trajo un brazado de jara verde y mojada, que empezó a dar humo, chisporroteando. En el fondo del muro, una puerta vieja y mal cerrada, con las lozas del umbral blancas de harina, golpeaba sin tregua. La voz de un viejo que entonaba un cantar, y la rueda del molino, resonaban detrás. Volvió el mayordomo con las alforjas colgadas de un hombre.

—Aquí viene el yantar. La señora se levantó para disponerlo todo por sus manos... Salvo su mejor parecer, podríamos aprovechar este huelgo. Luego cerraráse a llover, y no tendremos escampo hasta la noche.

La molinera se acercó solícita y humilde.

—Pondré una trébede al fuego, si acaso les place calentar la vianda.

Puso la trébede y el mayordomo comenzó a vaciar las alforjas: sacó una gran servilleta adamascada y la extendió sobre la piedra del hogar. Yo entretanto me salí a la puerta. Durante mucho tiempo estuve contemplando la cortina cenicienta de la lluvia que ondulaba en las ráfagas del aire. El mayordomo se acercó respetuoso y familiar a la vez:

—Cuando a vuecencia bien le parezca... ¡Dígole que tiene un rico yantar!...

Entré de nuevo en la cocina, y me senté cerca del fuego. No quise comer y mandé al mayordomo que únicamente me sirviese un vaso de vino. El viejo aldeano obedeció en silencio. Buscó la bota en el fondo de las alforjas, y me ofreció el vino rojo y alegre que daban las viñas del palacio, en uno de aquellos pequeños vasos de plata que nuestros abuelos mandaban labrar con los soles del Perú. ¡Un vaso por cada sol! Apuré el vino, y como la cocina estaba llena de humo, salime otra vez a la puerta. Desde allí mandé al mayordomo y a la molinera que comiesen ellos. La molinera solicitó mi venia para llamar al viejo que cantaba adentro. Le llamó a voces:

—¡Padre! ¡Mi padre!...

Apareció blanco de harina, la montera derribada sobre un lado, y el cantar en los labios. Era un abuelo con ojos bailadores y guedejas de plata: alegre y picaresco como un libro de antiguos decires. Arrimaron al hogar toscos escabeles ahumados, y entre un coro de bendiciones sentáronse a comer.

Los dos perros flacos vagaban en torno. Fué un festín donde todo lo había previsto el amor de la pobre enferma. ¡Aquellas manos pálidas y temblorosas que yo amaba tanto, servían la mesa de los humildes como las manos ungidas de las santas princesas! Al probarse el vino, el viejo molinero se levantó murmurando:

—¡A la salud del buen caballero que nos lo da!... De hoy en muchos años torne a catarlo en su noble presencia.

Después bebieron la molinera y el mayordomo, todos con igual ceremonia. Mientras comían, yo les oía hablar en voz baja. Preguntaba el molinero a dónde nos encaminábamos y el mayordomo respondía que al palacio Bradomín. El molinero conocía aquel camino; pagaba un foro antiguo a la señora del palacio: un foro de dos ovejas, siete ferrados de trigo y siete de centeno. El año pasado, como la sequía fuera grande, perdonárale todo el fruto: era una señora que se compadecía del pobre aldeano. Yo, desde la puerta, mirando caer la lluvia, les oía emocionado y complacido. Volvía la cabeza, y con los ojos buscábales en torno del hogar, en medio del humo. Entonces bajaban la voz, y me parecía entender que hablaban de mí. El mayordomo se levantó:

—Si a vuecencia le parece, echaremos un pienso a las mulas, y luego nos pondremos en camino.

Salió con el molinero, que quiso ayudarle. La mujeruca se puso a barrer la ceniza del hogar. En el fondo de la cocina los perros roían un hueso. La pobre mujer, mientras recogía el rescoldo, no dejaba de enviarme bendiciones, con un musitar de rezo:

—¡El Señor quiera concederle la mayor suerte y salud en el mundo, y que cuando llegué al palacio tenga una grande alegría!... ¡Quiera Dios que se encuentre sana a la señora y con los colores de una rosa!...

Dando vueltas en torno del hogar la molinera repetía monótonamente:

—¡Así la encuentre como una rosa en su rosal!

Aprovechando un claro del tiempo, entró el mayordomo a recoger las alforjas en la cocina, mientras el molinero desataba las mulas, y del ronzal las sacaba hasta el camino, para que montásemos. La hija asomó en la puerta a vernos partir:

—¡Vaya muy dichoso el noble caballero!... ¡Qué Nuestro Señor le acompañe!...

Cuando estuvimos a caballos salió al camino, cubriéndose la cabeza con el mantelo para resguardarla de la lluvia, que comenzaba de nuevo, y se llegó a mí llena de misterio. Así arrebujada parecía una sombra milenaria. Temblaba su carne, y los ojos fulguraban calenturientos bajo el capuz del mantelo. En la mano traía un manojo de hierbas. Me las entregó con un gesto de sibila, y murmuró en voz baja:

—¡Cuando se halle con la señora mi condesa póngale, sin que ella le vea, estas hierbas bajo la almohada. Con ellas sanará. Las almas son como los ruiseñores todas quieren volar. Los ruiseñores cantan en los jardines, pero en los palacios del rey se mueren poco a poco...

Levantó los brazos, como si evocase un lejano pensamiento profético, y los volvió a dejar caer. Acercóse sonriendo el viejo molinero y apartó a su hija sobre un lado del camino, para dejarle paso a mi mula.

—No haga caso señor, la pobre es inocente!

Yo sentí, como un vuelo sombrío, pasar sobre mi alma la superstición, y tomé en silencio aquel manojo de hierbas mojadas por la lluvia. Las hierbas olorosas, llenas de santidad, que curan la añoranza de las almas, y los males de los rebaños, que aumentan las virtudes familiares y las cosechas. ¡Ay! ¡Qué poco tardaron en florecer sobre la sepultura de mi madre, en el verde y oloroso cementerio de San Clemente de Brandomín!...

## Lo que se debe pedir

Es costumbre muy usada
por algunos escritores
al dirigirse a su amada,
hablar de los ruiseñores,
de los ríos, de las flores...
y por fin no decir nada.
¡Qué bobada!
¿Para qué esa tontería?
¡No, señor!
¡Menos, menos poesía;
y más, mucho más amor!
Hay poeta sin fortuna
que al escribir su pasión
habla del fiero aquilón,
de los rayos de la luna,
de la pálida laguna
—espejo donde se mira
la hermosa, entre las hermosas
y, en fin, de otras muchas cosas
y casi todas mentiras.
¡Y así escriben a su amada!
¡Qué bobada!
¡Más que pasión es manía!
¡Sí, señor!
¡Menos, menos poesía
y más, mucho más amor!
Si usted, querida señora,
que oye estas reflexiones
se encuentra sin relaciones...
por ahora;
si con verdad como un templo
no le he parecido adusto,
y, por ejemplo, le gusto
o le gusto sin ejemplo;
—no habrá néctar ni ambrosía
en nuestro amor, no señor,
pero tendrá, vida mía,
un amor al por mayor,
por la noche y por el día.

¡Qué es mejor
"poca, poca poesía,
pero mucho, mucho amor"!
Yo te querré porque sí,
y ten en cuenta que no
te llamaré nunca hurí,
ni angel, ni cosas que yo
oigo llamar por ahí.
Si eres mujer al querer,
y yo tengo estas ideas,
y te quiero por mujer,
¿a qué compararte a un ser
que yo no quiero que seas?
Si eres, por mi suerte, hermosa,
te llamaré hermosa en prosa,
que la prosa es mi manía.
¡Sí, señor!
"¡Poca, poca poesía,
pero mucho, mucho amor!"
¡Vamos a ver! ¿Para qué
decir en tono sensible
que es una almendra tu pie,
cuando eso es un imposible?
¿A qué decir que tus ojos
tienen tan vivos destellos
que al mismo sol dan enojos,
si el sol no se ocupa de ellos?
¿A qué engañar a las gentes,
si no hay persona formal
que crea en seres vivientes
que tenga perlas por dientes
y los labios de coral?
¡Nada de eso!
Pues fuera una tontería
siendo tú de carne y hueso
por fortuna tuya y mía.
¡Sí, señor!
¡No me pidas poesía,
pídeme amor, mucho amor!

VITAL AZA

# CARIDAD

**Por Sara Insúa**

Hace veinte años no se sospechaba la aparición del jazz-band. Nadie suponía que el melódico vals había de ser destronado por un conjunto de sonidos discordantes y epilépticos que irían llamándose shimmy, chárleston o black-bottom. Y nadie imaginaba tampoco que a las bailarinas de pies ingrávidos y movimientos rítmicos las obscurecería — y nunca mejor empleada la frase — el resplandor de cierta estrella de color chocolate. En una palabra: no se preveía la "influencia negra".

En aquella época era, pues, natural que la aparición poco frecuente de un ejemplar de esa raza produjese entre los europeos cierta expectación. Y esta expectación aumentaba cuando el negro no vestía de groom, sino de señor.

Por eso durante los primeros días de travesía el pasaje de primera de "La Champagne" desdeñó la contemplación de mar y cielo por seguir los movimientos, idas y venidas de un hombre de rostro de betún.

Este negro, pulcro, bien vestido, correcto de modales, no era precisamente un ser repulsivo; pero tampoco atrayente para los que no fuesen de su raza.

No se parecía a cierto bailarín de ébano que, pintado por un escritor, nos ha seducido desde las páginas de una novela.

Nuestro negro, de pómulos salientes, nariz aplastada y enormes belfos amoratados, no tenía nada de seductor y tal vez subrayaba su fealdad el contraste que ofrecía al lado de su acompañante inseparable: un italiano rubio de ojos azules, varonilmente hermoso, conjunto de líneas puras, que habría podido servirle a un pintor para modelo de un Apolo adulto.

¿Cómo habría nacido la amistad entre estas dos hombres tan distintos en su físico?

Seguramente por sentimientos de mutua simpatía y comunidad de ideas.

Tenía que ser interesante conocer los comienzos de aquella amistad. Para esto era preciso acercarse a ellos, y mejor a cada uno separadamente.

La suerte me deparó primero al italiano. Pude abordarlo en un ángulo del salón de lectura.

Se trabó fácilmente la conversación, y sin dificultades llegué al asunto que me interesaba.

—¿Y su amigo?

—En su camarote. Le dolía un poco la cabeza.

—Es dominicano ese muchacho, ¿verdad? Vuelve a su país y usted le acompaña. Se conocen ustedes hace muchos años, ¿no?

El italiano movió negativamente la cabeza.

—Nos hemos visto por primera vez en Santander, cuando él embarcó en ese puerto. Yo venía de Saint-Nazaire, ruta de Veracruz. El se quedará en La Habana, y espero que no volveremos a encontrarnos.

El asombro y la curiosidad que debían brotar a mis ojos le hizo sonreir; miró hacia la puerta y prosiguió bajando un tanto la voz:

—Voy a contarle lo que me ha pasado con ese hombre. Verá usted. Cuando lo ví en la cubierta de primera experimenté una impresión desagradable y tuve un movimiento de indignación. Contadas veces en mi vida me había visto frente a un negro, y siempre me habían producido esos seres un terror absurdo. La cercanía, el roce de uno de ellos me espantaba. Por nada del mundo le habría dado la mano. Por eso al ver a éste rápidamente tomé una resolución. Ir a ver al capitán y hacerle comprender que aquel hombre no tenía derecho a vivir entre los pasajeros de primera, dada la inferioridad de su raza. Y me dirigí al camarote del capitán. Por fortuna no lo encontré allí, y mientras lo buscaba pude reflexionar, y la reflexión me dijo que lo que yo pretendía hacer era cruel. ¿Acaso aquel pobre hombre de diferente pigmento al mío no era, como yo, un ser sensible? ¿Acaso no poseía, como yo, un alma inmortal? Mi superioridad física no me daba derecho a humillarlo. ¡Habría sido monstruoso! Y entonces, avergonzado de mí mismo, no sólo renuncié a mi propósito de hablar al capitán, sino que formé otro bien distinto que puse en práctica y hasta aquí he seguido. Suponiendo que — por las mismas causas que produjeron en mí el primer movimiento en contra suya — el pobre negro se vería aislado entre los compañeros de viaje, decidí ser su camarada. Hacer amistad con él fué bien fácil. Es sencillo e ingenuo como un niño. Pero usted no sabe qué esfuerzo me cuesta esta obra de... humanidad...

Días después, y con pocas dificultades, conseguí hacer hablar al negro. Mi ansia de investigación no estaba satisfecha.

—Sentirá usted separarse de su amigo. Han simpatizado ustedes mucho, ¿verdad?

Se encogió de hombros y, sencillamente, ingenuamente, me respondió:

—Yo a él debo serle simpático; él a mí, la verdad, me carga; pero no voy a decirle que se marche ¿no le parece?...

Tuve que reprimir un movimiento de indignación.

Tuve también que apretar los labios para no lanzar a aquel rostro negro la verdad.

Pero en seguida tuve también lástima de aquel infeliz que no había escogido el color de su piel.

Y envidié al italiano, cuya caridad, por lo mismo que ignorada y no agradecida, era mucho más noble.

# Don José Luís Cantilo, intendente de la Capital Federal

Cuando inició su gestión el nuevo gobierno, auspiciado por la confianza unánime del país y sostenido por la renovada voluntad del radicalismo, entre los nombres que se insinuaron para llenar las vacantes de la alta administración pública, uno solo pareció destinado con carácter exclusivo para la Intendencia de la Capital Federal. Era el del doctor José Luis Cantilo, cuya personalidad si bien se destacaba para el desempeño de cualquiera otra posición oficial, en cambio no podía ser aventajada, ni siquiera discutida, para el cargo que le asignaba el consenso absoluto de la opinión nacional. D. José Luis Cantilo debía interpretar su rol público en las delicadísimas tareas del gobierno de la comuna. Disponía para ello, aparte del apoyo de la población metropolitana, que no veía en el panorama político ninguna figura más apropiada para el puesto, del prestigio definitivo que adquiriera en el ejercicio de la misma Intendencia durante el anterior histórico período del doctor Hipólito Irigoyen. Por sus manos habían pasado ya rápidamente, y hallando la solución oportuna, los múltiples expedientes en que se debatían los varios y difíciles problemas trascendentales que agitaban entonces la vida ciudadana. Su dedicación inteligente al bien público le facilitaban el esclarecimiento de los más enmarañados conflictos urbanos, y el planteo enérgico y probo de todos aquellos que se derivaban de las malas prácticas ambientes. De ahí que afrontara resueltamente circunstancias como el expendio criminal de artículos alimenticios nocivos, que al propio tiempo que minaban la salud de la población perjudicaban los intereses del comercio sano y honesto de la metrópoli.



Señor José Luis Cantilo, nuevo intendente municipal de la capital federal

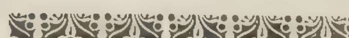
La Capital Federal tuvo, pues, en él, el Intendente activo, culto y digno que le dió el título honroso de primera ciudad americana, no ya por su progreso material sino también por el orden y elevado nivel social de todas sus actividades. Se explica así el anhelo ciudadano vivamente manifestado de que D. José Luis Cantilo fuera llamado a ocupar la Intendencia. Tal deseo surgió de los merecimientos que acreditara en las referidas circunstancias, y en la confianza de que, quien realizó obra tan fecunda al frente de la comuna, sabría repetir su labor, considerando y resolviendo los nuevos problemas metropolitanos.

Al designarlo para dicho cargo, el doctor Hipólito Irigoyen ha satisfecho un sentido anhelo colectivo y ha realizado un acierto de los muchos que caracterizan su acción gubernamental. El doctor José Luis Cantilo, cuya foja de servicios al país juzgamos superfluo consignar, dado que es notoria y grandemente estimada, es, por otra parte, una personalidad intelectual de afianzado prestigio, tanto aquí como en el extranjero. Periodista e historiador, sus artículos y ensayos revelan las condiciones superiores de su espíritu y de su talento, evidenciados también a lo largo de su amplia consagración pública y partidaria.





El nuevo intendente municipal de la capital federal, señor José Luis Cantilo, en su despacho de la intendencia, después de tomar posesión del cargo, acompañado de los secretarios de Hacienda y de Obras Públicas, doctor Rodolfo Arambarri y señor Luis Rodríguez Irigoyen, respectivamente, y de un núcleo de altos funcionarios de la repartición que fueron a presentarle sus saludos.



## Bibliografía



Señorita Ana María de Foronda, cuyo libro "Demonios lilas" ganó el primer premio en el concurso organizado por el Ministerio de Instrucción Pública del Uruguay.



Señorita Mary Rega Molina, autora del volumen "Canto llano", recientemente aparecido



Señor Roberto G. Paterson, autor del libro "La familia de García", novela últimamonte publicada

## Vida científica



Doctor Félix Galarza Méndez, que acaba de regresar del viejo mundo después de una larga jira de estudios por los centros forenses de Europa

# NUEVO DIRECTOR GENERAL DE TIERRAS Y COLONIAS



El señor Ricardo López Jordán, recientemente nombrado por el Poder Ejecutivo para desempeñar la dirección general de Tierras y Colonias, acompañado de un núcleo de altos funcionarios de la repartición y algunos amigos que fueron a presentarle sus saludos. momentos después de haber tomado posesión de dicho cargo.

# FIESTA ARTISTICA DE LA SOCIEDAD EL CENTAVO





Con todo lucimiento tuvo efecto en el teatro Cervantes la fiesta organizada a beneficio de la obra que realiza la Sociedad El Centavo, y en la cual tomaron parte distinguidas señoritas. — A la izquierda: intérpretes del cuadro "Un siglo que pasa" que fué uno de los números más llamativos. — A la derecha: "Roses de Piccardy", otra interesante interpretación del programa.

# Aniversario de la fundación de La Plata





El gobernador de la provincia de Buenos Aires, doctor Valentín Vergara, acompañado de las autoridades locales, saliendo del Tedén oficiado con motivo del aniversario de la fundación de La Plata. — A la derecha: busto del general Olazábal erigido en la plaza del mismo nombre, inaugurada en ocasión del mencionado aniversario.

# Don NEREO CROVETTO, nuevo Presidente del Banco Hipotecario Nacional

Durante el anterior gobierno, al quedar vacante la Presidencia del Banco Hipotecario Nacional le fué ofrecido dicho cargo a D. Nereo Crovetto. Prescindiendo de las circunstancias políticas del momento, habíase considerado oportuno confiar la dirección de la importantísima entidad de crédito a un ciudadano que, si bien no participaba de las orientaciones generales del Ejecutivo de entonces, no cabía duda que era el mejor capacitado para su desempeño. D. Nereo Crovetto rechazó, sin embargo, el ofrecimiento, manteniéndose estrictamente leal al criterio impuesto en el radicalismo por el doctor Irigoyen. Prefirió, pues, ,conservar su independencia e integridad cívica, a acogerse a los halagos de una posición que así como comporta sacrificios y esfuerzos, retribuye en prestigio moral cuanto se le consagre. El ejercicio de la Presidencia del Banco Hipotecario Nacional es, en efecto, un puesto de alta trascendencia pública, que merece contarse entre los más delicados y responsables. Depende de ella el funcionamiento y el progreso de una institución que llena un segmento considerable de la vida argentina, y en la cual toda irregularidad o desgaste repercute hondamente sobre la renta pública y la garantía económica del Estado. D. Nereo Crovetto entendió admirablemente la misión que compete al cargo, y de ahí que a pesar de las diferencias partidarias fuera llamado a ocuparlo en el pasado gobierno. Su conocimiento profundo de los problemas económicos, financieros y sociales del país; su clara intuición sobre la forma política de encararlos y resolverlos; su pericia absoluta sobre la potencia y las proyecciones de aquella institución; su inteligencia cultivada y su amplio espíritu de bien común, todo, en fin, sus cualidades y virtudes ejemplares, explicaban la excepcional elección del anterior Ejecutivo. Y es, además, que D. Nereo Crovetto demostró en la Presidencia del Banco Hipotecario Nacional, durante el primer período del doctor Irigoyen, que en sus manos estaba el seguro desarrollo progresivo de la institución. Había sabido infundirle su aliento, ,transformándola en su organismo viviente, dinámico, de incalculable alcance en el continuo desenvolvimiento del país.

¿Cómo sorprendernos de que, ahora, el nuevo gobierno del doctor Irigoyen lo nombre para el cargo? Se sabía esto desde mucho antes de hacerse efectivo, y sólo en virtud de los méritos de D. Nereo Crovetto y de su larga y batalladora actuación en el radicalismo. Con certero discernimiento el doctor Irigoyen vió en la personalidad recia de D. Nereo Crovetto al ciudadano probo e idóneo que al frente del Banco Hipotecario Nacional colaborará en la enérgica y recta conducta de Gobierno que se ha trazado.



Señor Nereo Crovetto, Presidente del Banco Hipotecario Nacional



El nuevo Presidente del Banco Hipotecario Nacional, rodeado de altos funcionarios de la mencionado institución, momentos después de haberse posesionado de su cargo.

# Banquete en honor del ministro de Alemania, doctor von Keller





Organizado por la Cámara de Comercio Alemana, sirvióse un banquete en honor del ministro de Alemania en nuestro país, doctor Federico von Keller. — A la izquierda: la cabecera de la mesa. — A la derecha: aspecto que ofrecía el salón del Club Alemán mientras se realizaba el acto.





# Piadosa mentira

Por A. Sánchez Ramón

No podré explicar lo que sentí al entrar en aquella casa, a la que volvía después de un año de ausencia. Fué algo que me sobrecogió, que me anonadó, que me hizo comprender que allí ocurría alguna desgracia.

La vieja criada, al abrir la puerta y después de contener una exclamación de sorpresa, que ya se le escapaba al verme, porque yo era íntimo y antiguo conocido de la familia, se puso un dedo en los labios y murmuró:

—¡Chist!... No diga usted nada al señor...

—¿Pero qué ocurre?, — pregunté alarmado.

—¡Chist!... Que lo oye todo.

Y me empujó hacia una habitación inmediata.

El viejo coronel, que dormitaba al lado de la chimenea, al sentir pasos levantó la cabeza.

—A la orden, mi coronel, — dije cuadrándome militarmente.

¡Pobre hombre! A pesar de sus ochenta años, trató de incorporarse con presteza y salir a mi encuentro. Yo me adelanté antes que tuviera tiempo de moverse y me arrojé en sus brazos. ¡Con qué vigor me estrechaba! Todavía eran de acero sus músculos; todavía brillaba de vez en cuando en su cansada pupila la luz vivísima de la juventud.

El viejo coronel Humarán era todo un soldado. Su incomparable espada, aquella antigua espada que tantas proezas había realizado en diversas campañas estaba allí, colgada siempre a su vista, hablándole con mudo y misterioso lenguaje de los pasados días de gloria, que habían cubierto de cruces su pecho y su cuerpo de cicatrices.

El coronel llevaba gallardamente sus ochenta años. Era un viejo alto y enjuto, de rostro aceitunado, en el que, como una mancha de nieve, destacaba un gran bigote de coracero. Tenía dos pasiones: el ejército y su nieta.

Cuando la gota le hacía renegar y crispar los puños con rabia, el médico no encontraba para calmarlo más que dos recetas: hablarle de formaciones y de batallas, y dejar que su nietecilla, una traviesa rubita de cinco años, diese vueltas a su alrededor y le tirase de la borla del gorro griego que cubría su venerable calva.

Después de estrecharme cariñosamente contra su pecho y de contemplarme un rato entre sonriente y conmovido, el viejo coronel, sin más preámbulo, me dijo, dando un fuerte puñetazo sobre el brazo de la butaca:

—Ya lo ves... Aquí me tienen abandonado.

—¡Abandonado! ¿Cómo es eso?, — pregunté verdaderamente sorprendido, porque me constaba la adoración que profesaban al abuelito en aquella casa. ¿Pues y Julia?

—¿Julia?... Loca, loca rematada, como todas las mujeres... Mientras su marido, mi hijo, se bate en la guerra, viendo la muerte de cerca a cada paso, como la he visto yo mil veces, como la han visto todos los militares de mi raza, ¿quieres creer que ella se divierte, y de reunión en reunión, de baile en baile, se pasa la noche y parte del día?

—¡Imposible!, — dije sin poderme contener y anonadado ante aquella acusación lanzada contra una mujer que había conocido siempre como un dechado de abnegación, como un modelo de hijas cariñosas y de esposas fieles y enamoradas.

—¡Lo digo yo!, — gritó el viejo enfurecido. — Créelo, — añadió ya más templado, después de una breve pausa. — Aquí pasa algo que yo no comprendo. Julia ya no es la misma que tu has conocido. Antes apenas si se separaba de mi lado; pero desde hace algún tiempo, apenas si la veo a la hora de comer... Y aun hoy, — añadió tristemente inclinando la cabeza, — ya he tenido que comer solo. ¿Te explicas semejante conducta?

¿Qué contestar? Yo estaba confundido... ¡Era para mí tan increíble aquello que oía!

—Pero hay algo más infame, sí, señor, más infame que todo eso, — continuó el viejo con ronca voz ahogada por la cólera. A mí que me abandonen, que me arrojen, si quieren, de la casa, que hagan lo que les dé la gana, pero ¡voto a bríos!, que no me quiten la niña... Eso no... ¡No lo consiento!

—¡Cómo! ¿Le han quitado Juanita?

—¡Sí! ¡Me la han quitado! ¡Me la han arrebatado! ¡Me la han robado!... Mi única alegría, bien lo sabes... ¡Angelito! Saben que es mi vida, que es el único rayo de luz que hay en mi existencia y me la han quitado, porque quieren matarme; soy una carga pesada y quieren que me muera pronto.

La voz del viejo coronel temblaba al decir esto. Aquellos gritos de indignación parecían mojados en lágrimas. Y, en efecto, dos brillantes asomaron a las consumidas pupilas del noble anciano; oscilaron allí un instante, y luego se deslizaron por los profundos surcos de aquella arrugada piel, yendo a perderse en el espeso bigote que daba aire tan marcial a aquel rostro varonil.

Yo estaba también conmovido.

¡Qué inmensa compasión me inspiraba aquel pobre anciano agobiado por el dolor!

—¡Ah!, — continuó diciendo el coronel. — Si yo tuviera mi pierna libre, esta maldita pierna que me tiene aquí atado, yo iría a buscar la niña a casa de esas malditas viejas, y la traería, ¡vaya si la traería!

—¿Qué viejas?, — pregunté.

—¿No te lo he dicho?... Su madre tuvo el otro día la desfachatez de declarármelo; ha mandado la niña al pueblo, sin decirme nada, porque sus tías querían verla. ¡Querían verla!... ¡Pues que hubieran venido aquí! Mira, añadió bajando la voz confidencialmente y estrechándome la mano, yo no quiero aparecer débil y he dejado de preguntar por la niña, pero entérate tú, pregunta a ver cuándo nos las devuelven.

—Preguntaré.

—¿Y harás que la traigan?

—Yo se lo prometo.

—Es lo único que me resta... Mi hijo batiéndose en la guerra, y Dios sabe qué será de él... Y con esta mujer no hay que contar; es una desgraciada loca... Pero la niña... Un viejo tronco como éste, ...terá sin remedio si le quitan ese apoyo.

El coronel escondió el rostro entre las manos; creí percibir un sollozo. Era inútil empeñarse en prodigar consuelos a aquel mudo dolor... Dejé mi asiento muy agitado y comencé a pasear la estancia. ¿Cuánto tiempo duró aquella situación embarazosa? No hubiera podido decirlo. El caso es que cuando pasado un buen rato fijé mi vista en la butaca, el coronel dormía; sí, dormía con la cabeza apoyada en el respaldo de su asiento. Una vaga vislumbre de placer iluminaba su atezado semblante.

¡Dulce y tranquilo sueño! ¡El triste anciano soñaba, sin duda, en aquel instante enredando sus huesosos dedos en los hermosos rizos dorados de su nieta!...

Un ligero rumor de pasos y tenue roce de un vestido interrumpió el silencio de la estancia. Una figura apareció en la puerta. ¿Era una mujer o un espectro? Julia estaba allí, delante de mí; pero no la Julia hermosa, sonriente, con la felicidad pintada siempre en el semblante, que yo había conocido, no; sino un fantasma, una transfiguración de aquella alegre Julia, ahora abatida, aunque sonriendo a través de sus lágrimas; con el rostro consumido, con el nacarado cutis pegado a los huesos y transparentando las azuldas líneas de las venas; con aquellos azules ojos, en donde antes brillaba la luz del placer, hundidos en las profundas órbitas, en el centro de un círculo amoratado, que los hacía más grandes y prestaba mayor diafanidad a la mirada.

Saludóme tristemente con la cabeza; convencióse de que el anciano dormía y me cogió la mano con una de las suyas que ardía con el intenso fuego de la fiebre, arrastrándose suavemente al exterior.

Cruzamos un pasillo, y allá, al extremo, penetramos en otra habitación. Una hermana de la Caridad, que leía sentada a la cabecera de una camita de hierro cubierta con cortinajes, abandonó su puesto al entrar nosotros.

Allí, con el rostro amoratado por la difteria, con los ojos inmensamente abiertos y el rubio cabello, como oleajes de oro, desparramado por la almohada, agonizaba la pobre niña... ¡Qué cruento martirio el que se adivinaba en la pobre madre!... Su boca pegada a la boca entreabierta de la enfermita, quería darle la vida que le iba faltando por momentos...

—¡Qué no sepa nada el abuelito!, murmuró Julia a mi oído.

Luego me presentó un papel...

Timbre del Ministerio de Guerra... "El comandante D. Lorenzo Humarán había muerto gloriosamente frente al enemigo..."

—¡Qué no sepa nada el abuelito!, volvió a repetir, mejor dicho, a sollozar, aquella voz de Julia que parecía salir de un sepulcro...

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Ya principiaba a obscurecer.

Los criados habían encendido luces en el comedor.

Julia se inclinó hacia el coronel y le dió un suave beso en la frente.

El anciano despertó, y poniendo el gesto más avinagrado del mundo al ver a la que, según él, lo tenía abandonado, preguntó entre temeroso y risueño:

—¿Qué se sabe de su esposo de usted, señora? ¿Ha escrito mi hijo?

—Sí, papá; ha escrito. Aquí está la carta.

Y Julia sacó del bolsillo un papel muy arrugado. Una carta escrita por Lorenzo seis meses antes.

—¡Gracias a Dios!, exclamó el anciano, en cuyos ojos brilló un rayo de alegría. Ahora la leeremos. Pero ¿y la niña? ¿Cuándo viene la niña?

—Pronto, papá.

—¡Pronto! ¡Siempre repite usted lo mismo! En fin, vamos a ver ahora lo que dice esa carta.

En aquel instante, la blanca figura de la monja apareció en la puerta. Su pálido rostro estaba angustiado; sus manos cruzadas y elevadas al cielo indicaban algo terrible. Julia y yo lo comprendimos... ¡La niña se moría!

Julia lo olvidó todo. Un grito, apenas lanzado, reprimido, brotó de su garganta, y al mismo tiempo lanzóse como loca fuera de la habitación.

El anciano quedó un instante suspenso; quiso incorporarse y no pudo y lanzando una imprecación arrancada por el dolor que le producía su pierna gotosa se dejó caer en la butaca diciéndome:

—¿Lo ves?... ¿lo ves? Alguna visita, alguna amiga que se la lleva de "soirée"... ¡Esa mujer está pidiendo un manicomio!

## De la estada del teniente coronel Herrera



El teniente coronel Emilio Herrera, director de la aviación militar española, con el embajador de España, señor Ramiro de Maeztu, poco después de su llegada a Buenos Aires.

## ASILO SUIZO EN VILLA BALLESTER



El ministro de Suiza, doctor Egger pronunciando su discurso en el acto inaugural del Asilo Suizo, edificado en Villa Ballester, para albergue de los ancianos residentes originarios de dicho país.



La presidenta de dicha institución benéfica, señora de Schaerer, haciendo uso de la palabra, en el acto de la inauguración del establecimiento



La señora de Schaerer, acompañada de las damas que integran la comisión directiva de la institución.



Vista general del Asilo Suizo, recientemente inaugurado

## Biblioteca del Consejo Nacional de Mujeres





Señorita E. Edma Cancela, alumna de tercer año del curso de taquigrafía que en los exámenes efectuados en el local de la Biblioteca del Consejo Nacional de Mujeres, obtuvo, por unanimidad el primer premio y el título de taquígrafa parlamentaria, siendo entusiastamente felicitada por la mesa examinadora, que integraron el señor Ramón Columba, director del cuerpo de taquígrafos del Senado de la Nación y la titular de la materia, señora María Sara Cufré de Durán.

# ACTUALIDADES CINEMATOGRAFICAS



La bellísima estrella de la Fox Film, Madge Bellamy, tal como es



Virginia Brown Faire y John Batten en el film "De corista a colegiala", último éxito de la Corporación



¿Y esta negra quién es? ¡La mismísima Magde Bellamy!



Escena de la cinecomedia Splendid "Internado de niñas bien", con Dorothy Devore como estrella, que mañana estrenará la New York Film



Martha Sleepel y Hugh Trevor, en "Cosas raras", que la General exhibe desde el viernes último



Martha Sleepel y Williams Orlamand en "El chalet amarillo", que la General exhibe desde anteayer



Tim Mc. Coy y Dorothy Dwan en "El caballero del destino", que la Metro-Goldwyn-Mayer estrena hoy

# SOCIALES



ENLACES. — Señorita Sarelá con el señor Iribarne Penna



Señorita Clara M. Cataldi Antonini, que el 3 de diciembre próximo, se desposará con el señor Horacio T. Fischer



Señorita Emma D. Raineri, con el señor Alfredo Cuadrelli



Señorita Ileene Campbell con el señor Archibald C. Campbell



Señorita Semino Campos con el señor Monteverde



Señorita María Humblot con el señor Enrique P. Sosa



Señorita Herminia Roselló con el señor Carlos Colombo



Sta. Degiovanni con el Sr. Milanesi



Señorita María Catalina Fuster con el señor Juan Andrés Scala

## Escuela Profesional de Mujeres número 4.





Con motivo de la terminación del curso, la Escuela Profesional de Mujeres número 4 que dirigen la señora Lucía R. de Paz y la señorita Ofelia Galarza Méndez, exhibió los trabajos ejecutados por las alumnas del establecimiento. — A la izquierda: la sala de arte ruso, a cargo de la profesora señorita Rosario Codazzi, donde se exponen prendas con motivos caucásicos aplicados a los bordados. — A la derecha: la sala de corte, dirigida por la señorita Virginia Guardo, donde se aprende a trabajar sobre el modelo de papel.

# El anillo de brillantes

Por O. R. Cohen

Por más de diez años Rubén había evitado la silla eléctrica. Era un hombrecillo de facciones aguzadas y ojos oblícuos, pero su destreza en el manejo de la pistola le servía — como él lo decía — para reducir a cualquier hombre a su tamaño.

Rubén era franca y orgullosamente, un criminal de la clase asesina, y sin embargo — a pesar de que ya había tomado más de una vida humana — estaba poseído de una sensación de inferioridad.

Y esta sensación se hacía más marcada en sus relaciones con Margarita.

Margarita era la novia de Rubén — su mujer, — su amiga. — La amaba tan sinceramente como su naturaleza lo permitía y estaba extraordinariamente orgulloso de su belleza blonda.

Por lo mismo, los celos le quemaban el alma como un hierro candente. Se sentía ferozmente celoso de todas las miradas que ella fijaba en otros hombres; resentía su amistad con cualquiera persona del sexo masculino y más personal y particularmente odiaba su actitud hacia Roberto.

Roberto era también un personaje de importancia en el mundo criminal y su destreza con la pistola no era despreciable. Además de su valentía para hacer frente a cualquiera en combate mortal, Roberto tenía cierta habilidad para el robo y no era desconocido en el campo de abusos de confianza.

Era, en pocas palabras, un caballero suave y pulido que se había elevado gracias a sus propios esfuerzos en el mundo en que vivía.

Pero eso no era lo que inspiraba los celos de Rubén. El también estaba dispuesto a hacer frente a cualquiera pistola en mano, a cualquiera hora. Pero sí reconocía y envidiaba la perfección masculina de Roberto.

Roberto estaba cerca de ser un Adonis, de cuerpo bien proporcionado y de hermosas facciones. Tenía la reputación de ser irresistible para las mujeres... y ahí estaba la diferencia entre él y Rubén.

Roberto y Margarita habían sido amigos por muchos años. Se habían conocido extraordinariamente bien aun antes de que Margarita diera su corazón a Rubén. Y ahora — cuando Margarita se inclinaba al desprecio o a la crítica — Rubén se imaginaba que lo estaba comparando con el espléndido Roberto... comparación que nunca podía ser favorable para Rubén.

Ahora él estaba ante la ventana de su pequeño apartamento, mirando distraídamente el tráfico de la calle. Había visto a Margarita hablando con Roberto aquella mañana, y desde aquel momento una cólera sombría le roía el corazón. Y ahora cuando ella entró al cuarto, él se volvió... y sus ojos se fijaron instantáneamente en el anillo.

Lo llevaba despreocupadamente en el dedo tercero de la mano derecha y Rubén comprendió que era legítimo y costoso. Su alma se encogió. Pensó en Roberto... y en el anillo que Margarita traía. ¡Estúpidos! ¡Creer que él no lo notaría!

Pero Rubén era diestro, sabía dominarse y no se entregaría a la violencia de sus pasiones.

—¿En dónde has estado? — preguntó.

—Afuera.

—Lo comprendo. ¿Pero dónde?

Ella no notó la amenaza de su voz. — Fuí a comprar algunas cosas, Rubén.

—¿Encontraste a alguien?

—No.

—¿Es eso verdad, Margarita?

Ella pareció reflexionar. — No creo que haya encontrado a nadie.

El se acercó más. Su cuerpo temblaba.

—¿Encontraste a Roberto?

—No. Mintió ella. — No lo encontré.

—¿Cuándo lo viste la última vez?

—No recuerdo... exactamente...

Rubén comprendió que le mentía. El la había visto hablando con Roberto aquella misma mañana. Y Ella miró el anillo, y luego volvió hacia él sus grandes ojos azules.

—Lo encontré, — dijo.

El lanzó un juramento cuando saltó hacia ella y la tomó por la muñeca derecha con una mano de acero. — ¡Sí, lo encontraste! Cosas como esa crecen en la calle, ¿eh? — Se acercó más a ella. — ¿Quién te lo dió?

—Lo encontré, Rubén. Es la verdad...

—No mientas. Quiero la verdad ...y la tendré... o...

—¡Rubén! ¡No me mires de esa manera! Te digo que encontré este anillo en la calle del Olmo. Ahí lo encontré, y...

Su voz era sombría.

—Te voy a dar otra oportunidad para que me digas la verdad.

—Te he dicho la verdad. Te he dicho... ¡déjame, Rubén! ¡Me lastimas!

—¡Te voy a lastimar mucho más antes de que termine! — La hizo volverse hacia él, y ella vió que su cara estaba lívida. — ¿Engañándome, eh? ¡Engañándome con ese Roberto! ¿Crees que él vale más que yo? ¿Crees que él sabe hablar mejor que yo? Ahora entiende esto: yo nunca soporto nada de nadie... y mucho menos de mi mujer. ¡Dí la verdad, pronto... o yo...!

—¡Rubén! Su voz era aguda de terror. — Te juro que lo encontré...

—¡Mientes, y te voy a matar por esa mentira!

Ella miró sus ojos, ojos que parecían dos puntos de acero. Gritó: ahora se quitó la máscara. Su voz era dura.

—¿De dónde vino eso?

¡Rubén! ¡No! ¡Te digo que lo encontré...!

La policía sintió gran alegría. Por muchos años Rubén había sido un problema. Sabían que él había matado... y nunca había podido probar sus crímenes. Pero ahora... El Inspector lo expresó con unas cuantas palabras: — ¡Todos pierden la cabeza cuando se trata de mujeres!...

Por supuesto, ahora tenían a Rubén en sus manos. ¿No lo habían encontrado junto al cuerpo de Margarita? ¡No había él estado loco de ira, y no les había dicho que Margarita lo había engañado con Roberto?

El departamento de policía se sentía feliz porque Rubén no podría escapar de la silla eléctrica.

No sentían enemistad contra Rubén, pero sabían que había de haber subido a la silla hacía varios años, y el orgullo del departamento estaba herido. Pero ahora — ahora que lo tenían y que no podía escapar — lo trataron muy bien.

Le trajeron cosas buenas a la celda en donde esperaba sombríamente el juicio y la sentencia inevitable.

También le proporcionaron algunos diarios, y después de terminar de leer todas las noticias que se referían al crimen cometido por él, sus ojos tropezaron, en las columnas destinadas a los anuncios, con uno muy vulgar y corriente, pero cuya lectura conmovió hondamente el alma del asesino. El aviso decía así:

"Extravío. — En la calle Olmos, entre las de A. y Z. se perdió un anillo de brillantes. Se gratificará ampliamente a quien lo devuelva a...".



LOS SUEÑOS DE PAULINA

—Bueno, Paulinita, ¿qué has soñado esta noche?

—Soñé que me dabas una caja de bombones y papá una muñeca.

—Pero, ¿no sabes que los sueños resultan todo lo contrario?

—Entonces, tú me darás una muñeca y papá una caja de bombones.

INDISCRECION

—Papá, hoy nos han enseñado en el colegio que los animales cambian de piel todos los inviernos.

—Habla bajo chiquillo que tu mamá está en la habitación de al lado.

—No; todo menos eso; antes de que nos separen, antes de que yo te pierda de vista y me roben la luz de tus ojos, los suspiros de tu pecho y el aroma de tus labios, soy capaz de hacer una que sea sonada; te lo juro por éstas, Juana mía.

Y cruzando los dedos besábase las manos febrilmente relampagueándole la mirada, rechinándole la dentadura y enronqueciéndole la voz que salía de su garganta con rugidos de ira y estremecimientos de sollozos...

—No, Paco mío; no quiero que por mí te pierdas!...

—Y si no me pierdo por tí, ¿por quién he de perderme? Eso de que quieran robarme el cariño de la mujer que ha nacido para mí; eso de que me dejen en medio del arroyo desamparado y que me empujen de mala manera como a un borracho que estorba, mientras se llevan lo que es mío, lo que yo me he ganado a fuerza de sacrificios, de conducta, de honradez y de corazón, eso es más grave de lo que tú te imaginas y no estoy dispuesto a consentirlo. Sobre todo cuando yo no pido la luna; cuando es verdad que tú me quieres y que a tí también te roban la felicidad. ¿Has de hacer caso a Ramón porque sí y por que a tus padres les conviene?... Yo no digo que Ramón sea una mala persona; es amigo mío y me consta que es hombre que vale; pero ni él te quiere a tí como yo, sino por que eres la más guapa del partido, ni tú le podrás querer más a él porque tenga más tierras que todos nosotros: ¿es verdad?

—No me lo preguntes siquiera: tú ¡y sólo tú!

—Pues, entonces, ¿a qué destrozar de ese modo una cosa que vale tanto como nuestro cariño? Tus padres ciegan ante el dinero y les importa poco matar nuestras ilusiones quitándote de mi lado para que tú te mueras de pena y yo me mate de desesperación. Pues eso no y no ¡y cien veces no!

—Sí, Paco, eso es lo que quieren, y ¡todo menos eso!

—Pues ya verás como se arregla: espérame esta noche en la puerta de la quinta cuando sea muy tarde, cuando ya duerman todos... Los perros me conocen y no han de delatarnos; te aguardo hasta que bajes.

—Bajaré.

Y sin cambiar más palabras, ella subió la cuesta que llevaba a la quinta sujetando con el delantal el brazado de hierbas, y él siguió por el valle saltando entre pedriscos, con la escopeta al hombro, en tanto que la luz del crepúsculo iba destancando la figura de la mujer a medida que ascendía y envolviendo en sombras la de él a medida que iba perdiéndose en las sinuosidades del arroyo.

. . . . . . . . . . . . . . . . . .

—¿Estás ahí?

—Desde hace una hora: abre la verja.

—¿Para qué?

—Para que salgas.

—Si salgo es para siempre.

—Eso es lo que quiero.

. . . . . . . . . . . . . . . . . .

# SUICIDIO

**Por Féliz Limendoux**

La pareja de guardias tropezó con aquellos dos cuerpos rígidos que interceptaban el paso.

La sangre que manaba de las heridas habíase encharcado alrededor de ellos y aparecía terrosa y empapada en el polvo.

Sin más averiguaciones y ante el estado agónico de los dos heridos, que en su desvanecimiento aún daban señales de vida, recogieron los guardias ambos cuerpos, y terciados en los caballos los condujeron hasta el hospital, que levantaba su mole augusta en las afueras de la ciudad y a poca distancia del lugar del suceso.

Al hacerse cargo, médicos y enfermeros, de los dos heridos, colocaron a cada uno en la sala que les correspondía. La operación fué dolorosa: tratábase de hiridas mortales y aparecían ambos acribillados de tal modo que no podía decirse que una mano criminal se hubiera gozado en destrozarlos, sino que un instinto superior y más sutil buscaba las fuentes de vida para borarlas en total. Todos los golpes iban directos al corazón; pero el cuchillo, manejado torpemente, había siempre tropezado con obstáculos en la misma carne...

Los cirujanos cumplieron con su deber durante todo el día. Después los practicantes conjeturaron todo lo que su ingenio y su despreocupación juvenil les dictaba, y las hermanas de la caridad rezaron últimamente antes de acabar el día por si aquellos "dos números" muriesen durante la madrugada.

El silencio se hizo en el hospital: todas las dependencias quedaron a obscuras, y únicamente velaba el enfermero de guardia.

. . . . . . . . . . . . . . . . . .

Juana volvió en sí: la fiebre ofrecióle aquel intervalo de tiempo para darse cuenta de su situación. Y acordóse de la escena: había convenido morir abrazada a su amante, sintió el golpe primero en el corazón y creyó que abandonaba la vida...

Por eso, cuando sus ojos le dieron la sensación de una realidad imprevista, tuvo miedo; pensó en que disfrutaba de la vida mientras Paco era cadáver.

—¿Ha muerto?...

El enfermero hombre "práctico" en cosas de hospitales, tuvo el mal acuerdo de decirle:

—No; vive; está en la sala de enfrente; pero no salvará.

Y chupeteando un cigarrillo de los peores, se perdió entre la fila de camas que alumbraba tenuemente el foco opaco de luz eléctrica colocado en el centro del salón. Algo idéntico debió ocurrir en la otra sala, donde Paco, luchando con la muerte, no dió otras señales de vida que las de preguntar por Juana.

Y la noche seguía avanzando.

. . . . . . . . . . . . . . . . . .

La calma de un hospital es augusta: el dolor aparece extendido por salas y habitaciones; los ayes sin oniformes casi; la luz es monótona. La Caridad y la Ciencia se nublan un momento cuando todo queda bajo el poder do espíritus mercenarios...

Juana saltó del lecho. Nadie vino a impedirle aquella marcha difícil y salió de la sala...

Débil, jadeante, resintiéndose aún de las heridas vendadas, llegó al pasillo, ávida de enfrentar con la sala donde Paco yacía... En tanto que él, salvando igualmente las mismas dificultades, venía en su busca...

Bajo la luz del farol que entenebrecía aquel sitio, los dos se vieron.

Fué un grito espantoso: un grito de amor solemne y augusto en el cual se confundieron los mismos deseos y las mismas dudas:

—¡Juana!

—¡Paco!

. . . . . . . . . . . . . . . . . .

Acudieron entonces los enfermeros y las hermanas de la Caridad que se habían retirado; quisieron separar ambos cuerpos; pero fué inútil. Al abrazarse los dos suicidas habíanse desgarrado de intento los vendajes de aquella primera cura, y una segunda hemorragia más abundante aún que la primera fué el remate del suicidio.

## PATIO

El patio de mi vecina
está poblado de sombras.

El Sol, pincha con sus dardos
de oro, a través de las hojas,

mi blanca silla de paja.
El calor, tuesta la ropa

de mi vecina. La atmósfera,
está caldeada. Por todas

partes, cuelgan como lágrimas,
negras uvas de Mendoza.

Y, como una nota extraña,
puntean la verja, rojas

rosas de mi tierra amada...!
¡Qué alegre estoy con su escolta!

El patio de mi vecina
está poblado de sombras!

*José MAURICIO PEIXOTO*

## El médico y el microbio

*Microbio. — ¡Ingrato!, me combates sañudamente cuando, gracias a mí, vives y prosperas.*

*Médico. — Me acreditan tus derrotas y no tus victorias.*

*Microbio. — Pero cobras las dos. Además, cuando, a fuerza de inventar vacunas y sueros específicos, etc., consigas exterminarme, ¿de qué vivirás?*

*Médico. — ¡Bah!... Me quedarán todavía las víctimas de la ambición, de la envidia, del odio, de la miseria, de la gula, de la vejez, del amor y las iniquidades horrendas de la guerra.*

S. RAMON Y CAJAL

# EL ESPIONAJE DURANTE LA GUERRA

**La prisión y la muerte de Sir Roger Casement. — Una carta en que el reo explica su conducta y otra del sacerdote que le asistió en su cristianísima muerte.**

Al alborear del 21 de abril, que era Viernes Santo, la torre cónica de gris acero de un subamrino rompió bruscamente la superficie en la costa oeste de Irlanda, cerca de Tralee Bay. Era un amanecer crudísimo. El mar, alterado, zarandeaba la embarcación en su lento y trabajoso camino hacia la playa.

Lanzaron al agua un pequeño bote de vela y entraron en él tres hombres: Casement y dos "tenientes" de la brigada irlandesa llamados Monteith y Bailey. Al apartarse del submarino una voz les gritó en inglés:

—¿Necesitáis algo más?

—No me falta más que la mortaja — fué la respuesta de Casement, dicha entre bromista y melancólica.

La forma larga y siniestra del submarino viró en redondo y desapareció en la luz grisácea del amanecer.

Junto a la playa la débil embarcación de vela zozobró y sus tripulantes se dieron un remojón. Al llegar a tierra se separaron. Monteith y Bailey marcharon por carretera a Tralee y Casement se quedó.

Monteith iba, sin duda, en busca de alguien, porque al llegar a la ciudad se encaminó directamente a cierto establecimiento donde preguntó "si había llegado el comandante". Le contestaron "No" y lo invitaron a entrar y esperar.

La Policía cayó sobre los dos y detuvo a Bailey. Monteith consiguió escapar.

Al poco tiempo de haber desembarcado su precioso trío el submarino alemán, el buque inglés *Bluebell*, que patrullaba por las cercanías de Tralee, descubrió no lejos de la costa un barco sospechoso que ondeaba la enseña noruega y llevaba la bandera noruega pintada a proa y a popa por ambos lados. Contestando a las preguntas que por señales se le hicieron contestó que su nombre era *Aude* y que iba con carga de Bergen a Génova. Pero el *Bluebell*, no satisfecho ordenó a la embarcación que lo siguiese al puerto.

La arriesgada empresa había fracasado. El *Aude* no era ni más ni menos que el barco con municiones que los alemanes habían prometido a Casement. Debajo de la simulada carga de madera llevaba millares de fusiles y toneladas de municiones.

Al principio el barco pareció dispuesto a obedecer la orden del *Bluebell*. Pero a cosa de milla y media del faro de Daut Rock, cerca de Queenstown, se vió salir una repentina columna de humo blanco de la parte de popa hacia estribor. Al mismo tiempo izáronse en el mástil dos banderas navales alemanas y lanzáronse al agua dos botes.

En seguida una sorda explosión, un relámpago de llamas, y el *Aude* empezó a hundirse. Se sumergió casi inmediatamente.

El *Bluebell* hizo un disparo contra los botes, cuyos ocupantes en seguida ondearon banderas de tregua y pusieron las manos en alto en señal de rendición. Cuando llegaron al *Bluebell* todos vestían uniforme de la Marina alemana.

Aquella misma mañana, a eso de las cuatro, el bote en que Casement y sus compañeros habían desembarcado en Tralee fué encontrado a pocos metros de la playa por un campesino llamado John Mac Carthy. Registrado se encontró dentro un puñal; y en la arena, cerca de donde el barco se hallaba, se descubrió una caja de hojalata con municiones de pistola dentro.

La Policía buscó por las cercanías, y en el lugar conocido por Fuerte de Mac Kenna se encontró a Casement escondido. Parece que Monteith le había prometido volver con un automóvil una vez que hubiera logrado establecer comunicación con los jefes rebeldes que esperaban la llegada; pero no había vuelto, y Casement, temeroso de dar un mal paso, no creyó que tenía otro camino que esperar.

Casement recibió con toda calma la presencia y el interrogatorio de la Policía. Dijo llamarse Richard Morton y ser de Denhan (Buckinghamshire) y de profesión escritor. Pero cuando lo llevaban de camino hacia el cuartel de Ardfert cometió el error fatal de intentar deshacerse de una clave secreta que llevaba en el bolsillo.

Recogieron del suelo la clave, que él había disimuladamente dejado caer, y examinada más tarde se halló dispuestas en una columna varias frases cuyo significado se declaraba en otra columna escrita enfrente, que decía así:

"Espere nuevas instrucciones"
"Espere oportunidad favorable"
"Enviamos agente en seguida".
"Propuesta aceptada".
"Sírvase contestar por cablegrama".
"He decidido permanecer".
"Imposible seguir comunicando"
"Están interrumpidas las comunicaciones ferroviarias".
"Nuestros hombres están en..."
"Se necesitan más fusiles".
"¿Cuántos fusiles podrán enviarnos"?
"¿Puede usted envianos plan de desembarco en...?"
"Envíe fusiles y municiones".
"Se hacen preparativos para..."
"Envíen más explosivos".
"Envíen otro barco a..."
"Es necesario que envien cañones con muchas municiones a..."

La autoridad no sabía aún quién era el detenido. Pero al día siguiente el oficial agregado al Departamento de Inteligencia irlandés empezó a concebir vehementes sospechas. Llamó por teléfono a Scotland Yard y habló con sir Basil Thompson.

—¿Sabe usted quién es el hombre del barco?. — preguntó.

—No — le contestaron del otro extremo del hilo.

—Creo que no es otro que Roger Casement. Se lo voy a enviar a usted esta noche bajo escolta.

A la mañana siguiente vi yo por primera vez al traidor. Había de comparecer Casement para su interrogatorio ante sir B a s i l Thompson, y a mí se me dió orden de estar presente como representante del almirante Hall.

Fué una dramática escena que no olvidaré jamás. En el pasillo, cerca de la habitación de sir Basil, se oyeron pasos y luego se abrió la puerta y apareció Casement con una leve sonrisa en los labios. A un gesto de sir Basil Thompson se retiró la escolta. Quedamos solos.

—Buenos días — dijo sir Basil.

—¿Sabe usted quién soy? — preguntó Casement.

—Sé el nombre que dió usted cuando lo detuvieron.



## CONGREGANTE

Amorosa guardiana de mis actos
he llevado en mi pecho una medalla.
En la misa de nueve, los domingos,
al grave son del órgano cantaba.

El "Agnus Dei" santificó mis labios;
mi latido era un ritmo de plegaria;
y en la madera del reclinatorio
fatigándose el cuerpo descansaba.

Un resplandor de altar llevo en los ojos
por esta absurda vida ciudadana.
Mi voz hecha en los cantos y los rezos
antiguo idioma entre las gentes habla.

Un rosario sutil perdió sus cuentas:
queda sólo la cruz que va a mi espalda.

Frente a los hombres pasaré mi vida
como ese Cristo de una vieja estampa:
mostrando con el índice en el pecho,
mi esperanzado corazón que sangra.

## PAZ

Sin inquietud espero mi mañana
y el ayer con recuerdos no me acosa:
estoy en paz desde que hallé una esposa
en la angélica voz de la campana.

Abro los ojos a la primavera
como si al despertar, en cada día,
con mi oración dijese: amada mía;
y el corazón cantase y floreciera.

Mi paso en los caminos se demora;
pienso en mis soledades y sonrío.
Como no tengo nada que sea mío
nadie me habrá de traicionar ahora.

*GONZALEZ CARBALHO.*

—Soy sir Roger Casement.

Si Casement esperaba que la revelación había de causar un gran efecto sufriá un desengaño. Sir Basil Thompson no contestó y se limitó a sentarse sonriendo.

—Si me hubieran dejado a mí obrar yo hubiera impedido la rebelión en Irlanda — declaró Casement.

También ahora calló sir Basil Thompson. Su silencio pareció irritar al traidor.

—Estoy harto de los alemanes — exclamó furiosamente—. Tuve que salir de Berlín porque me amenazaron con denunciarme a Devoy, que está en América, como traidor a Irlanda. Nunca tuve el propósito de ponerme al frente de la rebelión. Sabía que sería un fracaso, y mi misión actual era avisar a mis amigos de Irlanda para que la impidiesen.

Durante tres días sir Basil interrogó sin descanso a Casement. A juzgar por sus palabras éste daba su tentativa por definitivamente fracasada. Repetía que estaba desilusionado; que al fin se había dado cuenta de que había sido un juguete en manos de los alemanes; que al salir de Alemania para aquella loca aventura había comprobado que estaban explotándolo.

Pero al mismo tiempo era cauteloso en sus palabras, porque ignoraba hasta qué extremo Scotland Yard estaba al corriente de sus manejos.

Al terminar la última de aquellas extensas entrevistas hizo una dramática petición:

—Sólo hay una cosa que quisiera preguntarle — dijo—: si en el caso de que se me condene me fusilarán y no me ahorcarán.

—Temo no poder hacerle esa promesa — le contestó sir Basil.

Esto ocurría el Sábado Santo: la víspera del día señalado para el levantamiento irlandés. En la semana del Domingo de Resurrección, el almirante Hall marchó en automóvil a Windsor a informar al Rey de que Casement había sido detenido.

Pero el levantamiento no ocurrió tampoco como se esperaba, el Lunes de Pascua. Como ni Casement ni las armas y municiones que iban en el *Aude* habían llegado a su destino, se aplazó para el día siguiente.

No había nada de heroico, ni de bravo, en la actitud de Casement al comparecer en la vista de su proceso. Allí quedó probada toda la historia de su deslealtad. La sentencia había de ser condenatoria.

Hundida la cabeza en el pecho, tamborileando nerviosamente con los dedos, oyó Casement al fiscal pedir para él la pena de muerte. Las palabras del acusador público se imprimieron en la memoria de todo el que las oyó:

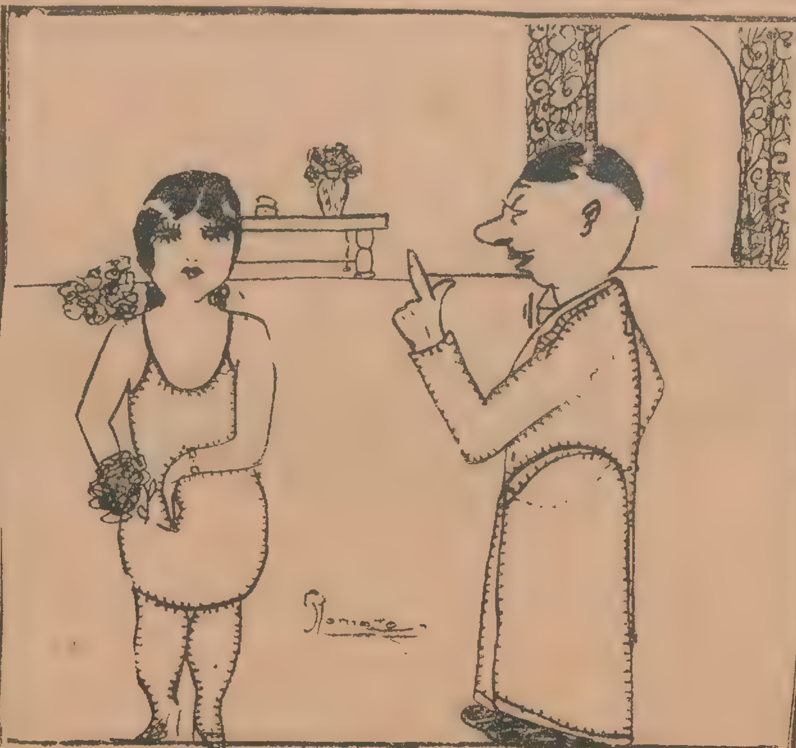
"El procesado, cegado por el odio a su país, tan maligno en calidad como súbito en el origen, jugó un azar desesperado. Jugó y ha perdido. El obligado, que pague".

Preguntado si tenía algo que decir en oposición a la sentencia de muerte que iba a recaer, Casement pronunció un largo y elocuente discurso:

"La lealtad—dijo—es un sentimiento, no una ley; se apoya en el amor, no en la coacción. Si el Estatuto es bastante para ahorcar al irlandés, lo es más todavía para colgar a todos los ingleses".

Casement había negado siempre haber escrito aquella carta extravagante que se le atribuye dando gracias por haberlo nombrado caballero. A un viejo amigo suyo que lo visitó en la prisión le dijo:

—Cuando yo esté muerto apareceré a media noche con mi armadura de caballero y señalaré con el dedo de la burla a un impostor.



EL. — Aunque no lo parezca yo he recibido muchas declaraciones en mi vida.
ELLA. — ¿Es usted muy afortunado en amores?
EL. — No... soy juez.

Según Casement, fué este amigo el que escribió la carta. Pero la escribió a petición del propio Casement.

Casement escribió mientras estuvo preso dos cartas dignas de conocerse: una al director de la prisión de Brixton, que decía así:

"Mayo 17 de 1926—.Querido director: Antes de que tenga la desgracia (y la llamo así muy en verdad) de salir de su custodia para pasar a la prisión de Bow Street, quiero agradecerle con todo ardor y sinceridad su continuada cortesía, humanidad y amabilidad para mí.

Desde el momento en que entré bajo su custodia en Euston, el Sábado Santo, y luego al pasar el Martes de Pascua a la Torre, me mostró usted el lado mejor del carácter inglés: su natural buen corazón.

Piense usted lo que quiera de mi conducta respecto de su Gobierno y del Reino, quiero suplicarle que en su buen corazón conserve siempre una verdad: que un hombre puede combatir a un país y a su política sin sentir odio por individuo ninguno de aquel país.

Robert Louis Stevenson ha dicho: "El odio de un irlandés por Inglaterra es natural, legítimo y sincero. Va contra un Estatuto y un Gobierno y no se apoya en ningún fin personal. Es impersonal y en extremo desinteresado".

Creo que mis sentimientos son de esta índole. De cualquier modo, estimo que usted (y tantos otros por cuyas manos he pasado desde que me detuvieron) me ha tratado con plena caballerosidad y elevada comprensión; no puedo por menos de darle las gracias desde lo más hondo de mi corazón. Su muy afectísimo *Roger Casement*".

"Espero que su vida, feliz y próspera, lo coloque cada vez en más elevada condición, desde donde pueda ayudar frecuentemente a los hombres caídos en la desgracia".

Poco después de morir Casement en el patíbulo llegó a mi poder una carta notable del sacerdote que le asistió pocos minutos antes de su ejecución, y en la cual se describe cómo afrontó el traidor su sentencia. Estaba dirigida a un íntimo amigo de Casement, que fué el que me la entregó. Decía así:

"Muy señor mío: Sé que le será a usted grato conocer que su amigo Roger Casement se reconcilió con la iglesia e hizo su primera confesión el miércoles pasado por la noche, y comulgó por primera y última vez en la mañana de su ejecución, puesta por obra el pasado martes. Murió con la fe y la piedad de una campesina irlandesa y, por lo que pude juzgar, sus disposiciones de fe, esperanza, caridad, contrición y resignación con la voluntad de Dios han debido de llevarle a la presencia del Creador.

Le di la bendición del Santo Padre, con la indulgencia plenaria correspondiente, poco antes de su ejecución, y durante una hora me acompañó en fervientes y edificantes rezos.

Marchó al patíbulo con la dignidad de un príncipe, y se elevó con su ejemplo sobre todos nosotros. No mostró temor a la muerte, y rezó hasta el último instante. Fué la suya una muerte católica, edificantemente católica, y parece milagroso cómo al final se apoderó de él la fe. No tengo duda de que habrá sido acogido en el Paraíso.

Sollozó como un niño después de confesarse, y su contrición por todos los pecados que pudiera haber cometido fué intensísima.

Por el modo en que repetidamente hablaba de usted sé de cuánta satisfacción habrá de servir a usted saber todo esto.

No creo que exagero nada. Su muerte me impresionó profundamente, y durante el mes que estuve a su cuidado le tomé cariño. De usted muy atento. *Thomas Cary*.

"P. P. — En la mañana de su ejecución se celebraron centenares de misas en sufragio de su alma: el cardenal y unos cincuenta sacerdotes ofrecieron su misa por él".

*HUGH CLELAND HOY*

Director de Inteligencia Naval—

## TU QUE PASAS

Para "FRAY MOCHO"

Toma
Tu,
Que pasas
Al borde del camino,
Esta ánfora
cuajada
de rocío.
Toma
Tú, que llevas el polvo del estío
en tu rostro
cansino;
Tú
Que enarcaste
El labio
Para vaciar mil odres,
Toma y vuelca
Tu cansancio
En el borde
De su curva
Amorosa.
(Tú
Que abrevaste en todos los caminos.
Toma
El ánfora,
Ahora
De mi boca).

*Delia ROMERO LLANOS*

# El misterio de la casa del foso

Por X. X.

Un fuerte sol de pleno verano lanzaba sus rayos desde un cielo azul sin nubes sobre la cabeza del joven Tony Steele, cuando éste, acompañado de su terrier Twink, cruzaba la zona pantanosa. Habían salido a pasear y se hallaban fatigados cuando, de pronto, apareció en una vuelta del camino una pintoresca y pequeña granja.

El joven detective pasaba algunos días de vacaciones en aquel tranquilo paraje y solo pensaba en su lunch cuando penetró en el fresco y sombreado patio de la granja. Eran casi las tres de la tarde.

—Tal vez he llegado un poco tarde, señora Barlow — dijo a la mujer que acudió al verlo llegar.

—Oh, no señor — respondió ella. — Siempre podrá comer algo fiambre. — Pero, ¿no ha visto usted al joven Billy?

—No. Lo vi esta mañana—respondió el detective. — ¿Por qué?

—Porque no ha venido a almorzar todavía y empiezo a sentirme preocupada por su ausencia — agregó la buena mujer. — Él estuvo aquí temprano y me anunció que volvería usted más tarde y al salir me dijo que entonces ya se hallaría él de regreso.

—Quien sabe si se ha encontrado algún camarada — terminó Tony sonriendo.

Él no tenía alarma ninguna por su ayudante ya que sabía bien que era un muchacho inteligente y valeroso. Pero cuando la tarde avanzó y la noche se fué aproximando, también empezó a preocuparse.

—Voy a dar una vuelta por ahí, a ver si encuentro a ese muchacho, señora Barlow — dijo Tony.

Y llamando a su perro, el joven detective salió de la granja.

Era muy difícil encontrar rastros del joven desaparecido, pues ya estaba avanzada la noche; pero procurando prestar toda su atención y con la ayuda del perro, siguió un abrupto sendero.

Al llegar a un punto en que el camino se bifurcaba, el detective quedó indeciso sin saber que camino seguir, hasta que vió algo que le llamó la atención.

Era un pequeño trozo de papel, como de dos pulgadas cuadradas, con un nombre impreso y Tony reconoció en seguida que pertenecía a la envoltura de un paquete de caramelos. Billy había comprado el día antes aquellas golosinas yendo con él, y por lo tanto el papel era un buen indicio.

Veinte yardas más adelante encontró otro trozo de papel semejante y luego con intervalos regulares otros más, que indudablemente habían sido arrojados por el desaparecido.

Por qué el joven Bill había seguido aquel abrupto sendero era cosa que Tony Etecle no podía imaginarse aún y para tratar de averiguarlo continuó su marcha hasta que llegó frente a un enorme edificio que aún entre las sombras destacaba su silueta.

—¡La casa del foso! — murmuró, recordando algo de que le había hablado el propio Billy Barlow la tarde antes al divisarla desde lejos. Esta es la casa deshabitada que se afirma está en poder de los fantasmas. Seguramente ese loco de muchacho ha venido a ver si averiguaba lo que hay de cierto en el asunto... Pero...

Tony había llegado ya al borde del ancho y profundo foso que rodeaba por completo la solitaria mansión y trataba de buscar un sitio por donde seguir su camino, cuando el perro lanzó un ladrido detrás de él.

Al darse vuelta vió Tony que el animal tenía algo en la boca y que al ladrar trataba de llamar la atención de su amo. Tony se acercó, tomó el objeto y vió que era una gorra.

—¡Es la de Billy! — exclamó. —Esto quiere decir que ha estado aquí. Ahora la cuestión es hallar donde ha ido después. Muy bien Twink. Te has portado...

Tony jamás salía por la noche sin llevar su linterna eléctrica de bolsillo y en seguida la utilizó. A su luz pronto descubrió el rastro de pisadas y siguiéndolas vió que se detenían junto a la pared de ladrillo del foso. En aquel punto había claros indicios de que alguien lo eligió para deslizarse por allí.

El joven detective dirigió la luz por el foso otras puertas de acceso al edificio y en vista de ello volvió a subir y siguió por el borde del foso hasta el frente de la casa.

Había allí un viejo y carcomido puente levadizo y cruzándolo llegó hasta una enorme y maciza puerta de madera que se abría en una alta pared, en su mayor parte de piedra.

Tony quedó indeciso un momento, y luego dejando de guardia a Twink escaló la pared y saltó al interior de un gran patio. Luego de acercarse al edificio y volver hacia uno de sus costados descubrió una ventana cuyas hojas cedieron a los manejos de su navaja. Un instante después se encontraba en el interior de la Casa del Foso.

—Ahora tengo que descubrir la habitación que corresponde a esa puerta de hierro — murmuró. — Debe estar en el subsuelo.

## EL LOBO Y EL MURCIELAGO

*Volando de una rama a otra, un murciélago atontado fué a caer sobre un lobo dormido.*

*El lobo se apoderó de él y quiso devorarlo.*

*Suplicó el murciélago su libertad.*

*—Bueno — dijo el lobo, — te dejaré, pero con la condición de que me dirás por qué vosotros, los murciélagos, estáis siempre tan alegres y retozones. Yo siempre me fastidio, mientras que vosotros jugáis y voláis sin cesar.*

*Dijo el murciélago:*

*—Me asustas; no me atrevo a hablarte. Déjame volar a mi nido y te lo diré.*

*Hízolo así el lobo.*

*Cuando el murciélago se vió en lo alto, le dijo:*

*—Te fastidias siempre porque eres malo, porque la crueldad seca el corazón. Nosotros estamos alegres porque somos buenos, porque no hacemos daño a nadie.*

*León TOLSTOY.*

de la linterna hacia el fondo del foso que desde hacía muchos años estaba seco, pero no pudo ver nada.

Resolvió, en vista de ello, bajar él mismo siguiendo el camino del otro.

Una rápida investigación le hizo descubrir de nuevo las huellas que seguían, algunas yardas más, y que otra vez desaparecían frente a una puerta de hierro que había en la pared de la casa.

La puerta estaba enmohecida, pero el detective observó que el moho había sido cuidadosamente quitado en la parte de las visagras y cerradura, lo que demostraba que estaba preparada para ser abierta.

—Bueno. Ya hemos encontrado otra cosa interesante — exclamó hablando con el perro, que permanecía olfateando junto a la puerta. El joven Billy, seguramente, ha entrado por aquí, pero la puerta se ha cerrado después y yo voy a tratar de averiguar quien es el causante de ello.

Pronto descubrió que no había

Tenía razón en su conjetura y después de encontrar una escalera de piedra que conducía a una especie de bodega continuó su marcha hasta que halló un corredor que seguía en la misma dirección que el foso.

Este pasaje tendría unas cincuenta yardas de largo y al terminar había una puerta de madera asegurada por el lado de afuera por dos cerrojos.

—¿Quién anda ahí? — preguntó una voz.

—Soy yo, muchacho — respondió Tony reconociendo a Billy en el que hablaba.

Luego corriendo los dos pesados cerrojos abrió la puerta y vió ante él el pálido rostro y los ojos extraviados de Billy.

—¿Pero, como demonios te encuentras aquí? — preguntó el detective.

—Yo tenía intención de dar un vistazo por esta casa misteriosa, hoy por la mañana — explicó el otro. — Y cuando salté al foso descubrí abierta la pequeña puerta.

Y al decir esto señaló la pared del lado opuesto de la habitación en que se hallaban. Allí se verá, en efecto, la puerta de hierro que Tony había visto al principio.

—Entonces me encontré aquí— continuó Billy y subí la escalera. Pero apenas había llegado arriba cuando dos hombres salieron de una habitación...

—Pero, ¿no me había dicho que la casa estaba vacía? — interrumpió Tony.

—Sí. Todo el mundo lo cree así —respondió Billy. — Pero hay gente. Cuando los dos hombres me vieron me sujetaron y llamaron a otros dos a los que dijeron que yo los estaba espiando. Sin duda creyeron que yo me había introducido en la casa para ver lo que hacían. Entonces me trajeron aquí y me encerraron.

—Bueno. Vamos ahora arriba a ver si descubrimos lo que significa todo esto — dijo el joven detective.

Retrocedieron siguiendo a lo largo del pasaje hasta llegar a la escalera de piedra y salieron al hall. En aquel momento se abrió una puerta y los dos jóvenes que se ocultaron en la oscuridad vieron que los cuatro misteriosos personajes se dirigían hacia la puerta principal.

Tan pronto como ésta se cerró tras ellos, Tony salió de su escondite y penetró en la habitación que habían abandonado los desconocidos. Una rápida mirada le reveló la verdad.

Se trataba de una guarida de falsificadores.

—¿Como vamos a seguir a estos canallas hasta que podamos solicitar ayuda? — murmuró dirigiéndose a Bill. — Vamos a salir, oigo el ruido de un automóvil.

Al salir llegaron a tiempo de ver, a pesar de la oscuridad, un automóvil que con las luces apagadas desaparecía por la puerta del puente levadizo. Debido a que por el mal estado del camino iba despacio les fué posible alcanzarlo y se instalaron en la parte posterior en el lugar preparado para conducir equipaje.

Así marcharon una media hora hasta que por fin el automóvil se detuvo y los cuatro hombres saltaron a tierra.

Tony no acertaba a descubrir la razón de aquel viaje a un lugar solitario, cuando el ruido de un motor le hizo mirar en una dirección.

—¡Un aeroplano! — exclamó.

Bill había visto también el aparato.

—¡Los hemos perdido! No es posible detenerlos.

Mientras Billy hablaba, Tony saltó al automóvil que los cuatro hombres había abandonado y esperó a que los cuatro falsificadores hubiesen subido al aeroplano, luego lo puso en marcha y lo lanzó contra el aparato haciendo que éste, cuya hélice ya estaba en marcha, capotase.

Hubo un ruido de hierros y madera rota y casi en seguida surgieron las primeras llamas de un incendio.

Los cuatro falsificadores habían resultado heridos y fué cosa fácil para Tony y Billy sacarlos de entre los restos de las máquinas y asegurarlos hasta que se pudo dar aviso a la policía y ésta se encargó de averiguar la importancia del asunto.

# Feroces, peces de los trópicos

Ni el tigre, ni el tiburón, ni el cocodrilo, ni ningún animal conocido es tan voraz, tan feroz, tan terrible como el pez caníbal, el pececillo conocido en Venezuela con el sonoro y bonito nombre de caribito, que parece palabra de cariño, pero que causa verdadero terror a los que tienen que cruzar o meterse en las aguas del Orinoco y del Amazonas, en las de sus múltiples afluentes de aquellas cuencas. Atacan al hombre, y un banco o bandada de ellos lo devoran por completo en pocos minutos.

Estos peces, sin embargo, son sumamente pequeños, pero tienen unos dientes fuertes, afilados, como el puñal más fino, como la mejor navaja de afeitar.

La vista, el olor de la sangre, los excita hasta la locura. El ver una ligera herida, un rasguño en un animal o en un hombre, basta para que se lancen sobre él y lo devoran por completo en poquísimo tiempo. Meterse en las aguas de los ríos que serpentean por los valles de las regiones del Orinoco y del Amazonas, con solo presentar a la vista el rasguño producido por un alfiler es ir a una muerte segura.

En las corrientes infestadas por los caribitos se han encontrado esqueletos de personas completamente vestidas. Los terribles enemigos diminutos, nunca muerden la ropa, ni la tela de ningún vestido. Al atacar a un hombre vestido se meten por las bocamangas, por el cuello, por las aberturas que encuentran en el traje y empiezan a arrancar pedazos y pedazos de carne de la víctima, a beberse la sangre hasta que dejan los huesos completamente limpios.

En la cuenca del río Apure en Venezuela, los arroyos que en él desaguan están plagados de caribitos y es peligrosísimo vadearlos a caballo, pues basta que el animal tenga una matadura, o lo que es muy corriente el rasguño de una espuela, para que estos teribles peces se lancen sobre él, lo desangren en un minuto y caigan al agua caballo y jinete.

En pocos segundos penetran en el cuerpo de la pobre bestia y destrozan sus entrañas, y en pocos minutos no dejan ni la piel; sólo quedan del feroz banquete los huesos, las crines y los cascos.

Estos voraces caribitos son los vampiros de los ríos, pero no hay murciélago, ni un millar de ellos, que pueda hacer de un animal el destrozo que hacen estos caníbales de aletas.

Las gentes del país, los indios de aquelos valles, sienten verdadero placer en matarlos, lo que ocurre rara vez, pues al ver un banco de caribitos en el agua no hay quien se meta en ella, y desde la orilla poco se puede hacer. Además las matanzas no significan nada; los pueden descastarlos, pero los matan por miles, pero como se cuentan por millones, es inútil perseguirlos. Bien saben los indios qu e no pueden descastarlos, pero los matan por el placer de vengarse de aquellos pequeños seres que probablemente se habrán comido algún miembro de su familia o algún animal de su pertenencia.

No hay cebo como la sangre para atraerlos al punto que se desea, y al momento acuden por cientos de miles.

Por regla general no atacan si no ven o huelen la sangre, pero nada los detiene, con nada se los puede contener no hay manera alguna de defenderse, si el hombre, el caballo, el buey, el animal que sea presenta un rasguño, una pequeña herida a la vista. A ella se abalanzan, muerden, arrancan el pedacito de carne miles muerden y en dos o tres segundos cae la víctima desangrada, de la cual a los diez minutos no quedará sino el esqueleto completamente mondado.

Los tiburones, son, por lo general, animales muy perezosos, y hay quien dice que este escualo no ataca nunca al hombre. No hay tal; el tiburón es un peligroso enemigo del hombre y se cuentan por cientos las personas que han sido víctimas de sus agudos dientes y potentísimas mandíbulas; pero lo que también es cierto es que muchas muertes, atribuídas a los tiburones, han sido en realidad debidas al terrible pez conocido en los trópicos con el nombre de barracuda.

El carácter sanguinario de este pez está bien establecido y probado, y es indudablemente el pez más feroz que habita en el océano.

La barracuda es muy común en los mares tropicales, y su zona de acción llega por el Norte hasta las islas Bermudas.

Agil, rapidísimo en sus movimientos, este pez puede nadar con una velocidad de 112 kilómetros por hora.

Es un animal fuerte, de color plateado, voraz hasta el último extremo, temible audaz y armado de potentes dientes, agudos como puñales. Cuando ataca se lanza sobre su víctima con la rapidez del rayo.

En 1922 una muchacha, llamada Dorotea Mac Clatchie, se bañaba en la bahía de Tampa, Florida. Una la atacó y de una dentellada le arrancó todo un lado del muslo, llevando parte de la femoral. Lograron algunos intrépidos nadadores llevarla hasta la orilla, pero apenas depositada sobre la arena murió desangrada.

Dos años después una joven maestra de escuela yanki, se bañaba en el mar , en San Juan de Puerto Rico, con varias compañeras. La joven empezó a gritar y las otras no la hicieron caso, creyendo que era una broma, hasta que, horrorizadas, vieron cómo una barracuda se lanzaba sobre ella y de una dentellada le arrancaba todo un costado muriendo en el acto.

En el año 1925, en el mismo punto, el director de un colegio norteamericano fué atacado por varias barracudas a la vez y le hicieron pedazos.

## Dádivas, préstamos y garantías

*Ocurrió, no hace mucho tiempo de ello, que un dios de Extremo Oriente, habiendo reencarnado en la piel de un plátano, fué embarcado a bordo de un "paquebot" de tres chimeneas, de una Compañía belga, y descendió como artículo de importancia en los muelles de la bella ciudad de Amberes.*

*Durante la noche que siguió a su desembarco, este dios volvió a la forma divina y se adentró en el país llano, en el admirable Flandes que se extiende entre brujas y el mar. Cuando caminaba por las dunas de Knocke, con la cabeza tan luminosa como una bombilla eléctrica, encontró, viniendo de Sluis, a un pobre hombre, el cual al ver a este personaje tan maravilloso, cayó de rodillas al suelo.*

*—Hijo — dijo el dios levantándose—, que no se diga que me ha podido contemplar un hombre sin obtener beneficio. Voy a concederte una dádiva: pide lo que quieras, pero antes dame un poco de ese queso que llevas a tu mujer.*

*El hombre se llamaba Lamme. Aceptó tímidamente y pidió al dios que le diese* **500** *francos. La divinidad le dió el billete, y Lamme corrió a dar la buena noticia a su mujer, ya que el queso había quedado muy mermado. En el camino se encontró con Jef, quien al verlo tan lleno de júbilo, le preguntó lo que le había ocurrido.*

*—¡Tengo* **500** *francos! — respondió Lamme.*

*—¡Ah! ¡Bien harías en prestármelos hasta mañana; yo te los devolveré sin falta.*

*Lamme le prestó el dinero y al día siguiente volvió a encontrar al dios, quien dormía cerca del molino de Siska.*

*—Yo querría otra cosa que no fuese dinero — pidió con aire triste—; algo cuya adquisición fuese sólo para mi provecho.*

*La divinidad le dió unos libros, y Lamme, cargado como un repartidor de ejemplares a los periódicos, se encaminó hacia su domicilio lo más aprisa que pudo. Iba ya a penetrar en su casa cuando su amigo Van Meulen le paró y le preguntó:*

*—¿Qué llevas ahí?*

*—Libros — respondió Lamme.*

*—¡Ah! ¡Bien harías en prestármelos hasta mañana; yo te los devolveré sin falta, en cuanto los haya leído.*

*Lamme se los prestó y al día siguiente, completamente abatido de tristeza, fué a buscar a su divino protector, quien se disponía a reencarnar en forma de otro producto de exportación.*

*—Señor — gimió Lamme—; tú me has dado dinero y lo he prestado, sin que me lo hayan devuelto; tú me has dado libros, los he prestado y no me los han devuelto tampoco. Dame algo que esté seguro de conservar para mí solo.*

*Entonces Brahama, pues él era, se separó un poco, tomó aire, y le sacudió dos bofetadas que pusieron la cara lisa al honrado Lamme. Después añadió:*

*—Esto es para ti solo, te las doy de buen grado y puedes darlas a tu vez a quien quieras, seguro de que siempre te las devolverán.*

*Dicho esto, terminó sus preparativos para reintegrarse a Colombo y recobrar su prestigio.*

*P. MAC ORLAN.*

## Automóviles para cazar tigres

Expediciones cinegéticas en automóvil se vienen celebrando en muchos lugares de la India. Los fabulosos marajahs de este país no se contentan con las expediciones, verificadas al modo ancestral, sino que quieren experimentar otras con los elementos que el progreso del siglo facilita.

El automóvil se utiliza en esas expediciones. En la parte superior lleva una puerta que puede cerrarse herméticamente en caso necesario. Generalmente va abierta, lo que permite al cazador colocarse de pie en el asiento para cazar.

Al lado izquierdo lleva otros asientos para los dos naturales del país que en estas expediciones se llevan como auxiliares.

El automóvil está construído de aluminio y lleva una campana de señales, un reflector poderoso y cinco reflectores de menor potencia.

## Auxiliar para los viajeros

Los que tienen precisión de viajar por el extranjero y no les son familiares las lenguas de estos países, pueden auxiliarse, con un pequeño intérprete de bolsillo, al modo del que se usa en Norte América.

Se trata de dos discos giratorios con las frases inglesas en uno de ellos y las equivalentes del idioma extranjero en el otro. Colocado el indicador en sección, donde está la frase a traducir, y haciendo girar el otro la traducción aparece en la sección de éste, quedando ambas frases en línea horizontal.

# B E S O S

**Por Robert Welles Ritchie**

Usted, uno de los abogados de Miss Birdie Primrose?

El barbero del segundo asiento del "Fashion Shoppe", sujetó el mandil detrás de mi cuello y se dispuso al arregla de mi pelo.

Contesté secamente que no era yo abogado.

—Rasurado por encima de la oreja, pero no muy corto, ¿verdad? ordené a "soto voce".

En seguida, reanudando su conversación, continuó:

—Pues, señor, supimos que Birdie había contratado a un grupo de abogados de Madison, bastante listos, según dicen, para defenderla, y, siendo usted extranjero... Miss Birdie va a jurado por asesinato.

Y la charla que brotó de sus labios me informó del asunto, a pesar de notar mi indiferencia.

Hice un gesto significativo, indicándole que, aun para un extranjero, aquellas noticias eran interesantes.

—Pero ya verá usted cómo tampoco aquí veremos una sentencia de horca, continuó en apesarado tono.

Los Primeros son conocidos aquí, desde que Henryville era un pueblo de indios. Y, a pesar de que la familia fué de las primeras que sembró aquí un lote, no obstante eso...

Y a continuación, haciéndome sentir constantemente el contacto del acero frío sobre mi cuello, que me hacía recordar el objeto que me llevó allí, me puso al tanto de la historia acerca del asesinato que había cometido Miss Birdie Primrose.

—Dicen que el abuelo de Birdie fué quien trajo el ferrocarril hasta aquí (continuó el barbero), y, posiblemente se hizo rico; es decir, bastante para aquel tiempo, porque desde entonces fabricaron aquella gran casa octagonal de piedra, en que todavía viven los Primrose, con una cocina y dos recámaras, según me han dicho.

El padre de Birdie entró al falso negocio de trigo, de Chicago, cuando Birdie era todavía muy niña. En ese negocio perdió todo el dinero de la familia y vino su ruina, hasta verse imposibilitado en un sillón de ruedas, en el que yo lo he conocido desde que era muy pequeño.

Cuando Birdie iba a la Normal, su hermano, que era el otro hijo de la familia, huyó con una compañía de cirqueros y jamás se le volvió a ver. Y para el orgullo de los Primrose, fué muy duro el verse en aquella situación. Eso fué lo que se sacó el viejo por jugar todo lo que tenía en el negocio del trigo.

Cuando Birdie salió de la Normal tuvo que emplearse de profesora y trabajar para sus padres. No tenía otra solución para su pobreza.

Yo iba a la misma escuela que Birdie. Cuando éramos niños asistíamos al mismo curso del que ha sido profesora y directora en estos últimos años. Entonces era muy bonita: tenía grandes ojos y dorados cabellos.

Y, bien: no tengo pelos en la lengua para decirle que una vez le dí un beso de pasada, durante un día de campo que hizo el Instituto. Pero ese beso no me costó lo que le costó Al Conboy.

Birdie tenía unos pisaverdes que la esperaban siempre a la salida de la Normal; pero uno a uno se fueron retirando. Los muchachos decían que esto se debía a su carácter altivo.

Birdie, con su pobre viejo en el sillón de ruedas y su madre enferma, vivía en los tres cuartos de aquella gran casa octagonal, sin más dinero que el que ganaba enseñando en el colegio de que antes he hablado.

De cualquier manera, es un hecho que Birdie no podía casarse mientras tuviera que alimentar y cuidar a los viejos; y ningún pretendiente quiso cargar con toda la compañía.

Los años pasaron y Birdie comenzó a convertirse en la primera solterona de Henryville. Perdió todo el encanto que tenía, y ahora llama la atención por seca y rápida en sus movimientos.

—(Se está usted quedando calvo, señor: no hay mucho que hacer aquí. ¡Muy bien! ¡Usted se ha convertido ahora en un doctor).

El muchacho a quien mató Birdie se lamaba Al Conboy; hombre tan astuto como no encontrará usted otro de aquí a St. Paul. Hacía juegos emocionantes en el Kelly Pool: siempre tenía un repertorio de cuentos de chispa; siempre encontraba una ocurrencia que contar a los muchachos en el Fred's Place. ¡Lo hubiera usted conocido! ¡Pobre Al!

Era, además, agente de una casa de confecciones de Chicago y hacía un viaje mensual a Henryville, donde conoció la historia de Birdie Primrose, a quien había visto una o dos veces.

De cualquier manera, en octubre último, cuando Al Conboy había llenado todas sus órdenes y estaba aguardando el tren de las 4.15, vino aquí a que le cortaran el pelo.

Se sentó en el mismo lugar que ocupa usted en este instante, y estaba terminando de arreglarlo cuando Birdie Primrose pasó por la ventana en camino de su escuela. Alta y huesuda, con ese modo desgarbado de andar, con el pecho inclinado, como si estuviera ganando una carrera. Parecía una percha con trapos de color. Era suficiente para provocar risa, y aguardamos lo que Al dijera.

—Allí va el pimpollo más bonito de Henryville, dijo mi cliente.

Y los muchachos sentados en la banca de espera, leyendo el periódico, soltaron las risas que él había provocado.

—Apuesto cualquier cosa, a que la llamo fuera de su escuela, para besarla. ¡Y ella me conoce tanto como al alcalde de Chicago!

—¡Eh, fanfarrón!

—Por diez dólares lo hago.

(Al era así).

—Apuesten lo que quieran y vengan conmigo para que me vean ganarlos.

Los estudiantes dieron desde luego a Al la suma apostada, porque lo consideraron un hecho. Yo mismo dí un dólar, y fuí con tres o cuatro a ver a Al arrancarle un beso a Birdie.

Llegamos a la escuela cuando todos los muchachos estaban formados para entrar en sus clases, y allí estaba Birdie, en el último escalón, con la campana en la mano, lista para llamar, cuando Al Conboy va directo hacia ella.

Nosotros estábamos escondidos detrás de las matas de lilas del sendero, listos para romper a reir.

Al se acerca a Birdie, delante de todos los muchachos, y sin haberse quitado todavía el sombrero le dice algo. La enorme campana de cobre se cayó al suelo; los dos brazos huesosos de Birdie rodean el cuello de Al: lo besa en la boca, lo aleja de sí un poco para envolverlo en una larga mirada; lo oprime contra su pecho de tabla y le da otro.



## PARA LOS GANDULES

*La nefasta actuación de la ociosidad y de la gandulería la pusieron de manifiesto algunos de los hombres más sabios y experimentados.*

*Veamos lo que dijeron algunos.*

Hesíodo: *"Los ociosos semejan a las avispas, que devoran sin aprovecharse de lo producido por las abejas".*

Séneca: *"Con la ociosidad se enmohece la virtud".*

El filósofo Catón: *"La vagancia es la escuela de hacer daño".*

Aristóteles: *"La verdadera felicidad de un pueblo consiste en impedir que haya indigentes y vagos, procurándoles un bienestar duradero, a fin de prevenir las turbulencias y sediciones."*

Salomón: *"El hombre holgazán produce la miseria y el laborioso produce la abundancia; el que no trabaje, mendigará. Aquél que cultive su campo, se servirá de pan; el perezoso que lo deje erial o yermo, se hartará de miseria".*

Gaspar Salas: *"La vagancia es la langosta de las buenas costumbres".*

El P. Félix: *"El hombre sin hogar es casi siempre un ser peligroso; suele ensañarse contra la sociedad, a quien acusa de su aislamiento, y nada le liga con su patria. Si le oprimen infortunios, cree sentir sobre sí la mano cruel de una sociedad que le aplasta y su corazón rebosa de ira contra ella".*

San Juan Crisóstomo: *"La vagancia es fuente y maestra de todos los vicios, bestia cruel y sanguinaria de todas las naciones".*

Santo Tomás de Aquino: *"Los vagabundos son los usurpadores de los verdaderos pobres".*

Las Constituciones apostólicas: *"El que sufre hambre por desidia o por holgazanería, no merece socorro".*

El apóstol San Pablo: *"El que no trabaje, que no coma"*

*Miguel BALAGUER RIU.*

¡De veras que Al tuvo una gran paciencia para ganar sus diez dólares!

De todas maneras los muchachos de la escuela hicieron un gran escándalo. Entonces vemos a Al que le dice algo más a Birdie quien le da otro gran beso y se agacha a recoger la campana.

Al se reune con nosotros y recoge sus diez dólares.

—¡Ustedes no saben lo que es la atracción del sexo!

Y es todo lo que declara cuando tratamos de indagar cómo lo había hecho. Y tomó el tren para Beloit.

Por supuesto que todos los muchachos que habíamos visto a Al ganar la partida, no titubeamos en contar la historia por todos lados y los chicos de la escuela, al llegar a sus casas, dijeron a sus padres que habían visto á su profesora besar a un muchacho guapo, en la escalera del plantel.

Esa misma noche, todo Henryville, no hablaba de otra cosa. ¡Y había sido la primera solterona de Henryville, la que había dado ese beso de diez dólares!

Fué la vieja Mrs. Jimpson, la lavandera, quien se encargó de divulgar el chisme.

Alrededor de las seis de la tarde fué a la casa octagonal con un bulto de ropa; y mientras contaba la audacia de Al, parecía que la temporada de Navidad había llegado en aquella casa.

La cocina estaba casi cubierta de flores. El viejo Primrose con su mejor vestido, daba vueltas en su silla para colocar el juego de té con filos dorados, en la mesa. La vieja Primrose y Birdie, tenían harina hasta en los ojos. La puerta del horno sonaba a menudo, al abrirla y cerrarla.

—Willie va a venir a casa, le dice Birdie a Mrs. Jimpson. Nuestro hermanito viene a casa después de tantos años. Después de que termine unos negocios importantes en la ciudad. Vendrá, ¡vaya que lo esperamos de un momento a otro!

¡Aquello era el colmo!

¡Al se había hecho pasar por el tanto tiempo perdido Willie!

(El narrador se interrumpió para hacerme sentir la eficacia de su maquinilla caliente alrededor de la cabeza, mostrándose muy solícito. Sentí yo correr su maquinilla como un haz de leña ardiente, soportándola como un mártir atado a una estaca).

—Y por cierto, continuó, nunca sabe uno por dónde salen esas solteronas. Son tan irrespetuosas de la ley, como un becerrillo de un año, de edad.

—Cuando supo por Mrs. Jimpson, cómo había ganado Al los diez dólares, Birdie Primrose debió haber comprendido que era una chanza inofensiva, y debió haberse mostrado contenta por haber recibido un beso a sus años.

Al le hubiera dado los diez dólares que recogió de nosotros, si hubiera sabido que le iba a ir tan mal. Al era así, generoso.

Pero la chancita, más que a nadie, dolió a Birdie. Mandó su renuncia a la escuela, antes de que le pidieran una explicación por su conducta, cosa que algunos de los muchachos estaban planeando, nada más para continuar la broma. Se encerró en la vieja casa octagonal y no salía más que para comprar las cosas necesarias, cuando ya casi era la hora de cerrar las tiendas. Y aún entonces, se pegaba a las paredes y se iba por calles solitarias, como una vieja gata que tuviera miedo de los perros.

Todo el mundo comentaba que Birdie fué una tonta al llevar las cosas hasta ese extremo. Y que si se mostraba lista y sabía hacer lo conveniente, sacaría partido de su defensa.

Al Conboy, llegó a Henryville nuevamente, en su jira mensual, y fué recibido con entusiasmo.

—Apuesto diez contra uno, a que puedes besar si quieres al Reverendo Metodista, dijo uno de los muchachos.

Al tomaba todo eso en broma como quien era, e hizo buen negocio, colocando todas sus órdenes.

Entonces, habiendo terminado, algo terrible sucedió:

Al estaba enfrente de la Warren House, aguardando el ómnibus que lo llevaría a la estación para tomar el tren de las ocho y cinco, para Baraboo. Una multitud de muchachos está a su alrededor, mascando chicle. Yo, era uno de ellos, y ahora estoy aguardando que me llamen como testigo principal.

De pronto se acerca Birdie Primrose pegada a la pared en su jira nocturna a la tienda y a la carnicería. Su vieja cesta se balancea en su brazo. Yo fuí el primero en descubrirla.

—Aquí viene la hermosa, le dije a Conboy. Apuesto cien dólares contra tus diez, a que no la puedes besar de nuevo.

Justamente cuando Al tiene la boca abierta para contestar con un chiste subido, Birdie llega bajo el foco de luz, donde estábamos parados. Buscá en su canasta y saca la pistola más grande que he visto. Debe haber sido de su abuelo. Con las dos manos en el gatillo, Birdie comienza a tirar, apuntando a Al Conboy. El muchacho quiere huir y cae muerto.

Birdie avanza hasta donde Al cayó y le da dos besos más.

—Besos, dice Birdie hablando tan bajo como en una iglesia, más besos de Birdie Primrose...!



EL DEL PUEBLO. — Al verlos a ustedes, he pensado en seguida que también en la ciudad hay buenos pastos.

## MI LIBRO

(De la obra "Canto llano", que acaba de aparecer).

Será como una oración,
con canto de letanía;
gracia de un Ave María,
que conforta el corazón!

Luz inefable de mi sombra;
una invisible presencia;
la pena que se silencia;
el goce que no se nombra.

En fe de sus devociones,
será mi amigo más fiel;
y en su pecho de papel,
lloraré mis confesiones!

## CANCION DE CUNA

En tu cuna, niño mío,
yo tendí todo mi amor;
puse mi alma por abrigo,
por almohada el corazón.

Nadie más puede mecerte,
niño mío, sino yo!

Sobre el borde de tu cuna,
mi pupila se hizo sol;
mi sonrisa blanca luna,
y mi voz dulce canción.

Nadie más puede alumbrarte,
niño mío, sino yo!

El vaivén que te adormece,
es mi misma pulsación;
tu dulzura me estremece,
tu tristeza es mi dolor.

En tu pulso, niño mío,
quién palpita sino yo?

En la guardia de tu cuna,
soy el hada Blanca-Flor,
que por darte la fortuna
me arrancara el corazón.

Porque nadie, niño mío,
te ama tanto como yo;
y aunque no eres hijo mío,
soy tu madre por amor!

*Mary REGA MOLINA.*

# Maravillas de nuestro cuerpo

Polvo eres, dice la Escritura, pero bajo el punto de vista biológico, el hombre es, en realidad, clara de huevo. Si se supiera el modo, batiendo 1200 huevos se formaría un hombre casi perfecto.

A pesar de su forma sólida el cuerpo se compone princialpmente de gases, formando sólo 14 elementos: cinco de ellos son los gases, oxígeno, hidrógeno, etc., en cantidad tal que llenarían un gasómetros de 103 metros cúbicos de cabida, y los otros nueve son sólidos y se encuentran en cualquier puñado de tierra. En la mayoría de las personas se encuentran cantidades infinitesimales de algunas otras substancias tales como cobre, aluminio, manganeso, plomo, mercurio; pero éstas, apenas se cuentan.

Si se dejase en libertad al oxígeno que tenemos en el organismo y que es el elemento más importante de la carne y de los huesos, llenarían 202 barriles de 163 litros de cabida.

Del misterioso nitrógeno tenemos próximamente, media onza por cada libra de carne.

Más abulta, aun cuando es más ligero el otro constituyente de nuestro cuerpo: el hidrógena. Tenemos suficiente hidrógeno para hinchar un globo.

Con el carbón que tenemos en nuestro cuerpo se podrían hacer 65 gruesas de lápiz. Es el verdadero combustible del cuerpo el que nos conserva calientes y nos da fuerzas para movernos.

Estamos muy orgullosos, porque andamos en dos pies, aun cuando por ello nos exponemos a porción de accidentes y somos los seres que se mueven más despacio, teniendo en cuenta nuestro tamaño. Pero sin las dos libras de calcio y las 24 onzas de fósforo que tenemos en los huesos no podríamos andar, ni tendríamos brazos ni piernas, ni cráneo, ni dientes.

No se puede afirmar que un elemento del cuerpo es más esencial que otro, porque no sólo las dos libras de cal y la libra y media de fósforo, sino también la mucha menor cantidad de hierro que tenemos son tan esenciales como el oxígeno.

Lo más curioso del fósforo es que, siendo un veneno terrible el cuerpo puede contenerlo en gran cantidadfi sin sufrir por ello daño. Distribuído por los huesos, la carne, el sistema nervioso y los varios órganos tenemos el bastante para matar a los vecinos de toda una aldea, o si no se quiere ser tan cruel, para proveerlos de cajas de cerillas, porque con el fósforo del cuerpo se pondrían fabricar 8064 cajas reglamentarias de 60 cerillas cada una.

Sin hierro la sangre no podría llevar oxígeno desde los pulmones a las partes más remotas del organismo. No tenemos en la sangre más que la décima parte de una onza de hierro, lo escasamente necesario para hacer cuatro o cinco clavos; pero son clavos vitales, porque si nos quitaran ese hierro caeríamos muertos.

El agua es el elemento más abundante de nuestro cuerpo. Un hombre de 150 libras de peso tiene de 90 a 96 de agua. La principal acción de ésta es muy curiosa. La mayor parte de los huesos y de la grasa es lo que pudiera llamarse tejido inanimado. Lo que hace vivir al cuerpo es el protoplasma, el cual forma la parte principal de los músculos, el cerebro, los nervios, los pulmones, el corazón, etc... El protoplasma existe en la forma de millones de glóbulos diminutos, puestos unos junto a otros, ,más o menos embebidos entre sí. Fuera del agua se morirían lo mismo que una sardina; así es que el protoplasma tiene que estar siempre sumergido en agua, y, en realidad, se pasa la vida en agua corriente.

No podría realizarse ninguna función del cuerpo sin el agua; disuelve los alimentos arrastra los corpúsculos de la sangre, humedece las membranas de la boca, de la nariz, de la garganta y de todo el interior del cuerpo, forma una especie de almohadilla alrededor del corazón, de los pulmones y de los órganos del abdómen, nos refresca por evaporación en forma de sudor y desempeña otra porción de funciones no menos útiles. Cuanta más agua hay en el cuerpo más vigorosa es la vida. Los niños inquietos tienen más agua que los adultos y la lentitud de la vejez se debe en gran manera a una especie de sequía.

La sal ordinaria desempeña también un gran papel y se la encuentra en la sangre en los músculos, etc...: No tenemos más que unas seis o siete onzas, es decir, lo suficiente para llenar un salero de buen tamaño. Lo raro es que el cuerpo hace un gran consumo de ella pues elimina media onza cada día.

La sosa que tanto se usa para lavar desempeña las mismas funciones que en el lavadero y es elemento indispensable. Disuelta en la sangre, llega a todas las partes del cuerpo con una misión altamente higiénica; dondequiera que encuentra una partícula de ácido carbónico se apodera de ella la lleva a los pulmones y la descarga en el aire. La cantidad de sosa que tenemos en la sangre es, en realidad, muy pequeña pero la labor que hace es inmensa. No podemos realizar ningún acto si producir una cantidad determinada del venenoso ácido carbónico. Cada latido del corazón cada movimiento del pecho al respirar, hasta el doblar un dedo o cerrar los ojos, producen una combustión y un gasto y, por consiguiente, un residuo que si no fuera eliminado continuamente estropearía la máquina humana en pocos minutos.

El ácido hidroclórico es otra de las menudencias sin la cual sería imposible la vida. Tenemos en el estómago una pequeña cantidad de él, fabricada en la fórmula precisa y que mata casi todos los microbios que tragamos con los alimentos, impide la fermentación y ayuda a la digestión.

La mayor parte de la grasa que consumimos encuentra en los intestinos un álcali y mezclándose con él, forma jabón. Hay en el cuerpo grasa bastante para fabricar de tres libras y tres cuarterones a siete libras y media de jabón según que el individuo sea flaco o gordo. Por término medio fabricamos en el curso de nuestra vida algunas toneladas de excelente jabón y hay veces que tenemos una buena pastilla de él en los intestinos. En clase de productos derivados, producimos también glicerina lo mismo que en una jabonería bien montada.

Para formar músculos, nuestro organismo toma de la sangre otras sustancias en cantidad apropiada. Si se está débil o si se tienen unas fuerzas fabulosas, débese en gran modo a la habilidad selectiva de la sangre.

## QUIETUD

Todo emana grandeza y poderío
una grandiosa majestad que asombra,
¡la claridad de la celeste esfera,
en su lucha triunfal contra la sombra!

Los árboles parecen seres vivos
que dan gracias a Dios por sus verdores,
al erguirse, pletóricos y altivos,
por robarle a la aurora sus colores,

Una fe religiosa nos domina
de una santa piedad que nos abraza
y conmueve nuestra alma peregrina.

Toda emana grandeza y poderío
y nostalgias nos da si un ave pasa,
vencedora del miedo y del vacío.

*Antonio de la TORRE*

## Aforismos de la filosofía del gusto

I. *Lo único que vale en el Universo es la vida; todo lo que vive se nutre.*

II. *Los animales se sacian; el hombre come; sólo el discreto sabe comer.*

III *El destino de las naciones depende del modo que tienen de nutrirse.*

IV *Dime lo que comes, y te diré quién eres.*

V *El Creador, obligando al hombre a alimentarse, lo invita por el apetito y lo recompensa por el placer.*

VI *La golosina es un acto de nuestro juicio por el que concedemos preferencia a las cosas que nos son agradables al gusto.*

VII *El placer de la mesa es de todas las edades, de todas las condiciones, de todos los países y de todos los días, se asocia a todos los demás placeres y es el último que nos permanece fiel y nos consuela de la pérdida de los demás.*

VIII *Los que se indigestan o se embriagan no saben ni comer ni beber .*

IX *El orden de los comestibles es: de los más sustanciosos a los más ligeros. El de las bebidas: de las menos embriagantes a las más aromáticas.*

X *La cualidad más indispensables del cocinero es la exactitud. Debe serlo también del convidado.*

XI *Esperar mucho tiempo a un invitado es falta de cortesía a los que están ya presentes.*

XII *La dueña de casa debe asegurarse de que el café es excelente. El dueño, de que los licores son de primera calidad.*

XIII *Invitar a alguien es encargarse de su dicha durante todo el tiempo que permanezca en nuestra casa.*

BRILLAT SAVARIN

## ¡LO DIJO EN BROMA!

## La alcaldesa es soltera porque quiere

La alcaldesa de Liverpool, miss Margaret Bevan, dijo recientemente que "era una solterona que se encontraba muy sola".

Indudablemente, estas palabras de la alcaldesa de Liverpool han impresionado a muchos hombres,, solteros y viudos, que se han considerado capaces de endulzar la soledad de miss Margaret Bevan.

La alcaldesa de Liverpool recibe diariamente, de todas partes de Inglaterra, gran número de cartas escritas por hombres de todas las categorías sociales solicitando casarse con ella.

"Algunas de las cartas que recibo están escritas por hombres sin ninguna cultura — ha manifestado miss Margaret Bevan. — Indudablemente sus autores las han escrito en serio, y todos prometen hacerme feliz. Naturalmente, no contesto estas cartas; pero es curioso que unas palabras dichas en broma hayan sido tomadas en consideración por tantos hombres".

# Amantes de la luz y amantes de la obscuridad

En los jardines zoológicos modernos se ha conseguido que los lagartos, cocodrilos y serpientes, que antes morían rápidamente fuera de su ambiente soleado, vivan felices y contentos en los climas europeos y pasen perfectamente el invierno creyendo que toman el sol, gracias a un alumbrado especial, que, además de procurarles aquella ilusión, les hace que absorban los constituyentes esenciales de la luz solar.

Sentimos placer al ver, cómo esos animales, en cautiverio, toman sus baños de sol artificial y hasta los envidiamos los que nos clasificamos entre los heliófilos, porque estamos convencidos de que nuestro bienestar está en los rayos solares, y envidiamos a esos saurios y ofidios, porque para ellos no hay días nublados.

Nosotros, los heliófilos, los heliodoros, los fotófilos, no comprendemos que haya seres tan raros que huyan de la luz del sol, hasta de la tibia claridad de los tristes y nublosos días de invierno; no concebimos al heliófobo, al fotófobo, no lo comprendemos, como tampoco nos entra el que los chinos coman perros y huevos podridos. Nuestro tipo de comodidad y dieta es el que nos procura salud y placer, y aquellos que difieren de nosotros nos parecen raros, excéntricos, extravagantes, hasta repulsivos a veces, nos olvidamos de que son costumbres, por lo común, heredadas. Por esto nos maravillamos de que haya seres que no sólo nunca han visto el sol, sino que hasta huyen de él, de su luz.

¿En qué consiste el que siendo la luz tan necesaria, un elemento vital para nuestra salud, para miles y millones de especies de animales y plantas; cómo es, decimos, que haya seres a los que la luz del sol mata?

Salenas y mariposas diurnas son insectos parecidísimos. Estas últimas adoran el sol; las primeras no se ven hasta que el astro rey se pone y la obscuridad cubre la superficie de la tierra. Algunos animales, como los murciélagos prefieren la suave y tenue semiluz del crepúsculo, el fresco de la noche.

Ceilán hay dos especies de animales que presentan dos ejemplos de heliófobos.

El pequeño islote de Barberyn, situado hacia la parte sudoeste de la citada isla, está cubierto de coteros, cuyos frutos los comparten bandas de cuervos y grandes murciélagos conocidos allí con el nombre de "zorros voladores".

Al atardecer, y produciendo gran ruido, miles de cuervos abandonan el islote para ir a pasar la noche en la costa de Ceilán, y al llegar éstos, los murciélagos la abandonan y van al islote en busca de alimento. Al despuntar la aurora, los zorros voladores dejan el islote y se dirigen a la costa firme para dormir durante las horas de sol.

En Europa existen muchas especies de falenas o mariposas nocturnas, que no solamente no se las ve de día, sino que, ciertas especies, sólo viven en el invierno.

Los murciélagos, lechuzas, buhos, topos, el grillotalpa y ciertas lombrices y otros animales europeos parece que están dormidos por la fotofobia: aborrecen la luz.

Pero aún hay más.

En lo profundo de las entrañas de la tierra hay inmensas cavernas llenas de agua, en las que reinan las tinieblas más completas y que están habitadas por animales que adoran la obscuridad como nosotros adoramos la luz.

De estas cavernas hay bastantes en la América del Norte.

Allí, entre otros animales viven diferentes especies de crustáceos, uno de los cuales, el "Cámbarus pellúcidus", vive en la famosa caverna Mammoth del Kéntuky; y en los pozos profundos de varias partes de Europa, no es raro encontrar una especie de quisquilla, el "Niphargus", que aborrecen la luz del sol.

Estos seres han pasado de los depósitos de agua subterráneos a estos pozos y a ciertos lagos de Suiza e Irlanda, donde buscan las mayores profundidades de la luz.

En las grandes cavernas de Adelsberg, cerca de Trieste, se encuentra un animal rarísimo, tan raro, que la celebridad de estas grutas subterráneas se debe en parte a él.

Es un batracio ciego, que tiene algo de común con la lagartija acuática y que se conoce con los nombres de "olm" y de proteo.

El río Poick, torrente monstruoso y tumultuoso durante la estación de las lluvias, desaparece en unas colinas calcáreas y penetra en enormes cavernas llenas de estalactitas, y vuelve a aparecer varios kilómetros más allá.

En esas cavernas subterráneas, donde rina la obscuridad más completa y solamente en aquellas profundidades vive el proteo, que también se encuentra en las aguas subterráneas de Carniola, Carintia y Dalmacia.

Existen varias especies, pero todas como el ictiofis, son habitantes subterráneos. Las grandes profundidades del océano son igualmente mansión de otro mundo de seres de gran variedad; peces y crustáceos en su mayoría, que pasan su vida en aguas profundísimas, a miles de mts. de la superficie, donde jamás penetra la luz del sol, en las más negras tinieblas sin más luz que la fosforescencia de algunas especies.

Al considerar esto nos preguntamos, aunque en vano, cómo es posible que mientras a la mayoría de los seres nos es absolutamente necesaria la luz del sol para poder vivir, haya otros que tienen una marcada antipatía hacia toda claridad y en su fotofobia, busquen para vivir lugares donde no entra jamás un solo rayo de luz.

¿Qué cambios se han operado en los tejidos de sus cuerpos, para presentar tan violento contraste en las condiciones de su existencia?

Otra pregunta: ¿Cómo es que estos seres que lo mismo en enero que en junio huyen de la luz del sol, acudan presurosos a la luz de una lámpara? La atracción que ejerce un poco de luz sobre las mariposas nocturnas es proverbial. El pescador furtivo de salmones conoce el efecto mortal que produce en ellos el fulgor de un farol, aunque el salmón no sea animal que gusta de la obscuridad.

Todas las criaturas subterráneas que huyen de la luz, descienden, hay que tenerlo presente, de antepasados fotófilos o amantes de la luz.

¿Cuáles son, pues, las causas que les han hecho cambiar así?

La luz del sol par esos animales es fatal.

Los rayos ultravioladas dan la vida a muchos animales tropicales de los jardines zoológicos.

Para los seres fotófobos son mortales.

¿Por qué?

He aquí un misterio que parece inexplicable; pero cuya interpretación daremos en algunos de los próximos números.

## OFRENDA

A la memoria de Manuel Andrade.

Susurre el viento un gemido
entre el zig-zag del ramaje;
llore en silencio el follaje,
cesen las olas del mar;
entone el triste poeta
la plegaria del quebranto,
vista la Diosa del Canto
el hábito del pesar.

Cayó una rama al sendero
que mañana es hojarasca,
la que nunca la borrasca
del Olvido arrastrará,

rindió tributo a la muerte
el amigo y el hermano
y en el misterioso arcano
su vida descansa ya.

Que nadie llame a su lecho
donde duerme su quimera;
pase la brisa, ligera,
acariciando su sién,
pósese en sus yertos labios
el beso del dulce hijito
y hoy que está en el Infinito
sea su cuna el Edén.

*Felipe H. FERNANDEZ.*

## El Club Social de Santa Lucía

### Celebrará su 27 aniversario. — Las señoritas pagarán $ 2 de entrada a la fiesta que se prepara con tal motivo.

*El Club Social de Santa Lucía, la prestigiosa entidad del barrio de Barracas, representante de lo más calificado de esa importante zona de nuestra ciudad, ha resuelto celebrar dignamente el 27 aniversario de su fundación. Con tal motivo, el sábado 1.o de diciembre se realizará en sus amplios y lujosos salones un gran baile familiar, cuyo éxito se descuenta dado las simpatías generales que supo captarse el Club en su larga y constante acción en favor de los intereses de aquel barrio. Se han repartido al efecto las invitaciones de práctica, y existe verdadera espectativa por la fiesta que resultará un noble exponente de sociabilidad y belleza.*

*Nos llama la atención, sin embargo, un pequeño detalle. Las referidas invitaciones dicen al pie: "Caballeros, $ 5", "Señoritas, $ 2". Como no es común cobrar precio de entrada a las señoritas, que son el alma de estas fiestas sociales, a las cuales realzan con sus gracias y con su fino espíritu femenino, nos sorprende que el Club Social de Santa Lucía lo haga así, claramente, por tarjeta de invitación. ¿Cómo se explica esto? El hecho es tanto más extraño cuanto que otra nota agregada a la invitación advierte que "las señoritas abonarán $ 2 con excepción de las pertenecientes a las familias de los señores socios".*

*Tan raro es el caso que lleva a tomarlo en serio. ¿Cómo hará el Club para comprobar, por ejemplo, que la mujer que acompaña a un socio es hermana o esposa de éste? ¿piensa la Comisión de Fiestas hacer el control sobre la base de un padrón de familias de socios, aunque ello no sea, precisamente, en serio? ¿Y en qué condición quedan las novias de los socios? ¿Pagarán media entrada en virtud de que sólo están por ser de las familias de los socios?*

*Cabe preguntarse, además, qué motivos fundan la resolución del Club de Santa Lucía. No creemos que sea ella a los fines de recaudar fondos para la caja social.*

*Y no lo creemos porque la mayoría de los integrantes de su Comisión Directiva son personas de fortuna, cuya magnanimidad y delicadeza no permitirían que se cobrara entrada a las señoritas cuando ellos se bastan para satisfacer las necesidades del Club. Es tal la serie de sugestiones que pueden colegirse de la resolución del Club de Santa Lucía, que al fin uno opta por pensar que se la dictó con el propósito exclusivo de equiparar a las señoritas con los jóvenes imberbes pero heroicos a los cuales imitan. Seguramente el Club de Santa Lucía no quiere que las niñas de Barracas sean menos que las de todo el mundo, y se fuerza por hacerlas más varoniles, obligándolas desde ya a pagarse la entrada.*

# LOS AMULETOS

Nadie se atreverá a poner en duda que a pesar de vivir en una era de progreso y positivismo en la que el factor "suerte" no tiene ya una efectividad potencial, existe todavía una gran muchedumbre creyente en supercherías y amuletos.

Las adivinadoras, las echadoras de cartas, los quirománticos y los curanderos tienen ancho campo de operaciones en Europa y otras partes del mundo y no es cosa rara ver personas, que al parecer poseen una cultura sólida, obstentar amuletos colgados al cuello, en la cadena del reloj o en las pulseras, o herraduras detrás de las puertas, idolillos en las repisas y otros objetos que desde los tiempos remotos se dice poseen cualidades curativas o preservativas de males feroces, cuando no proporcionadoras de buena suerte. De nada ha servido que el progreso de la Humanidad haya pretendido desterrar estas supercherías del ánimo de los mortales y que los hombres de ciencia traten a través de los siglos de poner la verdad sobre la balanza, aboliendo estos casos de incultura, impropios del siglo: que el mundo siga su marcha veloz no implica que aún queden rezagados en el camino incapaces de marchar a tono con el resto del planeta.

Así, pues, como el tema de los amuletos es tema de ayer, de hoy y seguramente de mañana, creemos de interés reseñar lo más saliente en la materia, por lo que de curioso encierra para los no tocados de esta manía.

El amuleto existe desde los tiempos más remotos. Cuando más se busca en la Historia de los pueblos más se encuentra arraigado su culto y así vemos cómo pueblos de una civilización tan maravillosa como Egipto rinden culto omnímodo al amuleto en la persona de sus muertos, a los que trata de preservar de males futuros en la otra vida, enjovando sus sepulturas de amuletos de todas clases y con destino a todas las adversidades.

Los egipcios, como ya indicamos, así como los caldeos, adoran en el amuleto de diversas formas, como ha podido comprobarse en varias inscripciones grabadas en frisos, sepulturas, etc.

El filaterio de los judíos es un amuleto idéntico al "abraxas" de los gnósticos. En Etruria se usaba como amuleto el falo de cera, y en Roma el "lápiz electrorius".

Los sabios y guerreros de la antigüedad no se libran de caer bajo las garras de estacreencia y así se sabe que Sila llevaba al cuello una imagen de cera de Apolo Pitio, y que Pericles creía de buena fe en las virtudes medicinales de ciertas plantas mágicas.

Entre los musulmanes existe la costumbre de no separarse de ciertos amuletos, consistentes en trozos del Corán escritos sobre fragmentos de papel milagroso, y los antiguos normandos creían evitar ciertas enfermedades colgándose al cuello, como talismán, una imagen tallada de Thor.

La Medicina misma, con ser una de las ciencias más adelantadas, no se vió libre de esta superstición creyendo infalible la eficacia de ciertas baratijas, hasta que Galeno, el gran "hereje" de la Medicina, censuró sin ambages la ridícula creencia de sus compañeros, puesto que redujo a sistemalos conocimientos médicos de su época.

Caro es que su novísima teoría anatematizando el amuleto tenía que encontrar detractores, como los encontró sobre todo en Sereno Damónico, que en su Tratado de curar las enfermedades, combatió a Galeno duramente, preconizando el "abraxas" como remedio infalible contra la fiebre. Plinio, el "Antiguo", célebre sabio de su época, afirmaba seriamente que una planta recogida en las márgenes de un río antes de la salida del sol curaba las fiebres tercianas siempre que se tuviera la precaución de enlazar al brazo del enfermo la droga, y Van Helment, otro médico de época posterior, creía sin duda alguna en los conjuros contra la fiebre y la pestilencia.

Haile pretendía haber curado a cierto paciente una epistaxis, haciéndole injerir una píldora de pan.

Entre los campesinos italianos se usa actualmente como amuleto figuras de ratones y toros, así como crucecitas fabricadas con ramas de boj, y en Nápoles se usa como cosa corriente ciertos dijes que tienen la poderosa virtud de preservar contra conjuros de todas clases, siendo el máximum de la felicidad poseer un par de cuernos, con los que todo sortilegio queda eliminado.

Un amuleto de fama universal es la famosa silla de Santa Elena, en la cual, ha de sentarse si quiere alcanzar la gracia divina y alumbrar sin contratiempo alguno.

Los sacerdotes del Lama usan como amuleto una estatua de Buda cocida en barro y colgada a la espalda; algunos llevan hasta tres y cuatro.

Amuletos universales son la serpiente y el escarabajo, y han quedado algo en desuso las cuentas de vidrio, algunas semillas y las piedras preciosas, aunque de éstas el ágata y el topacio aún tienen propiedades de amuleto.

Las sortijas de calavera, los dijes con el número 13, los elefantes de marfil, las llaves huecas, los racimos de uvas de vidrio, las hojas del trébol y los pedazos de herradura, constituyen hoy en día amuletos, en los cuales se tiene fe y de los que se hace ostentación por mucha gente.

La sal derramada, la tinta volcada, el paraguas que se abre bajo techado, la silla a que se da vueltas y el espejo que se rompe, son signos de superstición muy corrientes, y requieren ciertas prácticas y determinadas frases como amuletos que contrarresten el efecto pernicioso de ellas.

La Iglesia, más progresista, condena como un gran pecado la superstición y, sin embargo, fué costumbre generalizada entre los primeros cristianos usar amuletos, consistentes casi siempre en curiosos medallones de oro, plata y aun piedra, con un pez, una cruz o el anagrama de Jesucristo grabado en ellos.

Estas prácticas fueron duramente combatidas y abolidas en los concilios de Laodicea y Tours. Claro es, que lo mismo entre los fieles de los primeros tiempos del cristianismo que entre los actuales, la costumbre de lucir amuletos, sobre todo en forma de ostentación que de creencia, pues en realidad ha servido solo de pretexto para lucir alhajas como talismanes seguros contra los encantamientos y otros males.

Nada digamos de la creencia, muy generalizada entre los antiguos, de creer que cuando se le tenía ojeriza a una persona y se deseaba su muerte, bastaba construír con cera una estatuilla parecida a la persona condenada y clavarle todos los días, poco a poco, un alfiler en el sitio del corazón hasta producir su muerte en medio de atroces sufrimientos.

Afortunadamente, estas prácticas y costumbres van desapareciendo para rehabilitación de la Humanidad.

## CHACARERA

Chacarera, Chacarera,
a ver si ganas mi amor,
que yo tengo para tu alma
mi corazón hecho flor.

Con un poco de ternura
tendrás, para ser feliz,
el sabor de mi cariño
más rico que tu maíz.

Yo sé qué te agrada el campo
y un campo tengo, mi bien,
sembrado con esperanzas,
cercado con tu desdén.

Chacarera, Chacarera,
bienhaya tu decisión
que protegiendo mi siembra
cosecha en mi corazón...

## MADRIGAL DE LA CHACARERA

La del baile, musical;
la del amor, corporal;
dí con cuál te quedarías;
dí por cuál es que darías
tu más mejor madrigal?

La del baile, musical;
la del amor, corporal;
digo que yo me quedaba
como aquel que se las daba
con las dos en una igual.

Pues las dos: la musical
y la otra, corporal,
pueden tocarse en fortuna
como si fueran en una
fundidas bajo el percal.

Chacarera musical,
Chacarera corporal:
¡digo que si una me toca,
a las dos toca la boca
de mi mejor madrigal!

*Alberto G. OCAMPO.*

## Las primeras mujeres que poblaron la América

*Los españoles (véanse* Leyes de Indias. *Libro IV, Título XXVI, Leyes XXIV y otras) prohibían la emigración de españolas solteras a América. Las casadas que acompañaban a sus esposos eran muy pocas.*

*Los franceses, por el contrario, favorecían la ida de las mujeres, máxime de mujeres alegres, a sus posesiones del nuevo mundo.*

*"Van a poblar la América de amores", — decía el verso.*

*En cuanto a los ingleses, enviaban mujeres a los Estados Unidos en calidad de cargamento, y en calidad de cargamento las compraban los yanquis. En **1620** las mujeres del primer cargamento se pagaron **75** libras de tabaco por persona.*

*R. BLANCO - FOMBONA.*

## CUENTO JUDIO

Entre el alemán Otto y el judío Samuel:

Otto. — Toma, Samuel, cómete ese trozo de jamón...

Samuel. — Lo siento mucho, Otto; pero es que mi ley me lo prohibe.

Otto. — Entonces, toma este vaso de cerveza...

Samuel. — Lo siento mucho, Otto; pero mi ley también me lo prohibe...

Otto. — ¿Y no puedes vulnerar tu ley en forma alguna?

Samuel. — ¡Oh, sí, en peligro de muerte solamente!

Entonces, al oir esto Otto, sacó una pistola, y apuntando a Samuel dijo:

—Bébete ese vaso de cerveza, o te pego un tiro...

—Si es así...

Samuel se bebió la cerveza, y entonces Otto dijo:

—¿Ves como sí que te lo has bebido? ¿Estás contento?

—¡No!

—¿No? ¿Es que te remuerde la conciencia?

—¡¡¡No; es que no has hecho lo mismo con el jamón!!!

# Conocimientos útiles

*Fórmulas, procedimientos e indicaciones de provecho para el hogar*

*Obtiénese una preparación* excelente para el papel o el cartón de esmeril repartiendo éste en toda la masa y no embadurnando la superficie de aquéllos.

Para ello se toma pulpa de madera bien fina y homogénea y se le añade la mitad de su peso de esmeril pulverizado cuidadosamente. Se revuelve y se mezcla todo íntimamente, a fin de que el esmeril quede bien repartido por toda la masa.

Se oprime en seguida dándole la forma y el espesor convenientes, asegurándose de que se ha de secar bien y se puede usar.

*Las cuerdas y tejidos de cáñamo o de lino*, no se pudren, teniéndolos cuatro días en un baño compuesto de veinte gramos de sulfato de cobre disuelto en un litro de agua.

Al sacarlas de este baño, se ponen a secar y se meten en otro baño de 100 gramos de jabón disuelto en un litro de agua.

*El jabón de glicerina se hace del modo siguiente*: 3000 partes de manteca de coco, 2000 de sebo, 800 de aceite de ricino y 200 de aceite de palma crudo, se calientan a 75.º centígrados, y entonces se añaden moviéndolo bien 3000 partes de lejía de sosa cáustica previamente mezclada con 200 partes de glicerina y 50 de esperma de ballena, calentando esta última a 75º. Después se deja todo tapado para que conserve el calor. Al cabo de hora y media próximamente, cuando se enfría se obtiene un jabón sólido, amarillo y transparente que se pone en moldes y se perfuma con 5 partes de esencia de casia, 5 de bergamota, 12 de esencia de espliego 6 de tintura de almizcle, 8 de tintura de benjuí, 2 de aceite de gaulteria, 3 de esencia de clavo y 1 parte de esencia de canela.

*Para jaspear el metal* de los cañones de fusil o de cualquier otro objeto que se desee, puede emplearse cualquiera de las dos recetas siguientes:

Se disuelven 60 gramos de sulfato de cobre en un litro próximamente de agua caliente, y cuando se haya enfriado se añaden 15 gramos de agua fuerte y otros 15 de espíritu de nitro dulcificado y luego 30 de espíritu de vino y 30 de tintura de cloruro de hierro. Este líquido se aplica al metal con un pincel áspero.

También puede aplicarse al metal, después de limpiarlo bien, una pasta hecha con cloruro de antimonio y aceite común a lo que se agregan 10 gotas de ácido nítrico concentrado. La pasta se deja en contacto con el metal hasta obtener la intensidad de color requerida. A veces suele tardarse en conseguir una tonalidad fuerte veinticuatro horas. Después de quitada y pulimentada la superficie metálica, hay que darle una mano de barniz de goma laca.

*Papel abulminado para clarificar.* — En clara de huevo batida y aposada se mojan hojas de papel sin cola, y se ponen a secar al sol, repitiendo el baño y el secado varias veces.

Para clarificar vinos, licores y otros líquidos con este papel, se parte en pedacitos cierta cantidad de papel, según la cantidad de líquido; se echa en él, y se agita. El papel clarifica por efecto de la albúmina que contiene.

*Los lápices de azo-cerotina*, negros o de color son admirables para marcar cajas, fardos, etc., porque las marcas trazadas con ellos no se borran ni con agua, ni con ningún otro fluído y hasta resisten a los ácidos bastante fuertes. La cerotina (alcohol cirútico) se obtiene de diferentes clases de cera, especialmente de la cera vegetal china. Derritiendo la cera con hidrato de potasa se forma cerotinato de potasa y alcohol cerútico, el cual puede obtenerse por el tratamiento con éter y la evaporación de la solución etérea. La cerotina es una substancia cristalina grasienta al tacto, que se funde a 79º centígrados.

Es insoluble en el agua, pero la disuelve el alcohol y el éter.

La cerotina se mezcla con alguna substancia colorante y se moldean los lápices.

*Para las manchas de grasa.* — La bencina con magnesia es un ingrediente muy bueno para quitar manchas de grasa del papel. Se mezcla magnesia calcinada con bencina pura hasta obtener una masa, y con un poco de esta substancia se frota cuidadosamente la mancha de grasa, sacudiendo las partículas de magnesia que puedan quedar. Cuanto más antigua es la mancha, hay que repetir más veces la operación. La mezcla de bencina y magnesia puede conservarse en frascos de cristal de tapón esmerilado.

*Barniz para pisos de madera.* — Pónganse al fuego en un recipiente tres litros de agua, y hágase fundir en ella medio kilo de cera amarilla, cortada en trocitos pequeños, ciento veinticinco gramos de jabón de Marsella o de jabón verde, y cien gramos de potasa. Cuando todo ello esté disuelto y bien mezclado, pero antes de que impiece a entrar en ebullición, se aparta el puchero del fuego y se remueve la mezcla mientras se va enfriando. Una vez que esté fría, queda ya en disposición de ser empleada.

*La tinta para copiar sin humedecer el papel y sin prensa* se hace según una patente francesa con la siguiente composición: 30 partes de tinte de anilina, 2000 de agua, 1000 de glicerina y 15 de alumbre.

Basta colocar la hoja de papel escrito, con esta tinta, dentro del copiador y cerrarlo para obtener una buena copia. Lo único que se necesita es asegurarse de que lo escrito está en contacto perfecto con el papel de copiar.

## EL CAMPEON UNICO

*Sobre la carretera polvorienta, bajo un sol ardiente pedaleaban los corredores. Los músculos desnudos y relucientes de embrocación inglesa se alzaban y bajaban en un ritmo rápido..*

*Los tobillos ágiles mandaban a los pies presos en los pedales y las ruedas giraban con relámpagos de acero producidos por los radios niquelados. Los hombres se habían puesto gafas para librarse de las oftalmías. Echados materialmente sobre sus guías, los músculos en tensión, sólo tenían una idea: huir, huir, lo más rápidamente posible..*

*El competidor peligroso, aquel que todos temían, Oscar Birot, acababa de sufrir un accidente. No se piense que había quedado tendido en la carretera. Era solo que uno de sus neumáticos se había pinchado y por el agujero se escapaba el aire, y el corredor se tuvo que detener al borde del camino para cambiarlo por el que rodeaba su espalda. Como si se hubiese dado una señal a sus competidores, imprimieron mayor fuerza a sus pedales y desaparecieron en un torbellino de polvo por el primer recodo del camino. Temían a Oscar Birot como al Diablo. Este corredor, desconocido al salir, se había revelado en las primeras etapas como un verdadero campeón. Se le encontraba entre los tres o cuatro primeros a cada llegada, y la regularidad de sus sitios le había valido, en la clasificación general provisional el primer puesto y el derecho a llevar el maillot amarillo, que significa la mayor distinción por el momento. . .*

*De pronto se oyeron unos gritos: "¡A la izquierda! ¡A la izquierda!*

*El pelotón, sin cesar de correr se alineó a la izquierda de la carretera. Un automóvil pasó como un trueno; era uno de los numerosos coches que constituían la caravana de los que daban la vuelta a Francia. Desapareció.*

*Los ases que llevaban la delantera no quisieron dar un momento de respiro a los compañeros. Tanto peor para ellos si no podían seguir. Era preciso a toda costa impedir que Oscar se uniese a ellos, pues era de una velocidad tal que se colocaría ciertamente en excelente posición a la llegada, como ocurrió la víspera. En efecto, la marcha final de Birot era de una impetuosidad tal que sus adversarios se preguntaban con admiración cómo podían quedarle fuerzas para ello después de una carrera tan penosa. Y he aquí que lo extraordinario iba a producirse una vez más.*

*El corredor que cerraba la marcha lanzó un grito y tiró violentamente de la manga a un compañero. Ambos descendieron de sus máquinas. Era inútil cansarse más; allá iba Birot veloz cual el rayo. Oscar se unió al grupo con facilidad, pareciendo menos fatigado que los que acababa de perseguir durante tantos kilómetros. Esta vez se permitió el lujo de ganar la etapa y consolidó así su primer lugar.*

*Uno de los corredores decía por la noche a su manager, en un momento de reposo:*

*. .—¡No es posible!.. Indudablemente tiene que montar en algún coche en ruta y descender a unos cientos de metros detrás del grupo de corredores...*

*—¡Estás loco! ¡Si los bordes de la carretera están constantemente llenos de curiosos!... ¡No faltaría quien diera el soplo!. . .*

*—Entonces no lo comprendo. . . Debe haber algún misterio. . .*

*El misterio era mucho más extraño que el mencionado. Oscar Birot avanzaba más cuantas más pannes sufría. Se le vigiló.*

*El manager de uno de los corredores contrarios le siguió un día y asistió a la inevitable panne. El campeón reparó la avería en seguida y luego se metió un momento en el bosque. Una necesidad natural...*

*Cuando volvió a salir a la carretera pedaleó con una facilidad asombrosa que dejó perplejo al que le vigilaba.*

*Oscar Birot ganó la vuelta; pero no volvió a correr más y así quedó para siempre en el secreto su treta.*

*Yo os la voy a contar, sin embargo.*

*Tratábase de dos hermanos: Oscar y Esteban, completamente iguales, dos hermanos gemelos. Tan parecidos eran que cuando uno de ellos se miraba en un espejo se volvía para ver si no era la imagen de su hermano la que se reflejaba en la luna. Nada más sencillo, según esto, que simular una panne en lugar convenido de antemano y substituirse subrepticiamente so pretexto de una pequeña desaparición en el bosque. Un poco más lejos, cuando Oscar sabía que se aproximaba a un nuevo sitio en que se encontraba Esteban al acecho, se separaba del grupo de corredores un momento para reposar y esperar el automóvil que le recogería y le conduciría al nuevo puesto de relevo.*

*Henry MUSNIK.*

# Notas cinematográficas

*La rebelión de San Petersburgo.* —Solá Film acaba de estrenar la producción rusa "La Rebelión de San Petersburgo", una obra de potencia evocadora llevada a cabo después de un esfuerzo de reconstrucción tal como saben hacerlo los directores rusos cuya potencialidad creadora han dado sobradas pruebas.

El asunto se desarrolla cien años atrás. En una fría noche de invierno en la taberna de un pueblo de la frontera apareció un extraño viajero. Era un aventurero dispuesto hacer frente, siempre al destino.

Rusia pasaba, por aquel entonces, por una célebre época. No repuesta todavía de las heridas que le había causado Napoleón, se debatía entre los puños de hierro del déspota zar. Pero los más valientes se daban la voz de alerta de un extremo a otro del país, haciendo las primeras tentativas para llevar a cabo sus primeras escaramuzas de libertad.

Y así al lado de la del Norte se formó una sociedad de decembristas, teniendo por cabecillas a hombres llenos de entusiasmo y valor.

El forastero resultó ser el famoso tahur Medoks. Jugando con los parroquianos de la taberna le ganó, a uno de ellos, un anillo con las iniciales de C. B. D.

De acuerdo con su temperamento de embaucador decide hacer uso de este anillo como talismán que lo señale como perteneciente a la gran causa. La ocasión se presenta muy pronto. Para llevar a cabo sus propósitos hace víctima de un chantage a la esposa del general Vichnevsky con la ayuda de unas cartas que tiene en su poder.

Cuando quieren arrestarlo logra convencer al teniente Sujanof que es miembro de la C. B. D. Y así empieza para Medoka la serie de aventuras, que debería llevar a la delación a los cabecillas de la Gran Causa. Pero los complotados contra el zar Nicolás no se amilanan y llegan a la célebre rebelión de San Petersburgo donde encontraron la muerte todos los revolucionarios.

Fué una hecatombe humana donde el teniente Sujanof tomó la parte más activa.

Este film está inspirado en aquella luctuosa jornada en que se preludió los ideales de libertad.

Dirigieron "La rebelión de San Petersburgo" los famosos "metteurs en scena" Gosintzef y Trauberg. Los roles interpretativos están a cargo de Gerasimof, Sebelevsky, Magaril y Jojlef.

*"Un huérfano en prenda".* —Rodolfo Schildkraut, el gran actor de carácter que se ha especializado en la pantalla en la interpretación de israelitas humildes, sufridos y bondadosos, tiene en esta película una brillante oportunidad de lucirse, pues, crea con una naturalidad emocionante el papel de Isaac, un ropavejero y prestamista, a quien los vecinos del barrio cosmopolita en que vive lo tienen por un Sylock. Isaac vive solitariamente y es, en cambio, un buen hombre que hace el bien cuando puede. Así, pues, cuando él realiza una verdadera obra de caridad ayudando a una señora irlandesa a traer a un huerfanito de Irlanda, todos opinan que Isaac tiene al niño como en prenda de lo que le deben, cuando en realidad lo está criando como a un hijo.

Entremézclanse con este emocionante tema, escenas que dan variación y amenidad a su desarrollo. La pintura del barrio cosmopolita de Nueva York es uno de los mejores atractivos de la película por la variedad de tipos y el acierto con que están perfilados.

Un brillante reparto en el que se destacan Bessie Love, José Striker, Junior Coghlan, May Robson y otros, secundan a Schildkraut.

*"El Paraíso de los solteros".* — Sally O'Day (Sally O'Neill) es una modesta modista de sombreros, romántica e ilusa espera como casi todas las chicas de su edad, el príncipe azul.

Joe Wallace (Ralph Graves) boxeador de profesión sería tal con muy buenas condiciones físicas si al decir de su empresario "las polleras no le trastornaran". En un combate de fondo Joe sale descalificado y decepcionado vaga por una de las callejas de los suburbios de N. York, con sus notas típicas y sus moradores cosmopólitas. En aquel instante se suscita por fútil motivo una gresca intensísima entre los transeuntes.

En esa batahola de proyectiles hasta gastronómicos, Joe cae herido y por una ironía del destino, es recogido por Sally que entusiasmada, ve en el herido, su ideal soñado. Recógelo exánime trasladándolo a su habitación.

Atendido por un facultativo y en virtud de los solícitos cuidados de Sally, Joe bien pronto puede levantarse pero imposibilitado para caminar libremente. Está de más decir que entre Joe y Sally suscita una corriente de simpatía cordial, no tanto de parte de él como de parte de ella, enamorada perdidamente del hombre que constituye su ilusión. Siguen las relaciones su curso grato hasta que los preparativos de la boda hacen presagiar un fin encantador a esa amistad empezada de tan original manera. Pero Joe no es feliz. Dejó trunca una carrera que se le perfilaba pletórica de triunfos. Y tras de esa quimera desaparece, dejando tras sí un alma en angustia.

Desaparece, pelea como nunca, se emplea quizás pensando en su amada que acongojada estará aguardando su regreso, y vence.

Obtiene su victoria, plenamente. Ya no es un inútil. Ya es todo un profesional. Y ahora a reparar el mal causado.

Es una superproducción Tyfany Sthall de sentido fondo con una interpretación inteligente a cargo de los actores Sally O'Neill, Ralph Graves y Eddie Gribbon.

*"La callejuela encantada".* — New York tiene sus barrios característicos. Estos sus calles propias. En una de éstas, frecuentadas por un cosmopolitismo que vive en completa promiscuidad, Rayo de Sol (Bárbara Belford), es una chicuela locuaz. Vive con el padre paralítico y anda en relaciones amorosas con Edy (Mac Donald) un modesto muchacho, de buenas costumbres. Por ser vecino es amigo también de Chet, un humilde repartidor de hielo. Todo marcha como sobre ruedas, con sus alegrías y sus angustias. Pero una órden superior parece que estallara con efectos de petardo: se va a demoler la callejuela para edificar en su lugar, fábricas. Esta medida suscita en los misérrimos habitantes de la calleja, protestas y quejas, pero todo se estrella ante la inflexibilidad de la dueña de esas propiedades.

Se realiza en un tugurio del vecindario algo que tenía pretensiones de ser una función teatral. Rayo de Sol toma parte junto con el expendedor de hielo. Casualmente asiste a la función el hijo de la dueña de las casas en que habitan, y simpatiza mucho con ella. Es presentado a todos los presentes y en un aparte Rayo de Sol, es pedida su cooperación para una reunión que se efectuará días después. En efecto, ésta se realiza, y en ella se desempeña discretamente.

En premio a la amistad suscitada, Chet, es empleado en el mismo banco del cual Glen es uno de los principales accionistas.

Así siguen las cosas hasta que un robo de unos bonos en la institución bancaria hace cambiar el curso apacible de los hechos y pone en descubierto el proceder de gente que se creían dechados de honorabilidad.

El expendedor de hielo, influenciado por el jefe de la sección bonos delBanco en cuestión se hace copartícipe del robo que se efectúa de una buena cantidad de aquéllos. Todos los indicios recaen sobre Rayo de Sol, pero bien pronto se hace luz, en bien de la justicia. Chet, en huída precipitada, seguido por la policía, cae desde un tercer piso, desplomándose pesadamente y falleciendo en el acto. La justicia se impone: Edy puede abrazar radiante de alegría a su amada. Y cual no sería el corolario venturoso de esta historia al conseguir que la callejuela encantada sea demolida sí, pero no para construir en su lugar lóbregas fábricas, sino viviendas higiénicas, modernas y confortables.

Producción del sello Chadwick Pictures "La callejuela encantada" es un film de honda dramaticidad.

## LA GIOCONDA

Surgiendo de un fantástico paisaje,
su forma legendaria se precisa;
dibújase la mano bella y lisa,
sobre el tono sanguíneo del ropaje.
El tocado es de dama de linaje,
y dibujan los labios la sonrisa
que ha hecho merecer a Monna Lisa
el honor de un poético homenaje.
La sombra del misterio la circunda.
Avidos de emoción extraña y honda,
penetrarle queremos, sin retardo.
Y en la luz ambarina que la inunda,
vemos sobre la faz de la Gioconda,
el alma proyectarse de Leonardo.

*Carmela EULATE SANJURJO*


FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: CERRITO, 607 — BUENOS AIRES

De 9 a 12 y de 14 a 18 — U. T. Mayo 1899
Sábados de 9 a 12

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

| En la Capital | En el Interior | En el Exterior |
|---|---|---|
| Trimestre . $ 2.50 | Trimestre . $ 3.00 | Trimestre $ oro 2.00 |
| Semestre . „ 5.00 | Semestre . „ 6.00 | Semestre „ oro 4.00 |
| Año . . . „ 9.00 | Año . . . „ 11.00 | Año . . . „ oro 8.00 |
| N.o suelto . „ 0.20 | N.o suelto . „ 0.25 | |
| N.º atrasado „ 0.40 | N.º atrasado „ 0.50 | |

# Entretenimientos

CIENCIA RECREATIVA, JEROGLÍFICOS, CHARADAS, etc. PARA DISTRACCIÓN DE CHICOS Y GRANDES

**N.º 30 — CHARADA**

Que la *todo prima cuarta*
no es raro, pues *prima tercia*,
con manejar bien el sable,
evitarlo no pudiera.

**N.º 31 — JEROGLIFICO**

O

**N.º 32 — COMPRIMIDO**

OMERCURIOOO

**N.º 33 — SALTO DE CABALLO**

| | | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|
| | | es | | | de | | |
| | | a | | mor | | | den |
| ca | un | | | y | co | | |
| | | ba | no | ne | a | se | mo |
| | se | | El | vie | | se | |
| | | que | yo | | de | | no |
| que | | | ne | | | | |
| | | | | | | yo | |

**N.º 34 — JEROGLIFICO**

I D JULIO JUNIO I

**N.º 35 — CHARADA**

No seas *todo*, Corcuera;
no trates así a tu hermana,
porque ella no es holgazana
*segunda tercia-primera.*

**N.º 36 — JEROGLIFICO**



**N.º 37 — COMPRIMIDO**

DD EDE

**N.º 38 — ADIVINANZA**

—¿Cuál es el aviador español que ha batido el "record" de elevación con el máximo de peso?

**N.º 39—CHARADA EN ACCION**




SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

N.º 22—Antípoda.
,, 23—Si piensas que pienso si,
si piensas que pienso no,
Y si piensas que en ti pienso
en eso no pienso yo.
,, 24—CANTAR CRIOLLO.
No por mucho madrugar
amanece más temprano;
primero te has de acostar
para ser después baquiano.
,, 25—Sin sonido.
,, 26—Aparcero.
,, 27—Cada loco con su tema.
,, 28—Tarea.
,, 29—Palabras y plumas el viento las lleva.

## Experimentos químicos con la luz

Suele creer el aficionado que los experimentos químicos de actinismo, o química de la luz, resultan costosos por la necesidad de emplear las sales de plata.

Sin embargo, en algunas de estas combinaciones pueden emplearse algunos de los metales más corrientes, tales como el cobre y el hierro y algunos productos orgánicos químicos, como el azúcar bajo ciertas condiciones.

Uno de los más sencillos experimentos que muestra la descomposición química de una substancia bajo la acción de los rayos de luz, es la de la separación del cianato de amonio cuando se expone convenientemente a los rayos de luz. Esta substancia, fácilmente soluble en el agua, cuando se insola o cuando se expone a las irradiaciones del carbono eléctrico, varía, convirtiéndose de una solución incolora, como el agua, en otra de un tono rojo, tan rico que puede confundirse con tinta roja.

El arco produce algunos rayos ultravioleta, o por lo menos, rayos que son tan cortos en la longitud de la onda, que ocasiona la pronta descomposición de esta substancia. Durante la descomposición se desprende un gas y la solución se vuelve roja. Lo mismo ocurrirá aun estando esta contenida en un tubo de cristal, como en una botella. Esto indica que algunas de las ondas de luz, algo mayores que las de la región ultravioleta, obran también, puesto que el cristal absorbe las irradiaciones ultravioletas, como es sabido.

Se cree que los productos de esta reacción son cianido de amoníaco y sulfuros coloides; las pequeñas partículas de esto último causan una dispersión de la luz, y por esto la solución aparece roja.

Si se hace una solución de 1 por 100 de Agar agar, o un 4 por 100 de gelatina, y se agrega un 1 por 100 de acetato de plomo, introduciendo la mezcla en una botella, se hará una masa gelatinosa, sólida con el frío.

Ahora bien, si encima de esta gelatina blanca se echa una solución de cromato potásico y se deja durante una semana o dos, el cromato se esparcirá en la gelatina y causara un precipitado de cromato de plomo, amarillo.

Examinando la gelatina observamos algunas divisiones o bandas en la masa. Si pintamos la mitad de la botella con negro esmalte, de modo que una mitad de ésta no esté iluminada mientras la difusión tiene lugar, la parte así obscurecida no producirá estas bandas.

Una solución de azúcar al 2 por 100 no se altera al ser expuesta a la luz del sol. Sin embargo, si a 25 c. c. de esta solución se agregan alrededor de 2 c. c. de otra al 2 por 100 de nitrato de uranio o acetato, la solución se colorea de violeta o de verde al ser expuesta a los rayos del sol. Entre los productos formados se encuentran los aldehidos.

El yodoformo disuelto en cloroformo al ser expuesto a la luz se altera, y siend incoloro adquiere un tono marrón. Esta alteración está ocasionada por la liberación del yodo que se disuelve en el cloroformo. Si la solución se aparta de la luz sigue descomponiéndose.

Si una gota o dos de esta solución descompuesta se agrega a otra solución fresca de yodoformo en cloroformo, ésta se descompone también.

El azúcar puede descomponerse por la luz empleando otras substancias distintas a las sales de Uranio.

Si a una solución de azúcar se agrega tungsteno de sodio y ácido clórico, la descomposición ocurrirá con la forma de una solución azul, de ser expuesta a la luz.

El cloro de plata Ag Cl al ser agitado con bencina en la luz se descolora; lo mismo ocurre sin emplear la bencina, pero en este caso la decoloración se efectúa muy lentamente. La razón de esto es que la luz descompone el cloro de plata y la bencina combina con el cloro y al quitarse uno de los productos de reacción se activan los resultados.

El sulfuro se disuelve en carbono disulfúrico. Se hace un experimento muy curioso por medio de esta solución. Después de filtrada se coloca una cierta cantidad de ella en tres copelas distintas. Uno de estos vasos se sumerge en una solución de sulfato de cobre, otro en una solución de cromato, de potasio, y el tercer vaso sin defensa alguna, se colocan los tres bajo la acción de una fuerte luz.

El tercer vaso y el sumergido en la solución de sulfato de cobre muestran una nebulosidad, debida a la formación de sulfuro amorfo que ha precipitado esta solución.

El cromato coloreado de obscuro obra como un absorbente en algunas de las irradiaciones de la luz, y de aquí que el vaso colocado dentro de esa solución no sufra alteración.

# PAPEL Y TINTA

"América — Su geografía — Su historia", por J. Fernández Pesquero.

En un interesante y nutrido volumen, el escritor español, don J. Fernández Pesquero, nos da a conocer un compendio subdividido de geografía e historia, de todas y cada una de las actuales, naciones y territorios coloniales de América.

Según el autor, por ceñirse a hacer una obra didáctica, ha desdeñado más de una vez, la galanura de estilo y la elegancia de la forma que dán fama al escritor; ha preferido a todo ello, consignar referencias y datos que se ajusten a la verdad; facilitar, principalmente, a la mente inquieta y joven de los escolares, informes completos y substanciales de la vida y existencia de las repúblicas del Nuevo Mundo. Para realizar esta magna empresa, el señor Fernández Pesquero, ha seguido el orden cronológico del descubrimiento, por ser más fiel a la historia; pero, sorteando, claro está, cuantas veces ha creído necesario, a fin de no pronunciarse sobre límites de fronteras naturales o artificiales, derivadas de contiendas o guerras intestinas.

El libro que nos ocupa, trae una extensa y detenida introducción, firmada por don Gil Benumeya, en la que se pondera la necesidad que había en producir una obra como la que acaba de prologar.

"América — Su geografía — Su historia", del señor Pesquero, es un libro de aliento que no dudamos, ha de ser bien recibido.

"Juegos Florales de Bolívar".

Bajo este epígrafe, sencillo en su expresión pero elocuente en su contenido, se reunen valiosas producciones en prosa y verso, con motivo del Primer Cincuentenario de la fundación de la ciudad argentina de Bolívar, en la cual se realizó no hace muchos meses, un certamen literario en conmemoración de tan fausto acontecimiento. A fin de que se vea la importancia que alcanzaron aquellos juegos Florales, digamos que concurrieron al torneo diez y seis naciones y doscientos setenta y ocho manuscritos, de los cuales figuran en este voluminoso tomo, los trabajos premiados en aquella fecha.

El Jurado, presidido por el señor Ministro de Venezuela, doctor Pedro César Dominici, ha querido sin duda, con este volumen, dar a conocer a todos por igual, la labor desarrollada por esa honorable comisión al mismo tiempo que un estímulo a los que fueron agraciados con los premios correspondientes. Si esos son los propósitos que tuvo en cuenta, no podemos menos que celebrar su acierto; ¡pues en este volumen, hallamos reunidas hermosas piezas literarias, dignas de ser conocidas.

Y para terminar, digamos también que en este libro se publica, todo lo referente a dicho certamen, desde el cartel de convocatoria, la nómina de los trabajos recibidos, hasta la crónica de las fiestas en que actuaron los componentes del Jurado.

"El Congreso de Belgrano", por Felipe Yofre. — Editores J. Lajouane y Cía.

Me propongo referir, al menos en parte — dice el autor de este libro—, aquellos sucesos inmediatos que hicieron declarar a la ciudad de Buenos Aires capital de la República en el año 1880 y la actuación de algunos personajes más destacados, tal como yo los he visto, para que se guarde la memoria de aquel acontecimiento como un culto patriótico que debe ser conmemorado.

Por lo que se ve, este libro del señor Dn. Felipe Yofre, cuyo título encabeza estas líneas, constituyen recuerdos históricos referidos por un sobreviviente de aquellos tiempos azarosos, en que pugnaban ideas encontradas sobre la capital definitiva de la República. Después de historiarnos la "Candidatura presidencial de Avellaneda" y la "Presidencia de Avellaneda", se detiene un tanto en "El Gobierno del Dr. Tejedor" y "El Congreso de 1880". para luego narrarnos en la "Organización del Congreso", las dos grandes corrientes políticas que conmovían al país todo, en aquel entonces. Unense a estos substanciosos capítulos, otros sumamente interesantes, como los referentes a la "Conferencia del general Roca."

## PENSAMIENTOS

*Lo que es vicio en un pobre, se llama en un rico capricho.* — PABLO Y VICTOR MARGUERITE.

*Por la prisa de vivir se olvidan demasiado a menudo las razones de la vida.* — GABRIEL HANOTAUX.

*Para el historiador, los hechos no son más que señales indicadoras de las ideas.* — FEDERICO MASSON.

*Lo que consideramos como justicia es con demasiada frecuencia una injusticia cometida en favor nuestro.* — REVEILLERE.



## LA CONCIENCIA

*Cuando hubo sacado todos los billetes menos uno de 500 francos, Bob-Joé, el distinguido apache del Cours la Reine, volvió a guardar la cartera en el bolsillo del señor viejo, a quien acababa de matar, y arrojó el cadáver al río Sena.*

*Después de esta operación sencilla y para él poco molesta después de los argos años de práctica, encendió un cigarrillo turco, procedente de la petaca de otro desgraciado y se alejó a lo largo de la orilla del río, desierta.*

*Al llegar al Puente Nuevo, se acercó a un farol de gas y sacó furtivamente el fajo que había metido en lo más profundo de su chaqueta, y contó los billetes mojándose repetidas veces un dedo.*

*—"¡Ocho mil balas!" (Francos en el argot francés).*

*Silbó lleno de admiración, encendió un nuevo cigarrillo y continuó su marcha hacia la ciudad.*

*Era una bella noche de invierno. Bob-Joé podía permitirse el lujo de tomar un taxi, pues dinero de sobra tenía; pero prefirió regresar a casa a pie para no llamar la atención.*

*Por otra parte, daba gusto andar. El tiempo era seco, no hacía mucho frío, y el Sena, alumbrado por miles de lucecitas, ofrecía fantástico aspecto.*

*De vez en cuando de esas lucecitas se escapaba un reflejo rojo. ¿Por qué le recordó a Bob-Joé, de pronto, su crimen, ese reflejo rojo?*

*La conciencia humana tiene sus misterios. Tembló.*

*Sin embargo, no corría riesgo alguno.*

*Que sacaban al ahogado, todo el mundo pensaría en un suicidio o en un accidente. Además del billete de 500 francos. Bob había dejado al viejo sus papeles y sus joyas.*

*No se podía pensar en un robo, ni en un crimen; por lo tanto, no habría investigación.*

*¡Era un estúpido! No tenía por qué inquietarse, y sólo habría de preocuparse en qué se gastaría 8.000 francos. Unos meses de no hacer nada, con lo cual irían ganando los ricos, y ¡a vivir!*

*Pero no. Seguía temblando. Su conciencia, hasta ese momento dormida, se despertaba impetuosa.*

*Nunca podría él... Este dinero mal adquirido, jamás lo disfrutaría. con tranquilidad, aunque tuviese unas zapatillas muy bien bordadas.*

*Concertar un crimen y una conciencia que se despierta, no es cosa fácil.*

*Bob-Joé no durmió aquella noche.*

*A la mañana siguiente, aun buscaba una solución para acallar su conciencia.*

*Se vistió, huyó de su barrio, tomó tranvías, autobuses... y a las nueve se encontraba en Batignolles.*

*Decidido, entró en una comisaría de policía.*

*Un año y un día después, recibió una carta oficial anunciándole que los ocho mil francos que tan honradamente había depositado, como nadie se había presentado a reclamarlos, le pertenecían legalmente.*

RENE VIRARD

# TEATROS

### LOS DOS DRAMAS DEL "VESTRIS"

En la selección de elementos dramáticos para la composición de una obra de ese carácter, parecería a primera vista que el ingenio, la invención, fueran las fuentes inspiradoras de recursos más eficaces para despertar en el espectador la emoción de lo patético. Cabe creer que la imaginación en complicidad con la inteligencia, puede rodear una situación dramática, puede complicarla y agravarla con tales episodios que sobrepase lo que la realidad puede ofrecer. Sin embargo, es en la vida donde encontramos los dramas más intensos, más hondos, los que llegan a la intimidad recóndita del instinto y nos sacuden los nervios o nos dan la sensación del aplastamiento material.

Pero hay casi siempre en la realidad, dos dramas: el exterior, el drama de la sangre y el interior, el de la conciencia. El drama externo corresponde a la sensación a lo humano simple y está al alcance de todos; el drama interior hay que sorprenderlo, captarlo, estudiar su naturaleza, sus raíces, está oculto y corresponde al arte.

El naufragio del vapor "Vestris" nos ofrece un claro y patente ejemplo de las dos especies de dramas a que aludimos. El drama fácil, el externo, es la muerte de esos cien pasajeros y tripulantes desaparecidos y el terror de los supervivientes, el de la madre que pierde al hijo, el del marido que pierde las fuerzas para seguir sosteniendo a su esposa, el de la hija que tiene que embarcarse en un bote salvavidas mientras queda a bordo el padre... No es posible negar la fuerza trágica de estas situaciones, pero los que han pasado por ellas saben que el dolor físico de cualquier naturaleza y los dolores morales violentos, convulsivos, en los que entran en juego los instintos, son limitados por su misma simplicidad y tienen su desahogo natural en el grito en el ademán desesperado, en la violenta lucha por defender la vida. La mujer, por más impresionable, siente con mayor intensidad el drama interno y por lo común llega a insensibilizarse, a perder la conciencia del propio dolor y más aún, del de los demás que sufren junto a ella.

Pero hay un dolor sereno, consciente una forma patética sin gritos, sin espanto, que se encara bravamente con la muerte en un diálago de miradas terribles, definitivas. Es la tragedia del capitan del barco, que sabe antes que nadie el peligro y solo puede contar con el último auxilio para salvarse. Y con la seguridad de la muerte, tiene que dar esperanza y ayuda a los demás, a gentes desconocidas sin sucumbir al instinto, ni dejarse arrastrar por la ola de locura del espanto colectivo.

He aquí el drama interior, el drama artístico, el verdadero drama. La renuncia a la vida en plena salud, acaso en plena alegría, abandonando minuto a minuto, en favor de desconocidos todas las oportunidades de salvamento, en medio del terror y sin más estímulo que el honor, constituye uno de los motivos dramáticos más interesantes y que más alto hablan de la dignidad humana.

*JOSE MAR.*

### SOLO PARA OPTIMISTAS

La pieza "Esta noche me emborracho" de Carlos Romeu y Eduardo Beccar, estrenada en el Liceo por la compañía de Pierina Dealessi, fué recibida con aplauso por el público. Se trata de un juguete cómico sin pretensiones, escrito para hacer reír a un público de personas bien alimentadas, que tienen pagado el alquiler y no se encuentran en el caso de pensar que han de madrugar al día siguiente para ir al trabajo.

Hicieron mucho por el buen éxito de la pieza además de la primera actriz citada, Mercedes Caus, Aída Sportelli, A. Bernabé, M. Arellano, Susana Vargas, León Zárate Alberto Bello, Samuel Sanda y Ricardo Passano.

### UNO QUE TRIUNFA PERDIENDO

Revistió caracteres de estreno la reposición de "Orán al freno" pieza de Armando García Velloso, mereciendo la misma favorable sanción que en la anterior oportunidad. Orán pierde la carretera, pero "Orán al freno" triunfa desde mucho antes de llegar al disco. La compañía del Nacional dióle una excelente interpretación. No cabe destacar a ninguno especialmente, porque cada cual en su papel hizo tanto como el que más.

### UN BENEFICIO BENEFICIOSO

El beneficio de la primera actriz del Smart, Amelia Senisterra ha dado lugar al estreno de una pieza que constituye una excepción en el repertorio de esa sala, por lo común acaparada por la gracia bufa de Ruggero. "Querencia" de Mario Rada es una producción sencilla, pero impregnada de un soplo sentimental que ha sido muy bien aprovechado por la beneficencia para dar una simpática nota de emoción que se destaca de la índole general de los espectáculos que cultiva el popular "capo" cómico.

Con motivo de este estreno y de la función de beneficio, la simpática actriz Amelia Senisterra recibió pruebas evidentes de que cuenta con admiradores entusiastas de su labor artística.

### NO APTA PARA SEÑORITAS

El cartel del Cómico sigue ofreciendo este aviso, que retrae a la concurrencia femenina, pero que en cambio acumula concurrentes varones en gran número. "El alma de la mujer desnuda" y "El momento erótico" dicen bastante con sus títulos; lo demás corre por cuenta del nutrido y escultórico conjunto de las bataclanas.

### EL DEBUT DE PERELLI

Con una obra tan sólo, basta para acreditar una tentativa de buen teatro. Es lo que se nos ocurre después de la presentación de la compañía De la Vega-Perelli en el Ideal, que si bien no se trata de un elenco de grandes pretensiones, las figuras que le dan denominación están suficientemente acreditadas como artistas empeñosos y progresistas. La obra aludida se titula "Carlitos Chaplin" y pertenece al llamado género grotesco, algunas veces cultivado en nuestros escenarios. César Bourel, su autor, reafirma con esta producción sus aptitudes de comediógrafo y su dexteridad para presentar y solucionar conflictos dramáticos. Muestra una catástrofe íntima, harto dolorosa y que hace pensar. El cómico que busca elevar el teatro, movido por anhelos de artista, es un tipo real que adquiere en esta obra una bella fisonomía moral. Su decepción ante el medio ambiente resulta de gran fuerza dramática, y Bourel ha logrado reflejarla con buenos recursos y nobleza de propósitos. La situación de ese cómico transformado en reclame de una película de Chaplin cobra relieves de humanidad y su dolor es de los más intensos en la vida de un artista.

El actor Perelli imprimió al personaje una buena dosis de verdad, componiéndolo muy eficazmente. Lo secundó con acierto Italo Vitale, en otro tipo interesante. El público, poco acostumbrado a ver en salas de género chico obras semejantes, aplaudió la pieza de Bourel, que merece un entusiasta elogio.

El otro estreno, "Toda una mujer", de Vicente de la Vega, es una pieza con algunos aciertos, pero un tanto desorganizada en su construcción.

### AVENIDA

Se llenó la sala del Avenida la noche del debut de la compañía de revistas españolas. Y eso que se ofrecía "La gran vía" y otras piezas más vistas que el ex presidente Alvear. El veterano Palmada y las conocidas Rosario Agueda, Emilia Rico y Aurora Cortadellas, fueron los más aplaudidos y con razón, porque se lucieron en sus papeles.

Acaso esta temporadita reverdezca los laureles un poco marchitos del género otrora disloque de los públicos.

### BUENOS AIRES

En el escenario de Muiño, don de la última novedad "Cuando bronca el temporal", logró bastante buen éxito de público, a pesar de los reparos de la crítica, posiblemente a estas horas habrá subido al cartel "La palanca", pieza de Alcibíades Biffi, que estaba en puerta a tiempo de escribir nosotros estas líneas.

Los elementos que acompañan al primer actor de género chico vienen preparando las obras "Flores naturales" de Francisco Navarrete, y "Un hombre bueno", de Rillo y Dollard, para darlas a conocer en breve.

### PARRAVICINI TERMINA

Para el 28 del actual se anuncia la clausura de la temporada del Argentino, que ha venido desarrollando Parravicini. De las obras que ofreció, ha sido sin duda la más exitosa "En Villa Bonete ha sonado un cohete", que se mantuvo más de cien noches consecutivas en el cartel, constituyendo el record de la temporada parraviciniana. No hubo en realidad mayor empeño de los autores en ofrecer al gran bufo los productos de su pluma, a pesar de las garantías que ofrece una interpretación de Parra y sus innumerables recursos para imponerla.

La compañía parte en gira, que ha de ser fecunda en todo sentido.

### LOS VODEVILES SE FUGARON

En el San Martín, sala poco afortunada este año, la compañía de vodeviles luchaba contra dos enemigos formidables: el calor y el público.

"Un bell tocco di ragazza" era el caballito de batalla; pero la gente se cansó de ver la chica en cuestión y los elementos de Sanjuán tuvieron que batirse en retirada desalojando sus posiciones ganadas a costa de muchos esfuerzos. Veremos en qué otro reducto se refugiarán y qué enseñanzas recogieron las huestes con esta intentona malograda.

### MAS ZARZUELA

La compañía Cazenave - Barreta ha entrado con bastante buen pie en la Comedia, haciendo zarzuela. A juzgar por los primeros espectáculos la cosa promete, bien que en verano las promesas teatrales son más frágiles que juramentos de donjuanes... Nuestros votos porque su majestad el Calor no malogre la temporada.

### GRAND SPLENDID

"El soldado desconocido", superproducción de Cecil Mille y en la que intervienen los grandes artistas Charles Mack, Margarita de la Motte y Henry Walthal, estrenóse en esta sala con mucha aprobación del público selectísimo que frecuenta este cine. En esta semana serán exhibidas otras películas que por su importancia determinarán llenos completos en la regia sala que administra el señor Carbone.

### CAPITOL

Cintas de calidad promete la empresa para estos días, lo cual hará que un público tan numeroso como escogido acuda a las funciones de este espléndido salón.

### GLORIA

Con producciones extraordinarias que se pasan casi a diario, viene trabajando este acreditado cine a cuyo frente está el señor Marcos Sánchez.

Para la semana en curso, se anuncian bellas películas de las marcas más prestigiosas.

### PARC

En este salón de Palermo, que ha desarrollado una buena temporada durante el invierno, serán exhibidos en estos días films de gran atracción, que seguramente, llevarán mucho público de la parroquia de Las Heras y Belgrano.

# Peritos mercantiles egresados en 1928 de la Facultad de Ciencias Económicas



Ramón Fijo, Carlos Ruiz, Héctor Parma, Oscar J. Colombo, Martín R. Rivoire, Ricardo C. Lanza.



Mario Salvadori, Enrique P. Papillaud, Ernesto Garone, Hugo A. Haedo, Manuel Vázquez, Alfredo C. Ferrari.



Aldo Guido, Alberto N. Chiapella, Romualdo J. Boggiano, Alfredo Maudet, Ricardo Maltrasio, Saverio V. di Blasi.



Manuel Méndez Main, Ireneo Erba, Juan Zarmoria, Pedro Bavasso, Horacio de León, José J. Garda.



Vicente Locaso, Juan José Adamo, Alberto L. Castelli, Jacinto A. Goyena, Eliseo Areal, Alfonso R. Serrato.



Carlos Lucini, Gerardo A. Samela, Alberto Fariña, Francisco J. Alsina, Bernardo Elman, Oscar Colombo, Enrique A. Compostella.



Francisco A. Mauran, Roberto Caviggioli, Oscar Brosou, José Repetur, Alberto C. Herrera, Francisco Felitti, José C. Ferraris.




*Es fácil recordar que la mejor galletita para sandwiches se llama SANDWICH.*
*Pidala por su nombre: SANDWICH BAGLEY*

# *Donde ellas están hay alegría y buen apetito*

Bastará que Vd. saboree una galletita ***Sandwich*** con el te o sola para apreciar su rico sabor y sus notables cualidades. Pero si Vd. la come con caviar, queso, jamón o dulce, conocerá al fin el verdadero encanto de esta rica galletita liviana.

Quebradiza, tostada, más deliciosa que cualquier otra de su tipo, tierna y sin embargo bastante firme para no romperse sino entre los dientes, la galletita ***Sandwich Bagley*** es hoy la preferida de millares de hogares.

## GALLETITAS BAGLEY
## SANDWICH

A. García y Cía., Perú 1746